El Testamento Político de Hitler

NOTAS RECOGIDAS POR MARTIN BORMANN

PREFACIO DE
H. R. TREVOR-ROPER

COMENTARIOS DE
ANDRÉ FRANÇOIS-PONCET
DE LA ACADEMIA FRANCESA

El Testamento Político de Hitler

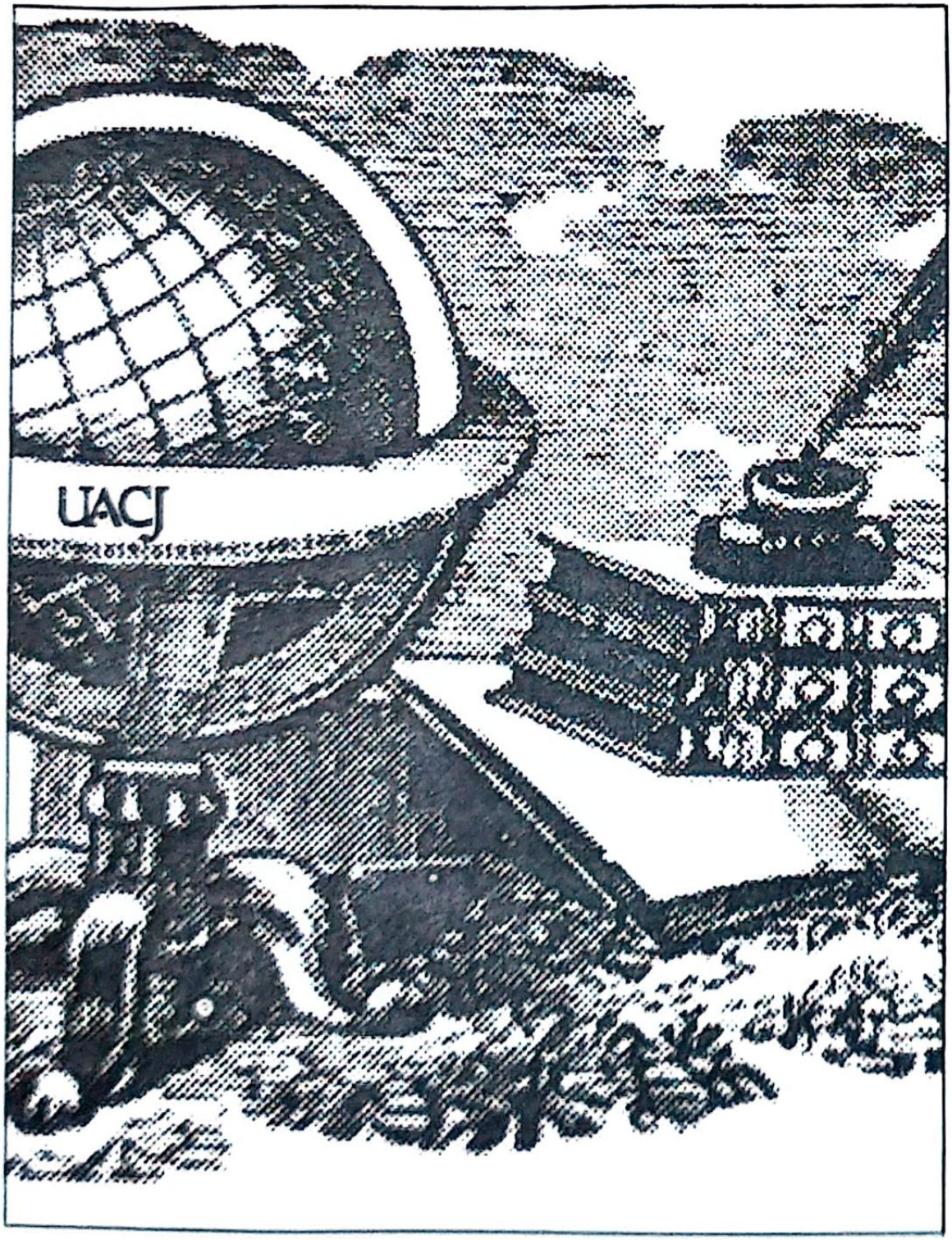
Un documento conocido con el nombre de *Bormann Vermerke* (Apuntes Bormann), ha sido publicado en diversos idiomas. Y hoy la EDITORIAL DIANA, S. A. lo publica con el nombre de *El testamento político de Hitler* (bajo la presentación de Francois Genoud). En este documento se consignan las conversaciones sostenidas por Adolfo Hitler, del 5 de julio de 1941 al 30 de noviembre de 1944, transcritas a lo vivo por colaboradores de Martin Bormann, y releídas, anotadas y clasificadas por éste.

Las páginas que presentamos, descubiertas recientemente, forman parte de los *Bormann Vermerke*. Se refieren a un periodo corto, pero son de un interés excepcional. La particularidad común a todas es la de haber sido transcritas por el mismo Bormann (el último confidente y el más íntimo del Führer), cosa que él no hubiera hecho sino a título fortuito en el curso de los años precedentes. Considerados los temas que se abordaron, resulta muy verosímil, por otra parte, que Hitler hablara en aquellos momentos sólo enfrente de rarísimos privilegiados y, acaso, sólo en presencia de Bormann.

Sea como fuere, siempre resultará que, al darle a estos textos el título de *El testamento político de Hitler*, se le aplica el título que les conviene y que Hitler, implícitamente, debiera haberles dado.

En atención a las razones señaladas, la EDITORIAL DIANA tiene la firme convicción de que, dado el gran interés histórico que reviste la publicación en español de los *Bormann Vermerke*, el público les dispensará una gran acogida.

BIBLIOTECA CENTRAL



EX·LIBRIS

FONDO RUBÉN LAU ROJO

S/ 2760
DD247HS
T4718
1961
m 21

/6 -

EL TESTAMENTO POLITICO DE HITLER

Notas recogidas por
MARTIN BORMANN

Prefacio de
H. R. Trevor-Roper

Comentarios de
André Francois-Poncet,
de la Academia Francesa

Presentación de
Francois Genoud

2ª EDICION

EDITORIAL DIANA, S. A.
TLACOQUEMÉCATL 73
MÉXICO, D. F.

Un documento, conocido con el nombre de Bormann Bermerke [1], *ha sido publicado en diversos países en el curso de los años 1952 y 1953; por lo que toca a Francia, apareció en dos grandes volúmenes y bajo el título* Conversaciones Libres sobre la Guerra y la Paz *(Flammarion, éd.). En este documento se consignan las conversaciones sostenidas por Adolfo Hitler, del 5 de julio de 1941 al 30 de noviembre de 1944, transcritas a lo vivo por colaboradores de Martin Bormann, y releídas, anotadas y clasificadas por éste. Estas notas son, por decirlo así, cotidianas hasta el 7 de septiembre de 1942. Después se convierten en poco numerosas y muy espaciadas. Sabemos que Bormann le otorgaba una importancia considerable a este documento, al cual juzgaba "de interés capital para lo porvenir".*

---

1 *Apuntes Bormann.*

Las páginas que presentamos, descubiertas recientemente, forman parte de los Bormann Vermerke. *Se refieren a un periodo corto, pero son de un interés excepcional. Desgraciadamente, se limitan a dieciocho notas (de las cuales diecisiete se escalonan del 4 al 26 de febrero de 1945, con cierta regularidad, y la décima octava lleva por fecha la del 2 de abril de 1945). La particularidad común a todas es la de haber sido transcritas por el mismo Bormann, cosa que él no hubiera hecho sino a título fortuito en el curso de los años precedentes. Por una parte, las condiciones de vida en el sótano de la Cancillería no se prestaban, por cierto, para una colaboración de transcriptores subalternos. Considerados los temas que se abordaron, resulta muy verosímil, por otra parte, que el Führer hablara en aquellos momentos sólo enfrente de rarísimos privilegiados y, acaso, hasta en la presencia sólo de Bormann. Eso explicaría el que Bormann haya sido el único transcriptor de estas últimas conversaciones. No hemos de olvidar, en efecto, que algunas semanas más tarde Hitler hacía de él su sucesor a la cabeza del Partido, y su ejecutor testamentario. Quizás pudiéramos llegar hasta concebir que Bormann haya tomado por su propia cuenta la iniciativa de conservarle a la posteridad estos últimos pensamientos del Führer sobre los acontecimientos, sobre el estado del mundo apenas a unas cuantas semanas del fin y sobre el porvenir de Alemania. Sin embargo, es muy probable que Bormann las haya anotado a petición del Führer, porque nos parece bien que se trasluzca en estas notas, desgraciadamente demasiado raras, el designio determi-*

nado de dar a conocer un pensamiento afirmado con toda claridad sobre algunos asuntos que permanecían, hasta entonces, en la reserva más absoluta. Aquí se trata, visiblemente, de asumir ciertas posiciones que el Führer se abstenía de dar a conocer sistemáticamente en el curso de algunos meses anteriores; digamos mejor algunas semanas, por fidelidad formal a determinadas convicciones acaso, o también por voluntad de perpetuar en su círculo íntimo e inmediato la creencia en ciertos mitos.

Sea como fuere, siempre resultará que, al darle a estos textos el título de Testamento Político, *se le aplica el título que les conviene y que Hitler, implícitamente, debiera haberles dado. Nuestra convicción personal es que el Führer y Bormann, obrando como lo han hecho, han proclamado claramente sus deseos de entregar,* in extremis, *un mensaje para el caso de una derrota que ambos debían prever necesariamente en el curso de estas últimas semanas, por más que rehusasen a darse por enterados de ella enfrente de terceras personas. Es sumamente cierto que cara a cara con Bormann, su último confidente y el más íntimo, el Führer podía expresarse con libertad completa. En todo caso, un rasgo que nos llama la atención, cuando comparamos estas notas postreras con las de los años anteriores, es que incluyen menos encrucijadas y menos digresiones; es decir, van de manera más recta por su camino. Por cuanto a la eventualidad de una derrota sin remedio, Bormann se convierte en eco de tal cosa en una carta dirigida a su esposa el 4 de febrero de 1945: "A ti te puedo decir cuán poco estimulante es nuestra situación; con toda honra-*

dez, me parece desesperada". Ahora bien, nadie duda de que Bormann siempre ha reflejado el pensamiento del jefe al cual se había entregado en cuerpo y alma.

Según lo que se ha podido saber, Bormann se instaló, para permanecer en el sótano de la Cancillería, en los alrededores del 2 de febrero de 1945, y desde entonces se le asignó allí una alcoba. No es, pues, de asombrar, que la primera de las dieciocho notas que forman el contenido de esta obra tenga por fecha la del 4 de febrero. ¿Por qué se detiene el 26 de febrero? ¿Por qué esta interrupción de treinta y cinco días entre la decimoséptima y la decimoctava? ¿Por qué, después de este largo silencio, esta nota sola y única de fecha del 2 de abril... y luego nada?

No hemos hallado explicación decisiva respecto a esta interrupción. La atención de los negocios cotidianos, la situación que se agrava con rapidez, el sentimiento que acaso abrigó Bormann de que el Führer acababa de entregarle lo esencial de su pensamiento sobre todos los temas de interés capital, ¿por cuál decidirnos? También es posible concebir que Bormann, sorprendido por los acontecimientos de los últimos días, no haya contado con oportunidad para poner al abrigo cualesquier otras notas que hubiese tomado. Hay lugar para suponer que estas preguntas nunca conocerán respuesta de ninguna clase.

Francois Genoud

PREFACIO

Por

H. R. Trevor-Roper

Profesor de Historia Contemporánea
en la Universidad
de Oxford

Acábase de descubrir un nuevo documento relativo a Adolfo Hitler. Es un documento que presenta un gran interés histórico: se trata del testamento político de Hitler, de sus últimas reflexiones generales sobre la guerra que, ya para ese momento, había perdido. Es la última ventana por la cual nos es permitido arrojar una mirada en esa pieza sombría, horrible, alucinante, y, con todo, tan cargada de fuerzas reales, digamos hasta terriblemente explosivas: su cerebro.

¡Vaya cerebro el de Hitler! Seguro que no podemos negar la existencia de este hecho. Acaso, con toda

razón, se le pueda hallar deprimente. Era un espíritu vulgar, violento, grosero, cruel y horrible. Y, sin embargo, si sabemos contemplar más allá de estas características tan evidentes como odiosas, debemos reconocer que el cerebro de Hitler se encontraba dotado de una potencia extraordinaria, pues podía, del mismo modo, esclarecer y simplificar, ilustrar y deformar, conformar lo porvenir y desfigurar lo pasado. En mi opinión, negar la potencia mental de Hitler y no ver en él, como algunos lo pretenden, más que un poco de espuma arrastrada casualmente por las olas turbulentas de los sacudimientos sociales, representa adoptar una actitud injustificable. Lejos de mí el pensamiento de aceptar a la letra el juicio de Hitler emitido sobre su propia persona, cuando él se consideraba como un fenómeno histórico único, un fénix en la historia de la humanidad, nacido para transformar, solo y en unos cuantos años, la historia del mundo; pero hemos de admitir que lo que hizo, ningún otro hombre lo ha llevado a cabo durante el curso de nuestra historia. Él ha concebido, emprendido y realizado una gran revolución, desde su origen hasta su término, partiendo de la nada para alcanzar la creación de un imperio mundial. Otras grandes revoluciones han devorado con regularidad a sus propios hijos. Hitler, solo, siempre fue el que devoraba a los otros, sin que jamás lo devorasen a él. A él le tocó ser el Rousseau, el Mirabeau, el Robespierre y el Napoleón de su revolución; su Marx, su Lenin, su Trotzky y su Stalin. Desde luego que pudo mostrarse demasiado inferior a la mayor parte de estos personajes, lo mismo

por el carácter que por la mentalidad; pero por lo menos logró éxito en lo que ninguno de ellos pudo hacer: conservó el dominio de su revolución a través de todas sus etapas, y hasta en la derrota misma. Con eso basta para demostrar que poseía una comprensión notabilísima de las fuerzas con las que se medía. No hay duda de que haya sido un fenómeno histórico espantoso; pero, en todo caso, fue un fenómeno histórico importante, y no podemos permitirnos el lujo de pasarlo en silencio.

En tres ocasiones, en el curso de la historia de la Revolución Nazi, hemos visto, gracias a las "Conversaciones Familiares", de Hitler, abrirse una ventana que nos ha dado acceso a los repliegues más secretos de su pensamiento, y este nuevo documento constituye la tercera de esas ventanas. Cada una de ellas nos fue abierta, como si fuera hecho de modo expreso, en un periodo crucial de esta historia. La primera lo fue en 1932-1933, en los días de la "Machtübernahme", la toma de posesión del poder en Alemania. En esa época, Hitler, alborozado por la idea de que iba a tomar el poder y a ejercerlo —ese poder que se encontraba resuelto a no abandonar jamás después de haberlo conquistado—, le expuso largamente a su *entourage intime*[1] de colaboradores políticos, los fines y los métodos de su dictadura. En aquellos tiempos, los conservadores, tanto en Alemania como en los otros países, se complacían en considerar a Hitler como a uno de los suyos; un dictador, seguro que sí, pero un dictador de Derecho. Ahora bien, en

1 En francés en el original. "Círculo íntimo". (N. del T.)

sus conversaciones íntimas, Hitler ha revelado la falsedad de tal concepción; pero únicamente sus íntimos tuvieron conocimiento de ello. Con detalles aterradores, nos ha descrito la revolución colosal que proyectaba desencadenar en el mundo entero, así como a las temibles fuerzas de destrucción que contaba con enganchar a su carro todopoderoso. Hasta donde podemos saber, no existe ningún informe o relato oficial de dichas conversaciones; pero sí contamos con uno, que no llega a documento oficial. Uno de los colaboradores más allegados a Hitler, Hermann Rauschning, pensaba en verdad como un conservador, y cuando escuchó este programa radical, expuesto de manera tan potente y de tanto convencimiento, se asombró y espantó. Rompió con aquella "Revolución de Destrucción", y publicó, en 1939, las *Conversaciones familiares, de Hitler,* las cuales había escuchado con sus propios oídos. Desgraciadamente, si hoy en día no hay nadie que ponga en duda la autenticidad de esas revelaciones, no se creyó en ellas en el momento de su publicación. Un programa de esa naturaleza, decían, era inconcebible, y Rauschning debió haberlas inventado para las necesidades de la causa. Neville Chamberlain, que tenía la más profunda convicción de comprender realmente a Hitler, declaró rotundamente que no creía una sola palabra de los recuerdos presentados por Rauschning; del mismo modo, por otra parte, una gran cantidad de gentes se había rehusado a creer una palabra del programa que Hitler había expuesto abiertamente en *Mein Kampf.*

Ocho años después de la *Machtübernahme,* se abrió otra ventanilla sobre el pensamiento de Hitler. En 1941 acababa de ejecutar, casi a la letra, el programa expuesto en presencia de Rauschning. En la época de aquella exposición, estaba a punto de tomar el poder en Alemania; ahora se encontraba en vísperas de una conquista todavía más grande: la de un imperio mundial. ¡Qué situación la suya en 1941! En Europa, toda resistencia se hallaba hecha pedazos, y el veredicto de 1918 había quedado anulado, hasta revertido, digamos. Desde el Cabo Norte hasta la Isla de Creta, desde Dantzig hasta los Pirineos, sus ejércitos se encontraban victoriosos en todas partes. Más aún, todas las fuerzas de Europa, por fin reunidas bajo el conducto invencible de la Alemania revolucionaria, iban a ser lanzadas, y ya lo estaban siendo, en contra de la sola potencia continental que permanecía intacta y que Hitler respetaba: la Rusia comunista. Sus vastos territorios deberían, en lo adelante, convertirse en el "Lebensraum" colonial de una Europa unificada, industrializada y germanizada. Nada de sorprendente, pues, es que Hitler se haya regocijado cuando escuchó los primeros crujidos de las derrotas rusas y vio a sus ejércitos triunfantes barrer, sobre todos los frentes, aquel inmenso territorio soviético, precipitándose hacia Leningrado, hacia Moscú y hacia Kiev. Y fue en esta hora crítica cuando decidió, una vez más, revelar a la posteridad una parte de su pensamiento secreto. Pero, en esta ocasión, hizo que se le redactara un informe oficial: la posteridad no tendría para qué fiarse de las indiscreciones de cualquier otro

Rauschning, porque dispondría de una transcripción oficial, auténtica y aprobada, de las conversaciones y de las pláticas entabladas por el amo del III Reich.

De la manera más natural, fue a Martin Bormann a quien le tocó organizar esas conferencias; el dócil secretario de Hitler, hombre fiel, prosaico e infatigable, se convirtió en el gran sacerdote, desprovisto por completo de originalidad, del nuevo evangelio que Hitler iba a revelar. Todos los días, en su cuartel general de la Prusia Oriental o de la Ucrania, Hitler peroró delante de los generales, de los políticos y de los colaboradores de todos los géneros, quienes le escuchaban, asombrados, en tanto que, disimulados en los rincones de la habitación, los secretarios de Bormann tomaban en taquigrafía el copioso evangelio. Estas charlas eran, en realidad, monólogos de Hitler cuyo tema principal giraba en torno de la potencia que él había adquirido y el imperio que él iba a conquistar o bien a crear. Cuando los secretarios habían terminado su tarea, Bormann releía por sí mismo los textos con el mayor cuidado, los corregía y los anotaba, cuando era necesario; después los enviaba a los archivos del Partido, con el fin de que estos documentos se conservasen allí, hasta el día en que se juzgara conveniente publicarlos de manera oficial. En realidad, y tal como sucedió en el caso de los recuerdos de Rauschning, la publicación de tales páginas se llevó a cabo fuera de toda índole oficial. Los documentos de Bormann —los "Bormann Vermerke", como se les ha dado en llamar—, fueron descubiertos después de la guerra y publicados en Francia, en

1952, bajo el título de: *Conversaciones libres sobre la guerra y la paz*, de Adolfo Hitler, y, más tarde, en Inglaterra, en 1953, intitulados: *Conversaciones familiares de Hitler*.

De acuerdo con los puntos de vista de Hitler, resulta muy probable que esas conversaciones libres de 1941-1942 las haya considerado por sí mismo como una especie de testamento político. En ellas ha expuesto sus planes con todo detalle, con la mira puesta en el triunfo final del nazismo y en la fundación de un Reich que debería durar mil años. Ahora bien, una vez alcanzadas esas metas, ¿qué le quedaría por proyectar? Una vez que hubiera conquistado al mundo entero, ¿adónde podría ir el propio conquistador? Pero, ¡por desgracia!, el mundo está lleno de decepciones, sobre todo para aquellos que pretenden conquistarlo; porque descubren a menudo que, una vez llegado a cierto punto, no solamente ya no pueden progresar, sino que les es absolutamente indispensable recular. Tres años más tarde, a principios de 1945, Hitler se ha encontrado cara a cara con nuevas perspectivas. Después de 1942, alguna cosa había funcionado mal, dando resultados pésimos. Al este, los rusos resistieron; al oeste, los ingleses habían sobrevivido y los norteamericanos entraron en la guerra; en el sur, Italia se derrumbó; y he aquí que, en el este, en el oeste y en el sur, los ejércitos de la gran alianza que Hitler había suscitado en contra suya, avanzaban de manera despiadada, encerrándolo entre sus tenazas irresistibles. En vano había contra-atacado en to-

dos los frentes: en Italia, la Línea Gótica había cedido; en el oeste, la ofensiva de Ardennes había fracasado; en el este, las operaciones del nuevo "Grupo de Ejércitos del Vístula", confiado a Himmler, se saldaba por un fiasco completo. Al principio de febrero de 1945, ya no era posible, ni para el mismo Hitler, creer en una victoria alemana. Con la mayor certidumbre, nada podría detener ya, al parecer, la conquista progresiva, sobre Alemania, de los grandes ejércitos aliados, cada vez más conscientes de su fuerza, estimulados por sus victorias y animados del deseo ardiente de liberar a un mundo oprimido.

¿Qué iba, pues, a hacer Hitler, en febrero de 1945, a la hora en que sus sueños, que estuvo a punto de realizar, adquirían toda la apariencia de que se hallaban próximos a derrumbarse? Por supuesto, él nunca quiso reconocer que se le desplomaban. La victoria, insistía, aún era posible: con tal de que se sostuviesen, hasta en las situaciones más desesperadas, la Providencia podía intervenir. Después de todo, ¡vaya si había intervenido, y bien, en favor de Federico el Grande! En 1762 había estado sitiado, también él, en un Berlín rodeado de ejércitos enemigos cuyas mandíbulas se cerraban inexorablemente sobre él. Ya presa de la peor de las desesperaciones, había hasta decidido ponerle fin a sus días. Y, sin embargo, en el último momento, su heroísmo había sido recompensado. La Providencia intervino. La Zarina de Rusia había muerto, provocando así una revolución diplomática, y Federico II se salvó. Del mismo modo, el heroísmo, la voluntad y la tenacidad obstina-

da de los nazis, ¿no podrían ser recompensados en la actualidad?

"Del mismo modo que el Gran Federico —declaró—, también nosotros combatimos contra una coalisión. Y, ¡recordad que una coalisión no es una entidad estable!: ella no existe más que por la voluntad de un puñado de hombres. Si Churchill llegara a desaparecer súbitamente, todo podría cambiar en un relámpago..."

De ese modo razonaba Hitler en aquellos días trágicos, y, sin embargo, no lograba persuadirse a sí mismo por completo. La Providencia, ¿podría intervenir? Contra toda razón, él sí había conservado la esperanza; pero, ¡quizás se rehusaría la Providencia! En ese caso, ¿qué hacer? Hitler siempre afirmó que, si tal debiera de ser su destino, no tendría más que una sola cosa qué hacer. Como Federico el Grande, esperaría hasta el último minuto y, si no ocurría ningún milagro, se mataría. Pero antes de llegar a ese extremo, le quedaba todavía un acto por cumplir en el dominio intelectual. El último testamento político de Hitler, el que en 1941-1942 vaticinaba la realización de un Reich que duraría mil años, ya resultaba con toda certeza un poco anticuado. Aun cuando no fuera más que por un acceso de probidad intelectual, y con el fin de asegurarse que se conservaba el derecho de proferir la última palabra, resultaba necesarísimo añadirle un *post-scriptum*. He ahí la razón por la cual Hitler resolvió, una vez más, abrir una ventana sobre sus pensamientos secretos. En los instantes mismos de la derrota, bajo la presión de acontecimientos realmente apocalípticos, a pesar de una salud

maltrecha, cuando ya no era más que la sombra de sí mismo, un hombre pálido y encorvado, con los ojos vidriosos, los miembros tambaleantes y medio paralizado, se preparó a publicar el último capítulo de su evangelio: un folleto suplementario de sus *Conversaciones familiares,* redactado no solamente a la hora postrera, sino durante el último minuto del drama.

Bormann fue, una vez más, quien tomó las disposiciones necesarias. Goebbels y él eran en lo sucesivo los únicos discípulos en quien el Führer conservaba su confianza y, todavía más que Goebbels, Bormann permanecía constantemente al lado de Hitler. Por otra parte, Bormann era, en cierto sentido, un intérprete mejor que Goebbels; como carecía de toda idea personal, no se arriesgaba, ni siquiera de manera inconsciente, a desnaturalizar los conceptos de su maestro. Y, en esta ocasión, Bormann trabajó enteramente por sí mismo; entonces ya no hubo ningún secretario oculto en los rincones en donde poder ocultarse, ¡en el "sótano" estrecho cavado bajo la Cancillería de Berlín! Así pues, Bormann en lo personal le dio los últimos toques al documento, en todos sus detalles, y su propia firma, dibujada con caracteres toscos, descuidados y sin carácter, figura abajo de las hojas dactilografiadas, otorgándoles autenticidad a estos últimos *Bormann Vermerke,* reunidos en el curso del mes de febrero de 1945. Al fin de ese mes, Hitler había concluido su obra; ya no debía añadirle, en lo sucesivo, ningún *post-scriptum* postrero, más que una sola vez, el 2 de abril. Entonces, los documentos quedaron al cuidado meticuloso de Bormann,

y el Führer, con el círculo de sus amigos cada vez más restringido a sus más íntimos, se pusieron a desear contra toda esperanza que la Zarina tuviese a bien morir.

¡Ah, esa Zarina! ¡En qué obsesión se convirtió, aquellos últimos días de espera, para los sitiados del "sótano" de Berlín, a los cuales el destino no parecía ofrecerles más que la catástrofe y la muerte! Una vez, sin embargo, creyeron que su paciencia sería recompensada y que el milagro iba a producirse. Mientras que Bormann registraba escrupulosamente las conversaciones de Hitler, Goebbels, el empresario del Movimiento Nazi, preparaba las decoraciones para la escena final. Desde el mes de marzo había previsto cómo se desenvolvería esta "verdadera escena del Crepúsculo de los Dioses". Más tarde, en abril, poco después de la última "plática" del Oráculo Hitler, Goebbels se había esforzado por tranquilizar a su amo leyéndole en voz alta la *Historia de Federico el Grande,* de Carlyle, y, en particular, el capítulo que narra cómo el soberano se salvó del suicidio y de la derrota, por el fallecimiento, *in extremis,* de la Zarina. Algunos días más tarde, hablaban todavía de la Zarina, cuando una noticia sensacional llegó al "sótano", llevada por el Ministro de Propaganda. Pálido de emoción, Goebbels exclamó:

—Mi Führer, ¡lo felicito! El destino abatió ya a su enemigo más grande. ¡Estamos ante el milagro de la Casa de Brandenburgo! ¡La Zarina ha muerto!

La Zarina no era Churchill, sino Roosevelt, que

acababa de morir, en vísperas de la victoria, el 12 de abril de 1945.

Desgraciadamente, aunque la Zarina hubiese muerto, no se presentó, en esta vez, ninguna revolución diplomática. De nuevo, las tinieblas rodearon al "sótano", y, el 17 de abril comenzaron a abandonar toda clase de esperanzas. Como uno de los más próximos colaboradores del Führer debería partir del "sótano" ese día, Bormann le confió un sobre, confidencial en absoluto, sumamente secreto, para que se guardara en lugar seguro: de hecho, en cualquier parte de la Bavaria. Tratábase de los últimos *Bormann Vermerke,* las últimas *Conversaciones Familiares,* de Hitler. Estos documentos son los que se acaban de descubrir. Cinco días más tarde, el 22 de abril, Hitler autorizó a todos los ocupantes del "sótano" de la Cancillería a que se alejaran; el sitio de Berlín se estrechaba cada vez más, y todos los que deseaban intentar una escapatoria recibieron el permiso correspondiente. Al día siguiente, en realidad, resultó ya imposible salir de la ciudad: el último acto acababa de principiar. A partir de ese día, no se conoce ningún otro documento que se haya llevado fuera del "sótano", con excepción del último testamento de Hitler y del certificado que atestigua su matrimonio de última hora con Eva Braun. El 30 de abril, Hitler tomó la decisión que le imponían la historia, la derrota y el ejemplo de Federico el Grande, lo mismo sobre un plan práctico que sobre un plan intelectual. Esta vez, ni la muerte de la Zarina misma lo había salvado, y la Pro-

videncia no se decidió a intervenir: así que él fue quien puso fin a sus propios días.

:-: :-: :-:

Tal es, pues, el fondo de la decoración de estos nuevos documentos que se acaban de descubrir en Alemania. Su autenticidad no se puede poner en duda para nada: su historia, su contenido y la firma misma de Bormann constituyen en todas las páginas la garantía más segura. A mayor abundamiento, para quienquiera que haya estudiado el pensamiento de Hitler, la naturaleza misma de estas conversaciones basta para constituir una prueba concluyente de su exactitud. En un sentido, nos encontramos, allí, ante el testamento político verdadero y completo de Hitler; en comparación, su "testamento político oficial", firmado el 29 de abril, al mismo tiempo que su testamento privado (el cual designaba a Bormann como a su ejecutor testamentario), no constituye más que un apéndice breve y banal.

En estos monólogos, sostenidos a la hora misma de una derrota evidente, que apenas un milagro podía impedir, Hitler ha pasado revista a todos los problemas de esta guerra que había comenzado a ganar antes de perderla. La primera serie de esas *Conversaciones Familiares,* las que ha recogido Rauschning durante las horas exaltantes de la *Machtübernahme,* se podría intitular: *Lo que haré yo con mi poder en Alemania.* La segunda serie, la ya publicada bajo el título de *Bormann*

Vermerke y que corresponde a las horas apasionantes de la conquista del mundo, convendría llamarla: *Lo que haré con el mundo cuando lo haya conquistado.* Esta tercera y última serie de charlas, sostenidas durante los últimos días del fracaso y de la derrota, cuando la conquista del mundo y el poder en Alemania se habían ya evaporado ante sus propios ojos, como mitos, vale la pena de intitularla: *¿Por qué no he ganado? ¿Cuál fue mi error?*

Sí, ¿cuál ha sido el error cometido por Hitler? ¿En qué ha consistido? ¿Se equivocó al declarar la guerra, o en hacérsela a tal país más bien que al otro? ¿En atacar a Rusia, en tanto que Inglaterra permanecía aún no derrotada? ¿En volverse en contra de los rusos, tan difíciles de ser conquistados, cuando hubiera podido con tanta facilidad someter a su ley a los países mediterráneos, el África del Norte, el Levante? ¿En no haberse apoderado de Gibraltar en 1940? O, más bien, ¿se ha equivocado en escoger las fechas de sus intervenciones? ¿Debió haber esperado hasta 1942 (como lo preveía en 1938) para desencadenar la guerra mundial, o, por el contrario, declararla en 1938 (como pensaba en 1945 que hubiera necesitado hacer)? ¿Maniobró mal con Inglaterra o con España? ¿Se habrá mostrado demasiado benigno con Francia, o demasiado indulgente respecto a ese gran hombre, "mi igual, y hasta acaso, en ciertos dominios, mi superior", Mussolini, quien, a pesar de todo, dominaba a los italianos como él mismo dominaba a los alemanes? ¿Debió haber adoptado una posición

más conservadora y convertirse en aliado de los ingleses, esos "insulares arrogantes", o, por el contrario, ser mucho más radical? ¿Debió de haber tomado, en todo el mundo, la iniciativa de los movimientos proletarios, revolucionarios y anticolonialistas, aun cuando debiera, al hacer eso, destruir el armazón de la sociedad moderna y sus alianzas con Italia, Francia y España, esos aliados latinos desprovistos de todo valor y, en gran parte, responsables de sus fracasos?

Todas esas eventualidades eran plausibles, e importaba examinar cada una de ellas en este último y gran análisis póstumo, especie de autopsia de la guerra y de su desenlace desastroso. Y precisamente eso es lo que ha hecho Hitler, reflexionando en voz alta y pasando revista a todas las hipótesis. Su cerebro se ha empeñado en evocar una tras otra todas las encrucijadas definitivas de su historia, esos virajes peligrosos en el curso de los cuales él había podido cometer un error de conducta. La mayor parte de los hombres que no han tenido éxito para satisfacer sus ambiciones se complacen en tales reflexiones retrospectivas; pero uno no siempre puede fiarse de sus conclusiones. Sus ensueños se pierden en las medidas que hubieron debido tomar, pero olvidan generalmente que ciertos obstáculos mortales se habrían presentado entonces, sin duda, para hacerlas ineficaces, y que el adversario hubiese podido también tomar, a su vez, otras disposiciones con el fin de reducirlas a la impotencia. Por otra parte, la memoria humana es un órgano defectuoso que tiende, por selección, a favorecer a quien la posee. La memoria de Hitler se encontraba

particularmente dotada para ese género de selección favorable. Para darnos cuenta de ello, basta con referirnos a los recuerdos de 1940 que ha evocado, y, con especialidad, a sus esfuerzos por decidir al general Franco a entrar en la guerra a su lado.

"Me he preguntado a veces —declara tranquilamente en 1945— si no nos hemos equivocado cuando, en 1940, no hemos arrastrado a España a la guerra. Eso nos hubiera sido extremadamente fácil, porque ardía en deseos de imitar a Italia y de convertirse, también ella, en miembro del club de los vencedores... Toda vez que la contribución tangible de ese país al esfuerzo de guerra no podía ser más que insignificante, hube de llegar a la conclusión de que su intervención directa no era deseable".

Más adelante añade:

"Hasta sin la intervención de España, nos hubiera sido muy fácil ocupar Gibraltar mediante una operación de comandos transportados por el aire; Franco no habría tenido que declarar la guerra; hubiera bastado que nos concediese su conformidad. La única dificultad para nosotros, en ese caso, hubiese consistido, no en arrastrar a Franco a la guerra, sino, por el contrario, en disuadirlo de ella, tanto más cuanto que no habíamos logrado, unas cuantas semanas antes, impedir que Italia volase en socorro de nuestra victoria...".

¿Quién sospecharía, pues, leyendo estas afirmaciones llenas de condescendencia, la realidad de los hechos relativos a las insinuaciones de Hitler a Franco en 1940? Ahora bien, todo el mundo sabe hoy que, en aquella

época, Hitler le ha suplicado a Franco que entre en la guerra, o, por lo menos, que permita el paso del ejército alemán, solicitud que recibió una negativa constante. En realidad, Hitler hasta consintió en ir en persona a la frontera de los Pirineos, para intentar convencer al dictador obstinado; pero tras una discusión de nueve horas, terminó por regresarse con las manos vacías. Poco después se vio obligado a declarar a Mussolini que preferiría dejarse arrancar tres o cuatro dientes, antes que exponerse a una nueva conversación de ese género. Le suplicó al Duce que reanudase las pláticas, intentando recuperar a ese "hijo pródigo" del Eje; pero ni el mismo Duce llegó a convencer al Caudillo, temible negociador, frío y realista. La negativa de Franco significó para Hitler un fracaso tan escocedor que, durante los dos años siguientes, bastaba mencionar el nombre del dictador español enfrente de Hitler, para que éste se pusiera rojo de cólera y se entregase a comentarios insultantes. Escuchando sus palabras, Franco, según él, era un "cobardón y un poquita-cosa", "un pavo real ensoberbecido consigo mismo", que se arrellanaba "sobre el trono del pretendiente"; sin su "actitud idiota", a Gibraltar se le hubiera conquistado en cinco días, y los ingleses y los norteamericanos nunca hubiesen desembarcado en el África del Norte, ni logrado éxito de reventar de esta manera el *bajo vientre vulnerable del Eje*. Más tarde, y durante dos años más, el nombre mismo de Franco no fue jamás pronunciado en presencia del Führer. Y, sin embargo, he aquí que en 1945 Hitler declara, con un tono calmado y frío,

que hubiera sido "extremadámente fácil hacer entrar a España en la guerra en 1940, ¡y que él había tenido que hacer los esfuerzos más terribles del mundo para impedírselo!". ¡Podemos ver, por lo tanto, de qué manera Hitler había sabido eliminar, lleno de complacencia, de todos sus recuerdos, todos los acontecimientos de aquel año trágico!

El análisis póstumo de la guerra que nos ha dejado Hitler abunda en errores y en omisiones de tal género. Y, sin embargo, ¿hemos de prestarles importancia? Cuando leemos sus *Conversaciones Familiares,* no intentamos buscar en ellas tanto la divulgación de hechos nuevos, como un poco de luz que nos permita comprender mejor su pensamiento y su carácter. Deseamos saber, no por qué ha perdido la guerra, sino por qué consideraba él que la había perdido; lo que, si hemos de entendernos bien, puede ser otra cuestión por completo. Ahora bien, a esta cuestión, el nuevo documento Bormann que se acaba de descubrir presenta respuestas singularmente claras; son interesantes no tan sólo por la importancia de los hechos exactos que contienen, sino también por la luz que proyectan sobre las metas y el carácter tanto del mismo Hitler como del Partido Nacional Socialista.

Como principio, examinemos los errores que Hitler no reconoce haber cometido. Según ciertas opiniones, se equivocó al declarar una guerra mundial. Eso, él no lo ha admitido jamás. Siempre ha insistido sobre el hecho de que no fue él quien precipitó al mundo a la guerra; la responsabilidad, si hemos de creerle, les

incumbe a los Aliados, que fueron quienes se la declararon, no solamente en 1939, sino desde 1933, negándose a satisfacer por adelantado las demandas que se les iban presentando, en nombre "de los derechos fundamentales del pueblo alemán". Porque, declara con insistencia, el Nacional Socialista tenía, por su misma y propia esencia, el derecho imprescriptible de conquistar al mundo, y cualquiera oposición o falta de simpatía a ese respecto, justificaba automáticamente su decisión de tomar por la fuerza todo aquello que se rehusaban a entregarle libremente. Todavía más, añadía, el Occidente nunca estuvo dentro de su derecho al resistírsele, porque, en realidad, del combate que entablaba, el beneficiario indiscutible venía siendo el Occidente. ¡Ah, si las gentes quisieran en verdad comprender! A la Europa, afirma él, hay que unificarla, con el fin de poderles oponer resistencia a los rusos; y él, Hitler, sólo él, sabía cómo forjar esa unidad por medio de una tiranía germánica que "desinfectaría al Occidente, reventaría el absceso comunista y eliminaría totalmente todo veneno judío". He ahí por qué el Occidente tenía el deber de ayudarlo en esa tarea, en lugar de estorbarle el camino. Tal oposición a sus planes era criminal, demente y participaba del suicidio; no podía comparársele más que con el ataque de un ahogado en contra de quien busca salvarlo, y, por supuesto, en ese caso, al salvador le correspondía no sólo el derecho sino la obligación de aturdir al ahogado para poder arrastrarlo hasta la playa. "Yo he representado la última probabilidad de Europa", declara Hitler. "Se ha mostrado inca-

paz de renovarse mediante reformas consentidas voluntariamente. Ha permanecido obstinadamente insensible lo mismo a los halagos que a la persuasión, y, para tomarla, he debido utilizar la violencia". Sí, insistirá hasta el fin mismo, es una necesidad bien amarga la que lo ha constreñido a atacar a Europa, una necesidad del todo diferente a la mala voluntad obcecada que Europa le ha manifestado resistiéndosele.

Si Hitler no reconocía que cometió un error haciéndole la guerra a Europa, ¿qué diremos de su ataque en contra de Rusia? Muchos alemanes han juzgado que ése había sido su error más funesto. Ah, si Hitler se hubiese únicamente contentado con sus victorias, dicen..., si se hubiese detenido después de haber conquistado Francia..., hubiera entonces hecho de Alemania el amo incontestable de Europa, anulado el veredicto infamante de 1918, restaurado el Reich de Bismark, y, todo ello, por un precio irrisorio: la *Blitzkrieg* ganada de ese modo, en su totalidad, le hubiera valido a los ejércitos alemanes una reputación que nadie se habría permitido negarle. La misma Inglaterra hubiérase visto obligada, al fin de cuentas, a transigir con la nueva realidad, y, sin ninguna duda, se habría llegado a descubrir un terreno de arreglo con esa otra gran potencia nórdica; porque, en el fondo de las cosas, los alemanes y el propio Hitler la respetaban secretamente; pero la odiaban únicamente porque se negaba a manifestar hacia ellos un respeto recíproco, y se comportaba con respecto a ellos como si fuese una aristócrata enso-

berbecida por su empaque personal y que desdeñara sus proposiciones e iniciativas.

Parece que, a veces, en sus reflexiones retrospectivas, Hitler haya admitido *a posteriori* algo semejante a esa hipótesis. ¡Ah, exclamaba, con sólo que Inglaterra se hubiera mostrado razonable, en 1940 o 1941, qué paz idílica no se hubiese podido establecer entre estas dos orgullosas potencias nórdicas, cuando cada una de ellas hubiera triunfado de un débil enemigo latino, Alemania habiendo vencido a Francia, e Inglaterra habiendo vencido a Italia! Inglaterra habría entonces podido concentrar toda su acción en mantener su imperio, garantizado generosamente por Alemania, en tanto que ésta se dedicaba a su gran tarea, consistente en digerir toda Europa, en explotar su victoria y en liquidar a los judíos. Sí, se podía estar seguro de ello: la Gran Bretaña, la verdadera, no la de aventureros como Churchill, a sueldo de los judíos, ¡comprendería y apreciaría favorablemente unas ambiciones tan modestas y razonables!

He ahí, pues, lo que decía Hitler; pero si llevamos más lejos nuestro estudio, descubrimos siempre que, en realidad, su ambición no era tan sencilla como lo pretendía. Una paz firmada por él en 1940 con la Gran Bretaña hubiera constituido, no la última solución de sus problemas, sino una nueva orientación para su acción: "Habiendo asegurado de ese modo la seguridad de sus retaguardias", declaró en efecto, "Alemania hubiera podido consagrarse, con alma y corazón, a su tarea verdadera, a la misión misma de toda su vida, a la razón de ser del Nacional Socialismo: la destrucción del bol-

chevismo..." Y, más lejos, añade: "Es hacia el este, únicamente y siempre hacia el este, hacia donde las venas de nuestro organismo se deben extender". Evitar cualquier guerra en contra de Rusia representaba una política conveniente para la vieja Alemania monárquica de 1914, o para los conservadores que ahora aspiran todavía a resucitar aquella vieja Alemania; pero, para la nueva Alemania nazi y revolucionaria, no había ni qué pensar en evitar tal guerra. La guerra en contra de Rusia no constituía una simple diversión que, en caso de falta de éxito, se reconocería como un sencillo error de táctica; para el nazismo representaba la meta suprema por alcanzar, el fin de los fines. El fracaso de dicha empresa podía, desde luego, acarrear un desastre irremediable; pero no intentarla equivaldría a traicionar la misión de Alemania.

A la luz de esta tesis, esclarecidos por ella, comprendemos mejor la actitud de Hitler con respecto a Inglaterra. A sus ojos, el verdadero crimen de la Gran Bretaña no ha consistido tan sólo en su negativa a reconocerse vencida por Alemania; no, ha radicado en continuar obstinadamente la lucha, hasta cuando Hitler se encontró enzarzado en contra de Rusia. Sin la resistencia británica, declara, hubiera conquistado a Rusia. He ahí por qué su odio más inextinguible no ha tenido por objeto a Rusia, víctima que contestaba a sus golpes, sino a esos isleños incorregibles a quienes había estado cortejando en vano; porque, a causa de ellos, en lo sucesivo sus conquistas se le esfumaban y la solución de sus problemas se le escapaban de las manos definitivamente.

"Siempre ha sido Inglaterra", afirma, "la que se ha opuesto a la prosperidad de Europa, estorbándole el paso. Ahora", añade con tanto odio como esperanza, "se encuentra vieja y debilitada, pero siempre tan corrompida y malhechora". Por esa razón dirigía todos sus votos hacia la exterminación progresiva de esa raza judaizante, enjudiada, esperando que sucumbiera de hambre y de tuberculosis sobre su isla maldita.

Si, pues, Hitler consideraba que había tenido razón de declararle la guerra e invadir a Rusia, a pesar de la resistencia británica, ¿en qué se equivocó? ¿Habrá tal vez lanzado su ofensiva demasiado temprano? No, declara, rehusándose a admitir esta falta. Había que atacar a Rusia, y una docena de razones exigían que este ataque tuviese lugar sin tardanza alguna. El tiempo, el aumento de las poblaciones y otra gran cantidad de factores favorecían a los rusos a medida y en tanto que esperaban. En realidad, hubiera valido más, infinitamente más, pensaba él, atacar al principio al Occidente, en 1938, para unificarlo, y después a Rusia para conquistarla. Retrospectivamente, Hitler consideraba que en 1938 él se encontraba listo, por cuanto a lo militar, y disponía de motivos del todo plausibles para entrar en la guerra. Por desgracia, la moral de Alemania dejaba todavía algo qué desear: se hallaba demasiado embarazada con generales y diplomáticos reaccionarios. Y después, apareció el infame y maquiavélico Chamberlain que, en Munich, aceptó todas las exigencias del Führer, privándolo así de un buen pretexto para desencadenar la guerra. Insistiendo sobre este punto, Hitler

La respuesta resulta muy sencilla: fue Mussolini quien ocasionó su pérdida. En efecto, desde octubre de 1940, el Duce se encontraba muy lastimado, por una parte porque asistía a las victorias de Hitler, y por otra a causa de las humillaciones continuas que resentía. A pesar de todos los servicios que le había prestado en lo anterior al Führer, y por los cuales éste se le declaró sumamente reconocido ("Mussolini", le había telegrafiado en 1938, "¡no lo olvidaré nunca!"), el dictador italiano se veía mandado sin ningún miramiento y casi lo insultaban. Hitler tomaba las decisiones principales sin informarle de ellas, y si lo ponía al corriente, era llamándolo imperativamente al teléfono, u obligando al Embajador del Reich a irlo a despertar a horas inoportunas y anormales. "Ya estoy hasta el copete", le declaraba amargamente Mussolini a su yerno Ciano, "de que se me llame, para cualquier necedad o a cualquier hora, ¡al teléfono!". Y así fue como un día, no pudiendo soportarlo ya más, decidió demostrarle a Hitler su independencia. El 12 de octubre de 1940, le dijo a Ciano: "Hitler me pone siempre por delante los hechos ejecutados. Por esta vez, ¡le voy a devolver el cambio de su moneda! Llegará a saber por los periódicos que he ocupado a Grecia, ¡y en esa forma se restablecerá el equilibrio!".

¡Pobre Mussolini! Su aventura griega se convirtió en un desastre. Provocó la rebelión yugoslava, la expedición británica y, finalmente, fue Hitler quien tuvo que correr en auxilio suyo. En efecto, Hitler lo salvó; pero Mussolini debería confesar, él mismo, que el

Führer "le golpeó seriamente los nudillos con la regla". Pero, sobre todo, al obrar de esa manera, Hitler se vio obligado a trastornar todos sus planes de campaña personales. Por esta razón, el 15 de mayo no estaba todavía preparado para invadir a Rusia, y a causa de Mussolini dicha invasión se pospuso para el 21 de junio. Y he ahí por qué la victoria, que aparecía tan segura al principio de la campaña, no se había adquirido en su totalidad cuando sobrevino, prematuramente, el terrible invierno ruso. Se le había escapado, cierto, por poco; pero para siempre.

Tal fue, pues, para Hitler, la encrucijada fatal de la guerra: consistió en esas cinco semanas que no hubiera perdido si Mussolini no hubiese sido su aliado. Y, por supuesto, ahí tenemos también en qué se fundó su error. "¿Por qué, oh, por qué", se preguntaba, "he cometido la locura de tenerles confianza a esos latinos buenos para nada?". Siempre, a lo largo de su carrera, no le habían proporcionado más que catástrofes. Entre 1930 y 1940, se había tomado el trabajo, al precio de pérdidas muy severas, de instalar en España a un dictador latino, contando con hacerle aliado suyo; pero, en calidad de gracias, ese miserable renegado clerical, el general Franco, lo traicionó de la manera más vergonzosa. Con respecto a Francia, se mostraba generoso, no ocupándola más que a medias, únicamente para que se le engañara, al final de cuentas, por ese reaccionario miserable y viejo del general Petain. "¿Qué es, pues", exclamaba, "lo que me ha empujado a olvidar mis propios y proféticos puntos de vista, los que expuse en

Mein Kampf, cuando escribí que antes de nada lo que resultaba indispensable era anonadar a Francia?". Y he ahí que, a su vez, Italia lo había arruinado. Seguro, sí, seguro, y a pesar de todos sus errores, seguía apreciando al Duce, porque se encontraba ligado con él con una admiración ya muy antigua, con un afecto muy sincero y con una gratitud eterna. Y, sin embargo. ¡cómo se había revelado ser muy desastrosa esta alianza con Italia en la guerra! A Hitler se le salían las lágrimas al evocarla. "¡Qué operación tan idiota esa campaña de Grecia!", proclamaba. "Si Alemania, y no el Eje, hubiera permanecido como la única responsable de la dirección de la guerra, hubiéramos estado en posibilidad de atacar a Rusia desde el 15 de mayo de 1941. Sintiéndonos doblemente fortalecidos por el hecho de que nuestros ejércitos no habían obtenido en todas partes más que victorias decisivas e irrefutables, habríamos sido capaces de terminar la campaña antes de la llegada del invierno. ¡Por desdicha, todo sucedió de modo distinto!"

Ahora bien, cuando Hitler ha analizado de ese modo el fatal error que cometió otorgándoles demasiada confianza a los pueblos latinos, y, particularmente, a Italia, no se concretó a ello, sin embargo. Para él, Italia se le reveló como aliado de lamentable debilidad y de potencia militar ficticia, constituyendo ese "bajo vientre frágil del Eje", que el enemigo habría de reventar con tanta facilidad, para llegarle luego al corazón mismo de Alemania. Pero, a los ojos de Hitler, hubieron también otras consecuencias, y ¡peores! Italia, potencia colonial, poseía un imperio en África, y, des-

graciadamente, el Duce se ponía en ridículo adoptando, en esas colonias, actitudes de emperador romano. En su papel de dictador revolucionario, Hitler profesaba un desprecio profundo por ese comportamiento arcaico; mas se sentía obligado, en su carácter de aliado leal, a sostenerlo. Más aún, en las colonias francesas vecinas, veíase obligado a sostener el imperialismo francés, porque los imperios se apoyan unos en los otros, y toda rebelión resulta contagiosa. Al mismo tiempo, Italia reivindicaba la herencia de Francia, y la ambicionaba intacta, de modo que la alianza italiana le forzó la mano a Hitler para que apoyara al imperialismo en África. Y con todo, cuanto más reflexiona en ello retrospectivamente, más le parece nefasto el apoyo que él le brindara.

En efecto, a medida que duraba la guerra y que Europa daba pruebas de su resistencia, el radicalismo social de Hitler, tan enraizado en él, se mostraba más intenso y de manera más al descubierto. Lamentó no haber ayudado a los comunistas españoles, que a sus ojos no eran tales comunistas, en lugar de sostener a Franco, a los duques y a la Iglesia. En su propio país, ahora sabía que la aristocracia alemana era su enemiga declarada; el complot del 20 de julio de 1944 lo había demostrado. ¿Por qué, pues, se preguntaba, no se había él mostrado entonces más totalmente radical? ¿Por qué no había adoptado una política revolucionaria en todas partes, lo mismo en Alemania que en el resto de Europa y en África? ¿En qué podían interesarle a Alemania las colonias allende los mares? ¿En *Mein Kampf* había re-

nunciado a ellas, y desde entonces sus ideas sobre ese punto habían permanecido siempre las mismas. Alemania no tenía nada que perder ni que ganar en ese dominio. ¿Por qué, pues, no había dado él su toque de atención a la lucha radical, anti-colonialista? Hubiera debido también liberar "a las clases laboriosas" de la Francia vencida, y poner en la picota a "la burguesía fósil". Al mismo tiempo, hubiera necesitado predicar por todas partes la liberación de los pueblos colonizados, el despertar del mundo árabe, el renacimiento del Islam. "¡Imaginad un poco lo que hubiéramos podido hacer!", exclama entusiasmado. "Todo el Islam entero, tembloroso ante la noticia de nuestras victorias. Los egipcios, los iraquenses y todo el Cercano Oriente se encontraban listos para rebelarse. "Pero", añade con infinita tristeza, "la alianza italiana ha hecho todo eso imposible; nos ha paralizado; nuestros amigos los musulmanes no han visto en nosotros más que a los cómplices de sus opresores, de tal modo que, a causa de nuestra fidelidad a la alianza italiana, ¡hemos perdido en eso la oportunidad, como en tantos otros dominios!".

Así es como en 1945 Hitler ha juzgado las causas del fracaso del nazismo, y debemos reconocer que los ha descubierto con una claridad notabilísima. Ha comprendido que Europa podía ser dominada por una potencia continental tiránica, controlando la Rusia occidental y abasteciéndose en las reservas de Asia, una y otra estando ligadas estrechamente por los nuevos medios de comunicación que han convertido en anticuados a los viejos imperios coloniales. Ha comprendido

que esta nueva potencia continental podía hallar sostenes en el mundo entero, convirtiéndose en el paladín de los pueblos colonizados que lucharan por su liberación, juntando a su revolución política una revolución social y ello sin riesgo alguno, supuesto que, gracias a Dios, Alemania no poseía ninguna colonia. En realidad, tuvo una visión singularmente clara de un mundo que se pareciera de modo muy parecido a nuestro mundo moderno actual, en el cual, una tiranía que no es alemana, sino rusa, domina la mitad de Europa y utiliza los nacionalismos no europeos para derrumbar a la otra mitad. Por último, ha comprendido que, para realizar en lo porvenir un programa de esa naturaleza, necesitaba medirse con un gran rival, al cual fuerza era arrancar de las manos el trofeo: ese rival era Stalin.

Pero, ¿lo hubiera podido vencer? Siempre, y desde el principio, comprendió que el tiempo trabajaba contra él y para los rusos. Éstos poseían en Asia vastas reservas que no harían más que crecer, en tanto que Hitler, él mismo, no contaba más que con alemanes anárquicos y limitados, a los cuales sólo su propio genio podía transformar, durante un periodo breve, en un pueblo de conquistadores. He ahí la razón por qué necesitaba golpear aprisa, muy aprisa, mientras se encontrara en su apogeo y antes de que los rusos alcanzaran la capacidad suficiente para enfrentársele.

Tal fue su problema, tal fue su tragedia. "Mientras otros disponen de una eternidad", decía él, "yo, yo, no cuento más que con unos cuantos años breves y miserables para llevar a cabo mi obra". Un mes después

de haber publicado ese último testamento, Hitler resumió la cuenta enfrente de su viejo discípulo Albert Speer. Le declaró que Alemania lo había traicionado y que, por consecuencia, merecía ser destruida. "El porvenir", le manifestó, "pertenece únicamente al pueblo del este, que es el más fuerte. Y, sin embargo", debía añadir, "he sido derrotado por una pequeñísima cabeza: exactamente cinco semanas. ¡Qué diferencia si hubiese tomado la ofensiva cinco semanas más temprano! Pero esas cinco semanas, las he perdido a causa de la confianza que había puesto en mi amigo más querido y más admirado, en Mussolini".

:-: :-: :-:

Éste ha sido, pues, el último juicio que, al final de su gran aventura, Hitler se ha formado de ella; o, por lo menos, tales han sido sus últimas *Conversaciones Familiares*. A sus ojos, no existía ninguna verdad real, ninguna objetividad verdadera; así era como a menudo le sucedía que apostrofara a sus generales, reprochándoles con vehemencia "su objetividad maldita". Para él toda realidad, y en particular toda realidad política, constituía no un hecho, sino una creación del espíritu y de la voluntad. El cerebro humano, su propio cerebro, se apoderaba de los diversos elementos que cooperaban a crear tal o cual situación; después, sólo por la potencia de su pensamiento, se forjaba de ella una entidad única, aun a riesgo de deformarlas por la fuerza en el curso de la operación. Por ello es que, cuando juzgamos sus "te-

rribles simplificaciones", debemos siempre recordar su potencia de razonamiento, gracias al cual llegaba a desnaturalizar los hechos a tal punto que, al final de cuentas, lo que él llamaba "su verdad" no era más que una caricatura. Así sucede con su juicio postrero. Podemos comprobar que está fundado sobre argumentos de una gran solidez, extremadamente verosímiles y de una claridad sistemática. Todo ello es evidente. Pero lo que no lo es menos, y que nos sorprende, es su debilidad superficial, la depravación mental de ése su cerebro tan poderoso que arrastraba, sin embargo, en pos suyo toda clase de inmundicias; es su rencor vulgar; es su verborrea grosera y nauseabunda relativa a los judíos, al occidente podrido, a la burguesía fósil, a los espíritus limitados de los generales y de los aristócratas reaccionarios y a la corrosión de la cristiandad. Pero si las debilidades superficiales de ese juicio nos parecen evidentes, será preciso también que busquemos si, en su esencia misma, no acarrea otras. Para descubrirlas, conviene no criticar en detalle las respuestas de Hitler, sino proponernos las mismas cuestiones de modo independiente de él.

¿Podría Hitler ganar la guerra declarándola en 1938? ¿Podría ganarla ocupando a España, o, por lo menos, a Gibraltar, en 1940? ¿La podría ganar conquistando a Leningrado, a Moscú, a Kiev, en 1941? Quede por dicho que no podemos contestar de una manera positiva, porque todas estas preguntas llevan consigo necesariamente muchas otras, secundarias pero importantes. Napoleón tomó a Moscú; pero, ¿de qué le sirvió?

Aun admitiendo que Hitler hubiese ocupado a toda la Rusia de Europa, ¿hubiera podido edificar su Nuevo Orden sobre tales fundamentos? Tragar no significa digerir. Hitler condujo la guerra de cierta manera, y la perdió. Si la hubiese manejado de acuerdo con otras tácticas, se le habrían presentado otros problemas secundarios. ¿En qué forma los hubiera resuelto? Eso no nos lo dice. En ese último testamento, lo único que hace es afirmar, sin demostrar; se mantiene prudentemente dentro de las grandes generalizaciones, dentro de las grandes simplificaciones: los problemas de menor cuantía, los verdaderos problemas, ¡tiene muy buen cuidado de no tocarlos! Y, sin embargo, en ese dominio tan vital, siempre parte del principio de que hubiera obtenido la victoria; y, no obstante, la verdad es que su derrota ha tenido como origen precisamente tales problemas.

Tal es la razón por la cual no nos dejamos engañar por las profecías retrospectivas de Hitler. Sin ningún género de duda, él ha pensado que, al final de cuentas, ese testamento tendría cierto efecto; que haría explosión como una bomba retardada de tiempo, en Alemania, y que, al estallar, permitiría que se escaparan los vapores de un nuevo mito. Después de 1918, Alemania ha cultivado el mito de la "puñalada por la espalda", asestada por los civiles al ejército. De la misma manera, después de 1945, la puñalada asestada de lado por Mussolini constituiría otro mito muy parecído al anterior. Pero, ¿por qué habríamos nosotros de aceptar esa última simplificación, con mejor voluntad que la precedente? La realidad no es de ningún modo sencilla; por

el contrario, es muy compleja. Si se le quiere simplificar, resulta fácil utilizar numerosos procedimientos para llevar a cabo ese efecto. Ojalá no la vayamos nosotros, a nuestra vez, a simplificar demasiado declarando esto: el gran error de Hitler no ha consistido tan sólo en concederle a Mussolini más confianza de la debida; ha consistido en lanzar a Alemania —país al cual su gran potencia económica le garantizaba para el porvenir una preponderancia progresiva en Europa— a una guerra riesgosa y aventurera de conquistas, pagando como precio pérdidas terribles y llevando como meta algo muy incierto; porque, al obrar así, ha corrido el peligro, en caso de que cometiera el menor error de cálculo, de padecer un desastre total, haciéndole perder a su país, acaso para siempre, esa riqueza y esa unidad que algunos alemanes más grandes que él, más esclarecidos y más constructivos habían edificado pacientemente en el curso de los siglos.

EL TESTAMENTO POLITICO DE HITLER

I

Cuartel General del Führer,
4 de febrero de 1945

Pitt y Churchill — Pitt prepara la grandeza del Imperio, Churchill cava su tumba — Europa ha perdido su primacía — La Gran Bretaña debió aceptar una paz blanca — El Tercer Reich estaba condenado a provocar la guerra — La desdicha y la adversidad, origen de grandes levantamientos

Churchill se toma a sí mismo por Pitt. ¡Vaya error el suyo! Pitt tenía treinta y cuatro años en 1793. Churchill, por desgracia, es un anciano apenas lo suficientemente bueno para ejecutar las consignas del demente de Roosevelt.

En primer lugar, las situaciones no son comparables de ninguna manera. Es preciso volverse a colocar en las condiciones de la época. Pitt poseía toda la razón, desde el punto de vista de Inglaterra, para no transigir con Napoleón. Al obstinarse como lo hizo, en condiciones imposibles, Pitt conservaba las probabilidades que

tenía su país de representar el papel que fue el suyo en el siglo XIX. Era una política de vida. Al negarse a celebrar un entendimiento conmigo, Churchill ha arrastrado a su país a una política de suicidio. Ha cometido el mismo error que cometen los generales que dirigen una guerra según las normas de la guerra anterior. En esto se trata de esquemas que no podrían ponerse unos encima de los otros. El hecho nuevo lo representa la existencia de esos gigantes que son los Estados Unidos y Rusia. La Inglaterra de Pitt aseguraba el equilibrio mundial, frustrando toda hegemonía en Europa, impidiendo, pues, que Napoleón realizara sus fines. La Inglaterra de Churchill, por el contrario, debería permitir la unificación de Europa para mantener dicho equilibrio.

Por mi parte, me he esforzado por obrar, al principio de esta guerra, como si Churchill pudiera ser capaz de comprender esta gran política. Era capaz de comprenderla, en un momento de lucidez. Pero desde hacía demasiado tiempo se encontraba ligado con los judíos. Mi idea, al no ser demasiado duro con los ingleses, consistía en no crear lo irreparable en el oeste. Más tarde, al atacar al este, al reventar el absceso comunista, he abrigado la esperanza de suscitar una reacción hacia el buen sentido de parte de los occidentales. Les proporcionaba la ocasión, sin participar en ella, de contribuir a una obra de salubridad, dejándonos a nosotros solos el cuidado de desintoxicar al occidente. Pero el odio que sienten esos hipócritas hacia un hombre de buena fe es más fuerte que su instinto de conservación. Había

estimado muy por lo bajo la potencia de la dominación judía sobre los ingleses de Churchill. Prefieren, en efecto, hundirse en la decadencia, más bien que aceptar al nacional-socialismo. En todo rigor, hubiesen admitido un antisemitismo de fachada de parte nuestra. Pero nuestra voluntad inquebrantable de mirar a su base misma la potencia judía en el mundo, no, ¡no tienen un estómago lo bastante sólido como para digerir eso!

El genio de Pitt consiste en haber practicado una política realista, en funciones de datos y antecedentes del momento mismo; una política que ha permitido el impulso extraordinario de su país, y que le aseguró la supremacía mundial durante el curso de todo el siglo XIX. La copia servil de esa política, y eso sin tener en cuenta las circunstancias que no son ya las mismas, lo que ha hecho Churchill alcanza los límites de lo absurdo más completo. ¡Vaya si el mundo ha caminado desde el gran Pitt! Si los cambios fueron relativamente lentos durante un siglo, la primera guerra mundial los ha precipitado, acelerándolos, y la guerra actual nos ha conducido a plazos de vencimiento.

A principios del siglo XIX, desde el punto de vista de la potencia, la única que contaba era Europa. Los grandes imperios asiáticos habían caído en una somnolencia que se parecía al sueño de la muerte. El Nuevo Mundo apenas llegaba a ser una excrecencia de Europa, y nadie, razonablemente, podía prever el destino prodigioso de las trece colonias inglesas que acababan de emanciparse. ¡Trece! A mí, que no soy supersticioso, ¡eso me incitaría a serlo! ¡Ese Estado nuevo de cuatro

millones de habitantes, que se engrandece desmesuradamente en el espacio de cien años, para llegar a convertirse, a principios del siglo xx, en potencia mundial!

En el periodo decisivo que se sitúa entre 1930 y 1940, la situación se veía del todo distinta a lo que era en el tiempo de Pitt y Napoleón. Europa, exhausta por la gran guerra, había perdido su primacía; su papel director no se le reconocía ya. Todavía continuaba siendo uno de los centros de atracción del planeta; pero iba perdiendo más y más su importancia —a medida que se aumentaba la potencia de los Estados Unidos de Norteamérica, la del coloso ruso-asiático, y, por fin, la del Imperio del Sol Naciente.

Si el destino le hubiese deparado a una Inglaterra envejecida y esclerótica un nuevo Pitt, en lugar de ese medio-americano borrachón y enjudaizado, ese nuevo Pitt hubiese de inmediato comprendido que la política tradicional de equilibrio de Inglaterra debería ejercitarse a otra escala, a escala mundial. En lugar de mantener, de suscitar y de excitar las diversas rivalidades en Europa, con el fin de que allí persistan las divisiones, Inglaterra, por lo contrario, debía dejar que se efectuara la unificación de Europa, ya que no la estimulara. Aliada a una Europa unida, la Gran Bretaña conservaba la posibilidad de representar un papel de árbitro en los negocios del mundo.

Todo pasa como si la Providencia hubiese querido castigar a Albión de los numerosos crímenes que ha cometido en el curso de su historia, los tales crímenes que han hecho su fuerza. La llegada de Churchill, en

un periodo decisivo para Inglaterra y para Europa, representa el castigo escogido por la Providencia. Era el hombre que necesitaba la *élite* degenerada de la Gran Bretaña. A ese Barnum senil fue a quien le tocó decidir lo que sería la suerte de un inmenso imperio, y al mismo tiempo la de Europa. Nos cabe el derecho de preguntarnos si el pueblo inglés, a través de la degeneración de sus *élites,* ha conservado las cualidades que justificaron su dominación sobre el universo. Yo lo dudo mucho, porque en dicho pueblo no se produjo ningún sobresalto, a lo que parece, para responder a los errores de sus jefes. Sin embargo, numerosísimas ocasiones se han presentado que le hubiesen permitido, a Inglaterra, lanzarse audazmente por un camino nuevo y fecundo.

Le hubiera sido posible, si lo hubiera querido, ponerle fin a la guerra a principios de 1941. Había afirmado su voluntad de resistencia en los cielos de Londres; tenía anotadas en su activo las humillantes derrotas de los italianos en el África del Norte. La Inglaterra tradicional hubiese concertado la paz. Pero los judíos no lo han tolerado. Sus hombres testaferros, los que obraban en su nombre, Churchill y Roosevelt, ¡ahí estaban para impedirlo!

Y, sin embargo, esta paz hubiera permitido mantener a los Estados Unidos apartados de los negocios de Europa. Ésta, bajo la dirección del Reich, se hubiese unificado rápidamente; cosa muy fácil una vez eliminado el veneno judío. Francia e Italia, derrotadas cada una a su vez y a pocos meses de distancia, por las dos potencias germánicas, se hubieran visto bastante bien

libradas, con poco costo. Una y otra hubiesen debido renunciar a una política de grandezas, para la que ya no había ocasión. Hubieran también renunciado, y por el mismo motivo, a sus pretensiones en el África del Norte y en el Cercano Oriente; lo cual le hubiese permitido a Europa iniciar una política audaz de amistad hacia los del Islam. Por cuanto a Inglaterra, desembarazada de sus preocupaciones europeas, podía consagrarse por entero a la salud de su Imperio. Alemania, por fin, con sus retaguardias muy bien resguardadas, podía arrojarse por completo a consumar lo que constituía su tarea esencial, la meta de mi vida y la razón de ser del nacional-socialismo: el aniquilamiento del bolchevismo. Eso llevaba consigo, como consecuencia, la conquista de grandes espacios al este, los que debían asegurar el porvenir del pueblo alemán.

Las leyes de la vida implican una lógica que no se confunde necesariamente con nuestra lógica. Nosotros estábamos dispuestos a compromisos, preparados a lanzar nuestras fuerzas en la balanza para hacer que durase el Imperio británico. Y ello, a pesar de que el último de los hindúes, en el fondo, me es mucho más simpático que no importa cuál de todos esos insulares arrogantes. Los alemanes se sentirán felices, más tarde, por no haber contribuido a la supervivencia de una realidad anticuada, que al mundo futuro le costaría mucho esfuerzo el perdonarles. Podemos profetizar, desde hoy, sea cual fuere el resultado final de esta guerra, el término del Imperio británico. Se encuentra herido de

muerte. El porvenir del pueblo inglés es morirse de hambre y de tuberculosis en su isla maldita.

Ninguna relación entre la obstinación británica y la resistencia empecinada del Reich. Por principio de cuentas, Inglaterra tenía oportunidad de escoger; nada la constreñía a lanzarse a la guerra. No solamente se ha inmiscuido en ella, sino que la ha provocado. No hay necesidad de explicar que los polacos, si no hubiesen sido empujados por los ingleses y franceses belicosos, y éstos excitados por los judíos, no se hubieran sentido con la vocación del suicida. De todos modos, Inglaterra, aun después de haber cometido este error, podía todavía haber retirado su apuesta del juego, bien fuera después de la liquidación de Polonia, o después de la derrota de Francia. Tal cosa no hubiera, sin duda, sido muy honorable para ella; pero en ese dominio su amor propio no tiene demasiadas cosquillas. No necesitaba más que dejarles a sus ex-aliados toda la responsabilidad de su defección, como ella y Francia lo hicieron con Bélgica en mayo de 1940. Por otra parte, nosotros los hubiéramos ayudado a salvar las apariencias.

A principios de 1941, la Gran Bretaña podía, en mejores condiciones aún, después de sus éxitos en África y habiendo reafirmado su prestigio, retirarse del juego y celebrar una paz blanca con nosotros. ¿Por qué prefirió aceptar la ley de sus aliados judíos y norteamericanos, en realidad más voraces que sus peores adversarios? Porque Inglaterra no ha dirigido su propia guerra, ha hecho la guerra que le impusieron sus implacables aliados.

Pero Alemania no poseía el derecho de escoger. Desde que hubimos afirmado nuestra voluntad de reunir por fin a todos los alemanes en un gran Reich, asegurándole a éste las condiciones de una independencia verdadera, o dicho de otra manera, la posibilidad de vivir, todos nuestros enemigos juntos y de golpe se levantaron en contra nuestra. La guerra se convertía en inevitable por el solo hecho de que el medio de evitarla hubiera consistido, para nosotros, en traicionar los intereses fundamentales del pueblo alemán. Nosotros no nos podíamos contentar con que él tuviera apenas cierta apariencia de independencia. Eso es bueno para los suecos y para los suizos, que siempre se encuentran listos para hacer gárgaras con fórmulas huecas, con tal de que se llenen los bolsillos. La República de Weimar no pretendía otra cosa. ¡Mas he ahí una ambición que no le podía convenir al Tercer Reich!

Estábamos condenados a enfrascarnos en la guerra. Nuestra única preocupación consistía, pues, en escoger el instante menos desfavorable, y queda por dicho que, una vez comprometidos, ya no se podía pensar para nada en retroceder. Nuestros adversarios no tan sólo detestan la doctrina nacional-socialista. Lo que le tienen a mal al nacional-socialismo es el haber permitido la exaltación de las cualidades del pueblo alemán. Desean, por lo tanto, la destrucción del pueblo alemán, y no hay ninguna mala comprensión a ese respecto. Por una vez, el odio se muestra más fuerte que la hipocresía. ¡Muchas gracias al adversario por el servicio que nos hace al exponernos con tanta claridad el fondo de su pensamiento!

A este odio total que nos sumerge, nosotros no podemos contestar más que con la guerra total. Supuesto que luchamos para sobrevivir, luchamos con desesperación. Suceda lo que suceda, continuaremos hasta la muerte nuestro combate por la vida misma. Alemania saldrá de esta guerra más fuerte que nunca, e Inglaterra mucho más débil que nunca jamás.

La historia nos demuestra que, para Alemania, las desdichas y la adversidad constituyen, a menudo, el preludio indispensable a los grandes encumbramientos. Los sufrimientos del pueblo alemán en el curso de esta guerra, y él ha padecido incomparablemente más que no importa qué otro pueblo, son los mismos que le ayudarán, si la suerte se decide por nosotros, a coronar su victoria. Y en caso de que la Providencia lo abandonara, a pesar de sus sacrificios y de su empecinamiento, entonces es que lo habrá condenado a pruebas bastante más grandes para permitirle afirmar su derecho a la vida.

II

Cuartel General del Führer,
6 de febrero de 1945

El último cuarto de hora — Voluntad de exterminar a Alemania — Leónidas y sus trescientos espartanos — Muerte milagrosa de la zarina Isabel — La victoria al bote-pronto — La guerra ha comenzado el 30 de enero de 1933

Después de cincuenta y cuatro meses de una lucha gigantesca, llevada por una parte y por la otra con un encarnizamiento sin precedente, el pueblo alemán se encuentra solo enfrente de la coalición que pretende aniquilarlo.

Por todas partes, la guerra se desencadena con furia en nuestras mismas fronteras. Se aproxima más y más. El adversario ha reunido todas sus fuerzas con miras al asalto final. No se trata de vencernos; se busca aplastarnos por completo. Se trata de destruir nuestro Reich, de borrar nuestro *Weltanschauung*, de subyugar al pue-

blo alemán, para castigarlo por su fe nacional-socialista. Nos hallamos en el último cuarto de hora.

La situación es grave, muy grave. Parece desesperada. Pudiéramos ceder a la fatiga, al agotamiento; dejarnos ir hundiendo en el descorazonamiento, y hasta perder la noción de las debilidades de nuestros enemigos. Esas debilidades, sin embargo, existen. Tenemos enfrente de nosotros a una coalición disparatada, reunida por el odio y los celos, cimentada en el pavor pánico que les inspira a todos esos judaizantes la doctrina nacional-socialista. La única probabilidad que nos queda, a nosotros, enfrente de ese magma informe, consiste en depender de nosotros mismos. En oponer a ese conjunto heteróclito un gran cuerpo exangüe, pero homogéneo, animado por el valor que ninguna adversidad logrará desmoronar. Un pueblo que resiste como resiste el pueblo alemán, no podría consumirse en un brasero de esa índole. Por el contrario, en él se forja una alma más inquebrantable, más intrépida que nunca. Cualesquiera que puedan ser, en el curso de los días por venir, nuestros reveses, el pueblo alemán encontrará en ellos nuevas fuerzas, y suceda lo que pudiere suceder en el futuro inmediato, conocerá amaneceres gloriosos.

La voluntad de exterminio que lleva a esa jauría de perros al festín de los despojos obliga nuestra respuesta, nos indica con claridad la vía que hemos de seguir, la única que nos queda. Debemos continuar la lucha con la rabia de la desesperación, sin volver el rostro atrás, siempre de frente al adversario, defendiendo paso a paso el suelo de la patria. De ese modo, mientras

se siga luchando subsistirá la esperanza, y ello nos impide, pues, pensar en que los juegos están arreglados de antemano. Y si, a pesar de todo, el destino quisiera que, en el curso de la historia, fuésemos una vez más aplastados por fuerzas superiores a las nuestras, que sea con la cabeza alta y con el sentimiento de que el honor del pueblo alemán ha permanecido sin mancha. Un combate desesperado lleva consigo, eternamente, un valor de ejemplo. ¡Que se acuerden de Leónidas y de sus trescientos espartanos! De todos modos, no cabe dentro de nuestro modo de ser el dejarnos degollar como corderos. Se nos exterminará, quizás, ¡pero sin llevarnos al matadero!

No, no existe jamás situación desesperada. ¡Cuántas veces, en la historia del pueblo alemán, se han producido reversiones imprevistas! Federico II se encontró arrinconado, durante la guerra de los Siete Años, expuesto a los peores extremos. Durante el curso del invierno de 1762, había decidido que si no se producía ningún cambio antes de tal día fijado por él, se entregaría en brazos de la muerte por medio del veneno. Ahora bien, algunos días antes de ese plazo, la Zarina murió inopinadamente, y la situación cambió de manera milagrosa. Al igual del gran Federico, nos enfrentamos con una coalición. Pues bien, una coalición no constituye una realidad estable. Una coalición no existe más que por la voluntad de algunos hombres. Que desaparezca un Churchill, de repente, ¡y todo puede cambiar! La *élite* inglesa cobrará acaso conciencia del abismo que se abre ante ella; podría tener un sobresalto. ¡Esos in-

gleses, por los cuales hemos combatido indirectamente, y que serían los beneficiarios de nuestra victoria...!

Todavía podemos apoderarnos de la victoria al bote-pronto. ¡Ojalá se nos conceda el tiempo indispensable para esa acción!

Porque se trata simplemente de no morir. Para el pueblo alemán, sería una victoria el simple hecho de seguir viviendo en la independencia. Eso bastaría para justificar esta guerra, la cual no hubiera sido entonces una guerra inútil. Por lo demás, ¡era ineluctable!: los adversarios de la Alemania nacional-socialista me la habían impuesto desde enero de 1933.

III

Cuartel General del Führer,
7 de febrero de 1945

Las empresas coloniales agotan a los pueblos — Los nuevos mundos no son más que excrecencias del antiguo — Fracaso de los blancos — Materialismo, fanatismo, alcoholismo y sífilis — Hijos desnaturalizados — Una dirección única para la expansión alemana: el este — Europa para los europeos — El rebastecimiento del Asia prolífica

Un pueblo que desee prosperar debe permanecer ligado a su tierra. Un hombre no debe jamás perder contacto con el suelo sobre el cual tuvo el privilegio de nacer. Sólo habrá de alejarse temporariamente y siempre con la idea de volver a él. Los ingleses, que por necesidad fueron colonizadores y, además, grandes colonizadores, se han conformado a esta regla generalmente.

De todos modos, considero importante para los continentales no extenderse más que a condición de que se asegure la continuidad del suelo entre el país conquistador y las regiones conquistadas.

Esta necesidad de estar arraigado es propia de los continentales, sobre todo, y pienso que constituye una verdad para los alemanes en particular. Eso explica, sin duda, el que nosotros no hayamos poseído realmente la vocación colonial. Que se tome la antigüedad o la historia moderna, resulta visible que las empresas allende los mares no han hecho más que empobrecer a la larga a las naciones que se han dedicado a ellas. Todas se han desgastado en ellas. Todas, por una justa retribución de los acontecimientos, han acabado por sucumbir bajo el empuje de las fuerzas que habían suscitado o bien despertado. ¿Dónde hallar mejor ejemplo que el de los helenos?

Lo que es verdad para los griegos antiguos, también lo es para la época moderna y para los europeos. Es indudable que la concentración sobre uno mismo constituye para los pueblos una necesidad. Basta abarcar un periodo suficientemente amplio para descubrir en los hechos una confirmación de esta idea.

España, Francia e Inglaterra se han vuelto anémicas, desvitalizándose y vaciándose en sus empresas coloniales vanas. Los continentes a los que España e Inglaterra les dieron vida, que crearon pieza por pieza, han adquirido ahora una vida propia y resueltamente egoísta. Perdieron no sólo el recuerdo de sus orígenes, sino también su idioma. Sin embargo, son mundos fabricados a los cuales les falta una alma, una cultura, una civilización originales. Desde ese punto de vista, no vienen siendo otra cosa más que simples excrecencias.

Se puede hablar del éxito de nuevas poblaciones en el caso de los continentes prácticamente inhabitados. Ello explica a los Estados Unidos de Norteamérica; ello explica a Australia. ¿Éxitos? Estamos de acuerdo. Pero únicamente sobre un plan material. Resultan construcciones artificiales, cuerpos sin edad, de los cuales se ignora si han sobrepasado la edad de la infancia o si han principiado a resentir la senilidad. En los continentes habitados, el fracaso fue todavía más notable. Allí los blancos no se han impuesto más que por la fuerza, y su acción sobre los habitantes fue casi nula. Los hindúes han seguido siendo hindúes; los chinos, chinos; los musulmanes, musulmanes. Ningunas transformaciones profundas, sobre el plano religioso menos que sobre los otros, y a pesar del esfuerzo gigantesco de las misiones cristianas. Muy raros son los casos de conversiones, y en ello casi siempre se puede sospechar de su sinceridad, a menos que se trate de simples de espíritu. Los blancos, a pesar de todo, les han llevado algo a esos pueblos, lo peor que hubiesen podido llevarles, las llagas de este mundo nuestro: el materialismo, el fanatismo, el alcoholismo y la sífilis. Respecto a lo demás, por que esos pueblos poseían algo propio superior a lo que les podíamos dar, han permanecido siendo ellos mismos. Además, lo que se intentó por la fuerza produjo resultados todavía peores. La inteligencia nos ordenaría que nos abstuviésemos de emplear esfuerzos de esa naturaleza, cuando sabemos que resultarán vanos. Un solo éxito anotaremos al activo de los colonizadores: han suscitado el odio en todas partes. Ese odio que empuja a

todos esos pueblos, que nosotros despertamos, a arrojarnos lejos de ellos. ¡Hasta parece que sólo se despertaron para tal cosa! ¡Que se me diga si la colonización ha hecho aumentar el número de cristianos en el mundo! ¿En dónde están las conversiones en multitud que constituyen el éxito del Islam? Veo, aquí y allá, isletas de cristianos, que lo son de nombre, más que de hecho. ¡He ahí todo el éxito de esa magnífica religión cristiana, detentadora de la verdad suprema!

Si consideramos bien todo, la política colonial de Europa se salda por un fracaso completo. Tengo en cuenta un éxito aparente, y eso desde el punto de vista material: quiero hablar de ese monstruo que lleva por nombre los Estados Unidos. ¡Y, verdaderamente, es un monstruo! En tanto que Europa —su madre— lucha desesperadamente para alejar de ella al peligro bolchevique, los Estados Unidos, guiados por ese judaizante de Roosevelt, no encuentran nada mejor por hacer sino poner toda su fabulosa potencia material al servicio de los bárbaros asiáticos que pretenden aplastarla. Por lo que toca a lo pasado, no podemos menos que expresar visible disgusto ante la idea de millones de buenos alemanes que se han expatriado a los Estados Unidos y que constituyen ahora la estructura misma de ese país. Pues bien, no tan sólo son alemanes perdidos para la madre patria; también se han convertido en enemigos; enemigos peores que los otros. El alemán expatriado, si conserva sus cualidades sobre un plano de seriedad y de trabajo, no tarda en perder su alma. ¡No hay nada más desnaturalizado que un alemán desnaturalizado!

Debemos de velar, en el porvenir, para que se impidan esas hemorragias de sangre alemana. Asimismo, hacia el este, siempre hacia el este, es hacia donde hemos de canalizar los desbordamientos de nuestra natalidad. Tal es la dirección indicada por la naturaleza para la expansión de los germanos. La dureza del clima que encuentran en esos lugares, les da a los nuestros la posibilidad de conservar sus cualidades de hombres duros. También les da, por efecto de las comparaciones que se imponen a su espíritu, la nostalgia de la madre patria. Trasplantad a un alemán a Kiev; permanece un alemán perfecto. Trasplantadlo a Miami, y lo convertiréis en un degenerado absoluto: es decir, en un norteamericano.

Si la política colonial no es una vocación alemana, ésa sería una razón para que Alemania no se sienta solidaria de los países que practican dicha política, y para que se abstenga en toda circunstancia de otorgarles su apoyo para esos fines. Deberíamos imponerle a Europa una doctrina de Monroe aplicable a Europa: "¡Europa para los europeos!". Y eso significaría que los europeos no intervengan en los asuntos de los otros continentes.

Los descendientes de los convictos de Australia nos deben inspirar una indiferencia total. Si su vitalidad es insuficiente para permitirles aumentar con ritmo apropiado la densidad de su población, que no se dirijan a nosotros. Por mi parte, no veo ningún inconveniente en que el vacío de su continente atraiga el exceso del Asia prolífica. Que se las entiendan entre sí. Repito, insisto en que no es asunto nuestro.

IV

Cuartel General del Führer,
10 de febrero de 1945

¿Había que arrastrar a Franco a la guerra? — Hemos colaborado a pesar nuestro a la victoria de los curas españoles — Decadencia irremediable de los países latinos — Era preciso ocupar Gibraltar

Me he preguntado, a veces, si no cometimos un gran error cuando, en 1940, no hemos arrastrado a España a la guerra. Bastaba una nada para empujarla, pues, en suma, ardía en deseos de entrar, en seguida de los italianos, en el club de los vencedores.

Franco, evidentemente, consideraba que su intervención valía un precio elevado. Sin embargo, pienso que, a despecho del sabotaje sistemático de su cuñado jesuítico, hubiese aceptado acompañarnos en nuestra empresa en condiciones razonables: la promesa de algún pedacito de Francia para la satisfacción de su orgullo, y

un trozo substancial de Argelia para el interés material. Pero como España no podía aportarnos nada tangible, he juzgado que su intervención directa en el conflicto no era deseable. Por supuesto que ello nos hubiera permitido ocupar Gibraltar. Pero, por otra parte, constituía la certeza de añadirnos kilómetros de costas que defender sobre el Atlántico, desde San Sebastián hasta Cádiz. Y, suplementariamente, con esta consecuencia posible: la renovación de la guerra civil, suscitada por los ingleses. En esa forma, nos hubiésemos encontrado ligados a la vida y a la muerte de un régimen que, menos que nunca, goza de mi simpatía, ¡un régimen de acaparadores capitalistas maniobrados por la clerigalla! No le puedo perdonar a Franco el no haber sabido, en cuanto terminó la guerra civil, reconciliar a los españoles, el haber hecho a un lado a los falangistas, a quienes España debe la ayuda que le hemos prestado, y el haber tratado como a bandidos a los antiguos adversarios que estaban muy lejos de ser rojos todos. No es ninguna solución el poner fuera de la ley a la mitad de un país, mientras que una minoría de salteadores se enriquece a costa de todos... con la bendición del clero. Estoy seguro de que entre los presuntos rojos españoles había muy pocos comunistas. A nosotros nos han engañado, porque jamás hubiese yo aceptado, sabiendo de qué se trataba en realidad, que nuestros aviones sirvieran para aplastar a pobres muertos de hambre, y para restablecer en sus privilegios horribles a los curas españoles.

En suma, el mejor servicio que España podía prestarnos en este conflicto, ya nos lo ha prestado: obrar de

modo que la Península Ibérica quedara excluida de él. Ya era bastante con arrastrar la bala de cañón italiana. Sean cuales fueren las cualidades del soldado español, España, en su estado de impreparación y de desamparo, nos habría estorbado considerablemente, en lugar de ayudarnos.

Pienso que esta guerra ha establecido por lo menos una cosa, a saber: la decadencia irremediable de los países latinos. Nos han demostrado definitivamente que no están comprendidos ya dentro de la carrera, que están descalificados, y que carecen por completo del derecho de opinar en el arreglo de los asuntos del mundo.

Lo más sencillo hubiese sido ir a ocupar el peñón de Gibraltar por nuestros comandos, con la complicidad de Franco, pero sin entrada en la guerra por parte suya. De seguro que Inglaterra no le hubiese declarado la guerra a España tomando esa ocupación como pretexto. Se hubiera considerado más que complacida con que permaneciese fuera de la beligerancia. En cuanto a nosotros, eso nos evitaba el riesgo de un desembarque británico efectuado sobre las costas de Portugal.

V

Cuartel General del Führer,
13 de febrero de 1945

*El problema judío planteado de modo realista — **El extranjero** inasimilable — Una guerra típicamente judía — **El fin del judío** vergonzante y el advenimiento del judío glorioso — **El antisemitismo** no desaparecerá más que con los judíos — **Contra los** odios de raza — Fracaso del mestizaje — **Justo orgullo de los** prusianos — Aticismo de los austriacos — **El tipo del alemán** moderno — Hablando con propiedad, **no hay ninguna raza** judía — ¡Superioridad del espíritu sobre la carne! — **Yo he sido** leal con respecto a los judíos*

El mérito del nacional-socialismo consiste en que ha sido el primero en plantear el problema judío de modo realista.

Los judíos han suscitado siempre el antisemitismo. Los pueblos que no son judíos, en el transcurso de los siglos y desde los egipcios hasta nosotros, todos han reaccionado de la misma manera. Llega un momento en que se cansan de que los explote el judío abusivo. Resoplan y bufan como animales que se sacuden la gusanera. Reaccionan brutalmente; acaban por rebelarse. Trátase de una reacción instintiva. Es una reacción de xenofobia

en relación con el extranjero que rehúsa adaptarse, fundirse; que se incrusta, que se impone y que nos explota. El judío es, por definición, el extranjero inadmisible y que además se niega a asimilar. Es lo que distingue al judío de los otros extranjeros: pretende tener, en nuestra casa, los derechos de un miembro de la comunidad, y continuar siendo judío. Considera como algo que se le debe esta posibilidad de jugar simultáneamente sobre los dos tapetes, y es el único en el mundo que reivindica un privilegio tan exorbitante.

El nacional-socialismo ha planteado el problema judío sobre el plan de los hechos, denunciando la voluntad de dominación de los judíos; iniciando ataques en contra de ellos sistemáticamente, en todos los dominios; eliminándolos de todas las posiciones usurpadas por ellos; persiguiéndolos por todas partes con la voluntad bien establecida de lavar al mundo alemán del veneno judío. Para nosotros se ha tratado de una cura de desintoxicación indispensable, llevada a cabo hasta el último límite, sin lo cual todos nosotros hubiéramos sido asfixiados y sumergidos.

Una vez que esta operación tuviera éxito en Alemania, contábamos con probabilidades de que se convirtiera en la mancha de aceite. Eso hubiese sido hasta fatal, porque resulta de toda normalidad que la salud triunfe de la enfermedad. Los judíos, desde luego, cobraron conciencia de tal riesgo, y tal es la razón por la cual se decidieron a jugarse el todo por el todo en la lucha a muerte que nos declararon a nosotros. Les era indispensable abatir al nacional-socialismo, sin impor-

tarles el precio que se pagara: aunque se destruyera el planeta. Nunca ninguna guerra ha sido tan típicamente judía como ésta; ni tampoco, tan exclusivamente, una guerra judía.

En todo caso, los he obligado a arrojar por tierra el antifaz. Y aun cuando nuestra empresa se salde por un fracaso, este mismo fracaso no podrá ser más que provisional. Por mi parte, yo le habré abierto al mundo los ojos sobre la realidad judía.

Una de las consecuencias de nuestra actitud resulta ser que hemos vuelto agresivos a los judíos. Ahora bien, en esa forma serán menos peligrosos que bajo la apariencia de su estado hipócrita. Vale cien veces más el judío que confiesa su raza que el judío vergonzante que pretende no diferir de nosotros sino en la religión. Si yo gano esta guerra, le pongo un término a la potencia judía en el mundo, la hiero de muerte. Si pierdo esta guerra, tal cosa tampoco asegura su triunfo; porque ellos perderán la cabeza. Aumentarán su arrogancia a tal punto que provocarán, por ello mismo, el choque de retroceso. Continuarán, por supuesto y así está entendido, apostando en los dos tapetes, reivindicando en todos los países las ventajas de los nacionales, sin renunciar al orgullo de proseguir siendo, por añadidura, miembros de la raza elegida. Será el fin del judío vergonzante, al que reemplazará el judío glorioso —tan apestoso como el otro, ¡si no más!—. De modo que el antisemitismo no podrá desaparecer, supuesto que los mismos judíos lo alimentarán y reanimarán sin cesar. Sería necesario que desapareciese la causa, para que desapareciera la reac-

ción de defensa. Podemos poner toda nuestra confianza en los judíos. ¡El antisemitismo no desaparecerá más que con ellos!

Una vez que dijimos esto, fuera de todo sentimiento de odio racial, no sería de desearse para ninguna raza que se mezclase con otras razas. El mestizaje sistemático no ha dado nunca jamás buenos resultados, y eso sin negar algunos éxitos fortuitos. Prueba de vitalidad, prueba de salud por parte de una raza es el deseo de conservarse pura. A mayor abundamiento, es normal que cada uno experimente el orgullo de su raza, y ello no implica desprecio alguno con respecto a las otras. Yo no he pensado nunca que un chino o un japonés fuesen inferiores nuestros. Pertenecen a viejas civilizaciones, y acepto hasta que su pasado sea superior al nuestro. Les concedo toda la razón de sentirse orgullosos de él, como nosotros estamos orgullosos de la civilización a la cual pertenecemos. Llego hasta a pensar que, cuanto más orgullosos continúen siendo de su raza los chinos y los japoneses, con mayor facilidad me podré entender con ellos.

Este orgullo, basado sobre el hecho de pertenecer a una raza, no existe fundamentalmente en el alemán. Esto se explica por estos tres últimos siglos de divisiones internas, por las guerras de religión, por las influencias extranjeras que ha resentido, por la influencia del cristianismo, porque el cristianismo no es una religión natural a los alemanes, es una religión importada y que no corresponde a su genio propio. El orgullo de la raza, en el alemán, cuando se manifiesta y adopta

hasta un aire agresivo, no es más que una reacción compensadora del complejo de inferioridad que padecen muchos alemanes. Ni necesidad hay de explicar que eso no se aplica a los prusianos. Ellos, desde la época del gran Federico, han adquirido ese orgullo tranquilo y sencillo que es como el signo de las gentes que están seguras de sí mismas, y que son lo que son sin ostentación. Por el hecho mismo de las cualidades que les son propias, los prusianos eran capaces, y lo han demostrado, de realizar la unidad alemana. El nacional-socialismo ha intentado darles a todos los alemanes ese orgullo, de inculcárselo, y el cual constituía hasta ahora la característica de los prusianos únicamente.

Los austriacos llevan en la sangre un orgullo análogo al de los prusianos, nacido del hecho de que, durante siglos, no han sido dominados por otros pueblos, y que, por el contrario, hayan sido ellos los que durante un periodo muy largo conservaran el mando y a quienes se obedecía. Han acumulado la experiencia que otorga el dominio y el poder, y en eso es en donde necesitamos ver la razón del aticismo que nadie les disputa.

El nacional-socialismo fundirá en su crisol todas las particularidades del alma alemana. De allí saldrá el tipo del alemán moderno, trabajador, concienzudo, seguro de sí, pero sencillo, orgulloso, no de lo que representa a título individual, sino de que pertenece a un gran conjunto que provocará la admiración de los otros pueblos. Este sentimiento de superioridad, por el solo hecho de ser alemán, no implica ningún deseo de aplastamiento en relación con los otros. A veces, hemos exaltado

ese sentimiento con cierta exageración; pero tal cosa era indispensable en función del punto de partida, y se necesitaba que empujáramos a los alemanes un poco brutalmente en la buena vía. Un exceso en un sentido provoca, casi siempre, un exceso del sentido contrario. Ello está en la naturaleza de las cosas. Todo lo cual, a mayor abundamiento, no se podría llevar a cabo en un solo día. Requiere el lento trabajo del tiempo. Federico el Grande es el verdadero creador del tipo prusiano. En realidad, se han necesitado dos o tres generaciones para encarnar a ese tipo, para que el estilo prusiano se convierta en carácter propio de cada prusiano.

Nuestro racismo no es agresivo más que por lo que respecta a la raza judía. Hablamos de una raza judía por simple comodidad de lenguaje, porque no existe, si hemos de expresarnos de modo exacto, y desde el punto de vista de la genética, una raza judía. A pesar de todo, existe una realidad de hecho a la cual, sin el menor titubeo, se le puede conceder esta denominación, y la cual está admitida hasta por los mismos judíos. Trátase de la existencia de un grupo humano espiritualmente homogéneo, del cual los judíos de todas partes del mundo poseen la conciencia de formar parte, cualesquiera que sean los países cuyos ciudadanos sean desde el punto de vista administrativo. A ese grupo humano es al que llamamos la raza judía. Ahora bien, no se trata de ninguna manera de una comunidad religiosa, ni de un lazo constituido por pertenecer a una religión común, aun cuando la religión hebraica les sirva de pretexto.

La raza judía, antes que todo, es una raza mental. Aunque tenga por origen la religión hebraica, aunque haya sido en parte modelada por ella, no es, a pesar de ello, de esencia puramente religiosa; porque engloba del mismo modo a los ateos determinados que a los practicantes sinceros. A lo anterior, hemos de añadir el lazo constituido por las persecuciones padecidas en el curso de los siglos; pero acerca de las cuales los judíos olvidan siempre que ellos mismos son los que no han cesado de provocarlas. Antropológicamente, los judíos no reúnen los caracteres que harían de ellos una raza única. Sin embargo, es indudable que cada judío conserva en sus venas algunas gotas de sangre específicamente judía. De otra manera, sería imposible explicar la permanencia, en todos ellos, de ciertas características físicas que les pertenecen por sello propio, y que hallamos invariablemente en tipos judaicos muy distintos; por ejemplo, en los polacos y en el judío marroquí: su nariz indecente, sus ventanillas viciosas, etc. Y esto no parece que se pueda explicar por la índole de vida que llevan, siempre muy semejantes, de generación en generación, en los ghettos principalmente.

Una raza mental, he ahí algo mucho más sólido, mucho más durable, que una raza, sin más ni más. Transplantemos a un alemán a los Estados Unidos, y lograremos hacer a un norteamericano. El judío, por dondequiera que vaya, permanece siendo un judío. Es un ser inasimilable por naturaleza. Y precisamente, este carácter mismo, el que lo convierte en impropio para

la asimilación, es el que define su raza. ¡He ahí una prueba de la superioridad del espíritu sobre la carne!

Su ascensión relampagueante, en el transcurso del siglo XIX, les ha dado a los judíos el sentimiento de su poder, y los ha incitado a quitarse la careta. De esa manera, buena suerte para nosotros es el poderlos combatir en su calidad de judíos confesos y agresivamente orgullosos de serlo. Supuesta la credulidad del pueblo alemán, no podemos menos que felicitarnos de este acceso de sinceridad de parte de nuestros enemigos mortales.

Me he mostrado leal hacia los judíos; les di, en vísperas de la guerra, un último aviso. Les previne que, si precipitaban de nuevo al mundo a una guerra, no se les perdonaría en esta ocasión: que exterminaríamos definitivamente esa gusanera de Europa. A esta advertencia mía contestaron con una declaración de guerra, afirmando que en dondequiera que hubiese un judío habría, por definición, un enemigo inexpiable de la Alemania nacional-socialista.

Hemos reventado al absceso judío, como a todos los otros. El mundo futuro nos quedará reconocido eternamente.

VI

Cuartel General del Führer,
14 de febrero de 1945

*Demasiado temprano o demasiado tarde — **El tiempo nos falta** porque nos falta el espacio — **Un estado revolucionario emprende** una política de pequeño burgués — **Equivocación respecto a** la colaboración con Francia — **Debíamos haber emancipado al** proletariado francés y liberado a las colonias francesas — **Yo** tenía toda la razón en* Mein Kampf

La fatalidad de esta guerra consiste en que para Alemania comenzó a la vez demasiado pronto y algo, también, demasiado tarde. Desde el punto de vista militar, nuestro interés radicaba en que principiase un año más pronto. Debí haber tomado la iniciativa en el 38, en lugar de dejármela imponer en 1939, supuesto que, de todos modos, era ineluctable. Pero no pude hacer nada, pues los ingleses y los franceses ¡aceptaron en Munich todas mis exigencias!

En lo que respecta a lo inmediato, fue un poco demasiado tarde [1]. Pero, desde el punto de vista de nues-

---

1 A pesar de la claridad del texto, desde el punto de vista gramatical, resulta, desde el ideológico, un poco oscuro y amanerado. Pero la culpa sin duda es del mismo Hitler. (N. del T.)

tra preparación moral, fue demasiado pronto. No había tenido tiempo todavía para formar a los hombres de mi política. Hubiera necesitado veinte años para lograr la madurez de esa nueva *élite,* esa *élite* de jóvenes que se hubiesen bañado desde la infancia en la filosofía nacional-socialista. Nuestro drama, el nuestro, el de los alemanes, se condensa en que nunca tenemos tiempo. Todas las circunstancias nos aguijan. Y si el tiempo nos falta hasta ese punto, es porque, ante todo, nos falta el espacio. Los rusos, dentro de sus vastas extensiones, pueden permitirse el lujo de no apresurarse nunca. El tiempo trabaja para ellos. Trabaja contra nosotros. Por otra parte, aun en el caso de suponer que la Providencia me hubiese concedido una existencia personal lo bastante larga como para conducir a mi pueblo al grado de desarrollo necesario por la senda del nacional-socialismo, de seguro que los adversarios de Alemania no lo hubiesen permitido. Hubieran intentado destruirnos antes de que una Alemania, cimentada por una fe unánime, nacional-socialista de corazón y de espíritu, se hubiese convertido en invencible.

A defecto de hombres formados según nuestro ideal, ha sido preciso que nos sirviéramos de hombres tal como existían. ¡Y eso se ve en el resultado! Por el hecho mismo de ese divorcio entre la concepción y la realización, la política de guerra de un estado revolucionario como el Tercer Reich se convirtió, por la fuerza de las cosas, en una política de pequeños burgueses reaccionarios. Nuestros generales y nuestros diplomáticos, con algunas raras excepciones, son hombres de otros

tiempos. Lo cual es verdadero tanto en los que nos sirven de buena voluntad como en los otros. Unos nos sirven mal, por incapacidad o por simple falta de entusiasmo; los otros por voluntad deliberada de sabotaje.

El error de nuestra política fue más completo en lo que respecta a Francia. No había por qué colaborar con ellos. Abetz se ha creído original convirtiéndose en el campeón de esta idea, y empujándonos por esa vía. Creíase muy avanzado de los hechos, y en realidad estaba retrasado. Se figuró que nos la teníamos que ver con la Francia de Napoleón; es decir, con una nación capaz de comprender y apreciar el alcance de un gesto noble. Omitió ver lo que sucede; es decir, que Francia, en el transcurso de cien años, ha cambiado de rostro. Se le ha transformado en el de una prostituta. Francia es una vieja puta que no ha cesado de engañarnos, de burlarse de nosotros y de chantajearnos.

Nuestro deber consistía en liberar a la clase obrera, en ayudarles a los obreros de Francia a que llevaran a cabo su revolución. Necesitábase zarandear implacablemente a una burguesía de fósiles, desprovista de alma como está desprovista de patriotismo. ¡He ahí a los amigos que nuestros genios de la Wilhelmstrasse nos han deparado en Francia, solamente pequeños calculistas, que se pusieron a amarnos mucho cuando concibieron la idea de que nosotros ocupábamos a su país para defenderles las cajas fuertes, y que estaban muy decididos a traicionarnos en cuanto se presentara la primera ocasión, con tal de poderlo hacer sin riesgos de ninguna clase!

Por lo que respecta a las colonias francesas, no hemos sido menos estúpidos. ¡Siempre la obra de nuestros genios de la Wilhelmstrasse! Diplomáticos de estilo clásico, militares del antiguo régimen, ennoblecidos, ¡he ahí a los auxiliares que teníamos para hacer una revolución a escala de Europa entera! Nos obligaron a conducir la guerra como si se tratase del siglo XIX. A ningún precio debimos de jugar la carta francesa en contra de los pueblos que soportaban el yugo de Francia. Deberíamos, por el contrario, de ayudarlos a libertarse de esa tutela, y, en caso necesario, hasta de empujarlos en tal sentido. Nada nos impedía, en 1940, efectuar este gesto en el Cercano Oriente y en África del Norte. Pues bien, nuestra diplomacia se dedicó a consolidar el poder de los franceses lo mismo en Siria que en Túnez, en Argelia como en Marruecos. Nuestros *gentlemen* preferían, por supuesto, mantener relaciones con franceses distinguidos, más bien que con revolucionarios hirsutos; con oficiales de fuete en mano, que no pensaban más que en traicionarnos, y no con los árabes, que hubiesen sido nuestros compañeros leales. Vamos, el cálculo de esos maquiavelos de profesión no se me escapa. ¡Conocían su oficio; cuentan con tradiciones! No han pensado más que en la magnífica jugada que les hacían a los ingleses, porque todavía siguen pensando en el famoso antagonismo tradicional que oponen los franceses a los ingleses desde un punto de vista colonial. Es precisamente lo que yo decía: ¡se creen siempre bajo el reinado de Guillermo II, y en el mundo de la Reina Victoria, en el de los aguzados que se llamaban Delcassé

y Poincaré! Ahora bien, tal antagonismo ha dejado de ser fundamental. Es más apariencia que realidad, y sólo porque entre nuestros adversarios también existen aún diplomáticos de la vieja escuela. En realidad, Inglaterra y Francia son asociados que juegan su juego personal con encarnizamiento, que no reculan jamás ante cualesquier malicias hechas a la amistad, pero que se reúnen siempre a la hora del peligro. El odio tenaz del francés con respecto al alemán tiene algo de sumamente profundo, algo diferente. Hay en ello para nosotros una gran lección que hemos de recordar.

De dos cosas, una representaba Francia. O bien abandonaba a su aliada, a Inglaterra, y, en ese caso, no presentaba ningún interés para nosotros más que como aliada eventual, porque es seguro que nos hubiese abandonado del mismo modo, a la primera ocasión. O bien, lo único que hacía era simular por agudeza y habilidad ese cambio de aliado, y entonces se presentaba a nuestra vista como más temible. Se han tenido, por parte nuestra, sueños absolutamente ridículos en lo tocante a ese país. No había en este asunto más que una fórmula verdaderamente deseable: adoptar, con respecto a Francia, una política de rigurosa desconfianza. Sí, sé que yo no me he equivocado en lo que se refiere a Francia. Dije en *Mein Kampf* con verdadera clarividencia, lo que necesitábamos pensar. Y sé muy bien por qué, a pesar de cuantas solicitudes me pudieron hacer, no he aceptado nunca cambiar ni una tilde de mis conceptos de hace veinte años.

VII

Cuartel General del Führer,
15 de febrero de 1945

La decisión más grave de esta guerra — Ninguna posibilidad de paz con los ingleses, antes de haber aniquilado al ejército rojo — El tiempo trabaja en contra nuestra — El chantaje de Stalin — Arreglo de la cuenta rusa en los primeros días buenos

Ninguna decisión más grave hube de tomar, en el curso de esta guerra, que la de atacar a Rusia. Siempre había estado diciendo que deberíamos de evitar la guerra en dos frentes, y ninguna persona puede dudar, por otra parte, que yo haya meditado más que nadie sobre la experiencia rusa de Napoleón. Entonces, ¿por qué esta guerra en contra de Rusia, y por qué en la fecha que escogí?

Ya habíamos perdido la esperanza de ponerle fin a la guerra con una invasión de éxito en Inglaterra. Ahora bien, este país, conducido por unos jefes estúpi-

dos, se hubiera negado a aceptar nuestra hegemonía en Europa y a celebrar con nosotros una paz blanca, mientras hubiese subsistido en el continente una gran potencia fundamentalmente hostil al Reich. La guerra debería entonces eternizarse, una guerra en la cual, tras los ingleses, los norteamericanos participarían cada vez con mayor actividad. La importancia del potencial representado por los Estados Unidos, el progreso incesante realizado en los armamentos —por nuestros adversarios al mismo tiempo que por nosotros—, la proximidad de las costas inglesas, todo eso significaba que nosotros no podíamos empecinarnos, razonablemente, en una guerra de larga duración. Porque el tiempo —¡siempre el tiempo!— debería encarnizarse cada vez más en contra nuestra. Para decidir a los ingleses a terminar, para obligarlos a concertar la paz, se necesitaba, pues, quitarles la esperanza de oponernos sobre el continente a un adversario de nuestra talla, o dicho con otras palabras, al ejército rojo. No teníamos en dónde escoger; para nosotros era una obligación ineluctable eliminar del tablero europeo al factor ruso. Para ello contábamos con otra razón, la segunda, tan valiosa como la anterior, y que podía bastar por sí misma: el inmenso peligro que Rusia representaba para nosotros por el simple hecho de existir. En efecto, era fatal que algún día nos atacara.

Nuestra probabilidad de vencer a Rusia, la única, consistía en tomarle la delantera, porque la idea de una guerra defensiva en contra de los rusos resultaba insostenible. Nosotros no podíamos ofrecerle al ejército rojo la ventaja del terreno; prestarle nuestras supercarrete-

ras para el ímpetu de sus máquinas de guerra invasoras, nuestros caminos de hierro para transportar a sus tropas y su material. Podíamos vencerlos en su casa, habiendo tomado nosotros mismos la iniciativa de las operaciones, en sus cenagales y pantanos; pero no sobre el suelo de un país civilizado como el nuestro. No hubiera sido más que prepararles un trampolín para que saltaran sobre Europa y la arrasaran.

¿Por qué en 1941? Porque era preciso tardarnos lo menos posible, y tardar tanto menos cuanto que, en el oeste, nuestros adversarios no cesaban de acrecentar su potencia. Por otra parte, Stalin mismo no permanecía inactivo. Sobre los dos frentes, el tiempo trabajaba en contra nuestra. La pregunta no es, por lo tanto, "¿Por qué ya el 22 de junio de 1941?", sino "¿Por qué no más antes?". Sin las dificultades creadas por los italianos con su campaña idiota de Grecia, yo hubiese atacado a los rusos algunas semanas más pronto. El problema fue para nosotros el inmovilizarlos el mayor tiempo posible. Mi verdadera pesadilla, durante el curso de las últimas semanas, me la produjo el temor de que Stalin me tomase la delantera, privándome de la iniciativa.

Otra razón todavía era que las materias primas retenidas por los rusos nos eran absolutamente indispensables. A pesar de sus compromisos, demoraban sus entregas cada vez más, y podían interrumpirse por completo de un día al otro. Lo que iban a dejar de entregarnos de buena voluntad, era preciso que nosotros fuésemos a apoderarnos por nosotros mismos, y por la fuerza. Tomé mi decisión inmediatamente después de la visita

de Molotov a Berlín, en noviembre, porque sabía desde entonces que, en un plazo más o menos breve, Stalin nos abandonaría para pasarse a los del campo enemigo. ¿Ganar tiempo con el fin de estar mejor preparados? No, porque eso nos haría perder la iniciativa. Y, ¡no, todavía más!, porque el precario respiro que nos hubiéramos asegurado, habría sido necesario pagarlo excesivamente caro. Hubiera significado ceder al chantaje de los bolcheviques en lo que respecta a Finlandia, a Rumania, a Bulgaria y a Turquía. Ahora bien, ello estaba por completo fuera de la cuestión. No le correspondía como papel al Tercer Reich, defensor y protector de Europa, sacrificar a esos países amigos sobre el altar del comunismo. Semejante comportamiento nos hubiera deshonrado, y, por otra parte, hubiésemos recibido nuestro castigo por ese acto. Habría sido un cálculo muy miserable desde el punto de vista de la moral, así como del de la estrategia. Hiciéramos lo que hiciésemos, la guerra con Rusia no dejaba de presentarse como inevitable, y corríamos el riesgo suplementario de emprenderla en las condiciones más desastrosas.

Había decidido, inmediatamente después de la partida de Molotov, que les arreglaríamos las cuentas a los rusos en cuanto aparecieran los primeros días buenos y favorables.

VIII

Cuartel General del Führer,
15 de febrero de 1945

Un pueblo que, por instinto, no gusta de las empresas coloniales — Luisiana y México

Hemos faltado a nuestro deber y desconocido nuestros intereses al no liberar, desde 1940, al proletariado francés. Del mismo modo, al no liberar a los protectorados franceses de allende el mar.

El pueblo de Francia no nos hubiese tomado a mal, con seguridad, el que lo descargásemos del fardo del Imperio. En ese dominio, el pueblo de aquel país siempre ha manifestado mejor sentido común que sus supuestas *élites*. Mejor que sus *élites* posee el instinto del verdadero interés de la nación. Bajo Luis XV, al igual que bajo Jules Ferry, se ha rebelado en contra de lo

absurdo de las empresas coloniales. Nunca he sabido que Napoleón hubiese sido impopular por haber negociado con la Luisiana. Como punto contrario, ¡sorprende el desafecto que se ganó su incapaz sobrino, por emprender una guerra en México!

IX

Cuartel General del Führer,
15 de febrero de 1945

Ciertos franceses fueron europeos valerosos — El precio de la clarividencia y de la buena fe

Nunca he amado ni a Francia ni a los franceses, y no he dejado de proclamarlo. Sin embargo, reconozco que hay entre ellos algunos hombres de valor. Resulta indudable, en el curso de estos últimos años, que muchos franceses han jugado con sinceridad completa y un gran valor la carta de Europa. Lo que prueba la buena fe de esos precursores, es el salvajismo con que sus propios compatriotas les han hecho pagar su clarividencia y su fe.

X

Cuartel General del Führer,
17 de febrero de 1945

Uno de mis errores: mi amistad por lo que respecta a Italia — Nuestro aliado italiano nos ha molestado casi en todas partes — Una política equivocada en lo que concierne al Islam — Fracasos deshonrosos de los italianos — Los italianos han contribuído a hacernos perder la guerra — La vida no perdona nunca a la debilidad

Juzgando fríamente los acontecimientos, haciendo abstracción de todo sentimentalismo, debo reconocer que mi amistad indefectible hacia Italia y por el Duce podrían llevarse al debe de mi cuenta de errores. En efecto, es visible que la alianza italiana les ha prestado mayores servicios a nuestros enemigos que los prestados a nosotros mismos. La intervención de Italia, en realidad, no nos trajo más que una ayuda mínima en comparación con las dificultades numerosas que nos suscitó. ¡Contribuirá, si no la ganamos a pesar de todo, a hacernos perder la guerra!

El servicio más grande que Italia podía habernos prestado era permanecer alejada del conflicto. Esta abstención le hubiese valido, de nuestra parte, todos los sacrificios, todos los obsequios. Que se hubiera detenido en ese papel, y la habríamos colmado de favores. En caso de victoria, hubiésemos repartido con ella todas las ventajas y, además, la gloria. Hubiéramos colaborado, de todo corazón, a la creación del mito histórico de la supremacía de los italianos, hijos legítimos de los romanos. ¡Todo habría sido mejor y preferible y no tenerlos como combatientes a nuestro lado!

La intervención de Italia, en junio del 40, para darle la coz del asno a un ejército francés en licuefacción, tuvo como único efecto el de opacar una victoria que nuestros derrotados habían ya aceptado deportivamente. Francia reconocía que los ejércitos del Reich la habían vencido; pero no deseaba haberlo sido por el Eje.

Nuestro aliado italiano nos ha obstaculizado casi en todas partes. Eso fue lo que nos impidió, en África del Norte, por ejemplo, iniciar una política revolucionaria. Por la fuerza de las cosas, ese espacio se convertía en una exclusiva italiana, y en realidad, con ese título lo reivindicó el Duce. Nosotros, solos, hubiésemos podido emancipar a los países musulmanes dominados por Francia. Y eso habría tenido una resonancia enorme en Egipto y en el Cercano Oriente, subyugados por los ingleses. Por haber ligado nuestra suerte a la de los italianos, tal cosa se tornó en algo imposible como política. Todo el Islam vibraba con el anuncio de nuestras victorias. Los egipcios, los iraquenses y el Cercano Oriente

se encontraban listos a sublevarse, todos juntos. ¿Qué podíamos hacer para ayudarlos, para empujarlos, en caso indispensable, como hubiera sido nuestro interés y nuestro deber? La presencia a nuestro lado de los italianos nos paralizaba, y creaba un malestar entre nuestros amigos del Islam, porque no veían en nosotros más que a cómplices, voluntarios o no, de sus opresores. Ahora bien, los italianos, en esas regiones, son más odiados todavía que los franceses y los ingleses. El recuerdo de las bárbaras represalias en aquellos países sigue aún viviente. Y, por otra parte, la pretensión ridícula del Duce de que se le considere como la *Espada del Islam* conserva el eco de la enorme carcajada burlona que provocó antes de la guerra. Este título, que conviene a Mahoma y a un gran conquistador como Omar, se lo hizo proclamar Mussolini por unos pobres diablos a quienes había pagado o aterrorizado. Había una estupenda política por emprenderse con respecto al Islam. ¡Se nos echó a perder!, como tantas otras cosas que se nos echaron a perder, ¡por fidelidad a la alianza italiana!

Los italianos, pues, sobre ese teatro de operaciones, nos han impedido jugar una de nuestras mejores cartas: la que consistía en emancipar a todos los protegidos franceses y en sublevar a los países oprimidos por los británicos. Dicha política hubiese despertado el entusiasmo en todo el Islam. En efecto, tal es una de las particularidades del mundo musulmán, que lo que toca a unos, para bien o para mal, lo resienten todos los otros, desde las costas del Atlántico hasta las del Pacífico.

En el plano moral, el efecto de nuestra política se convirtió en problema desastroso. Por una parte, hemos herido, sin ventaja alguna para nosotros, el amor propio de los franceses. Por la otra, eso nos ha obligado a mantener la dominación ejercida por ellos en su Imperio, debido al simple temor de que el contagio se extendiese al África del Norte italiano, y que ésta no reivindicase de igual manera su independencia. Puedo decir con toda razón que este resultado es desastroso porque, ahora, todos esos territorios se encuentran ocupados por los anglo-norteamericanos. Nuestra absurda política hasta les permitió a los ingleses, ¡los hipócritas!, aparecer como libertadores en Siria, en la Cirenaica y Tripolitania.

Desde el punto de vista puramente militar, ¡vaya si eso deja de ser brillante! La entrada de Italia en la guerra les aseguró a nuestros adversarios, casi de manera inmediata, sus primeras victorias, lo que le permitió a Churchill reanimarles el valor a sus compatriotas, devolviéndoles las esperanzas a todos los anglófilos a través del mundo entero. Aunque incapaces ya de sostenerse en Abisinia y en la Cirenaica, los italianos tuvieron el aplomo, sin preguntarnos nuestra opinión y hasta sin avisárnoslo, de arrojarse a una campaña inútil en absoluto en contra de Grecia. Sus fracasos tan deshonrosos han suscitado, en contra nuestra, el odio burlón de ciertos balcánicos. En eso, y no en otra cosa, es en donde hay que buscar las causas de la resistencia de los yugoslavos, y la voltereta en la primavera de 1941. Y, por supuesto, ello nos condujo, en desacuerdo con todos

dad. Nada tenemos que ganar y sí que perder todo, ligándonos estrechamente con elementos débiles y escogiendo, a mayor abundamiento, socios que han suministrado pruebas frecuentes de su versatilidad. A menudo he manifestado que allí donde se encuentra Italia, está la victoria. ¡Debería haber dicho que en donde se encuentra la victoria, allí exactamente encontramos a Italia!

Mi apego a la persona del Duce no ha cambiado, ni mi amistad instintiva por el pueblo italiano. Pero lamento mucho no haber escuchado a la razón que me ordenaba una amistad brutal con respecto a Italia. La debí haber manifestado, asimismo, en interés propio y personal del Duce como del de su pueblo. Sé con toda certeza que no me hubiese perdonado esta actitud; sé que me hubiera ofendido, ofuscado. Pero por causa de mi mansedumbre, ocurrieron cosas que no debieron haber pasado, cosas que no eran fatales. ¡La vida no perdona nunca a la debilidad!

XI

Cuartel General del Führer,
18 de febrero de 1945

Un pretexto a o para Roosevelt — Nada podía impedir la entrada en la guerra de los Estados Unidos — La obsesión del peligro amarillo — Solidaridad con los japoneses

La intervención del Japón en la guerra no oscurece en absoluto con sus sombras nuestro punto de vista, por más que sea evidente que los japoneses le hayan suministrado a Roosevelt, de esa manera, un pretexto para lanzar a los Estados Unidos en contra nuestra. Pero Roosevelt, empujado por la judería, se hallaba por completo decidido a entrar en la guerra para aniquilar al nacional-socialismo, y no tenía ninguna necesidad de que le suministrasen un pretexto. Cualesquier pretextos indispensables para vencer la resistencia de sus aislacionistas, él poseía toda la capacidad para fabricarlos por

sí mismo. Una falsedad más no lo hubiese molestado en lo más mínimo.

¡Seguro que la amplitud del desastre de Pearl Harbor sí que fue una estupenda suerte para él! Era exactamente lo que necesitaba para arrastrar a sus conciudadanos a la guerra total, y para aniquilar en su país la oposición de los últimos que resistieran. Hizo cuanto pudo para provocar a los japoneses. Fue una nueva edición, en una escala más vasta, de la maniobra que le produjo tan buen éxito a Wilson en el transcurso de la primera guerra mundial: el torpedeo del *Lusitania,* provocado diabólicamente, preparó el estado sicológico de los norteamericanos para entrar en la guerra en contra de Alemania. Si la intervención de los norteamericanos no pudo ser evitada en 1917, resulta obvio y evidente que veinticinco años más tarde dicha intervención se hallaba inscrita en la lógica de los acontecimientos. Era absolutamente ineluctable.

No fue sino hasta 1915 cuando la judería mundial decidió apostar a fondo y en total sobre los Aliados. Pero en nuestro caso, ya en 1933, desde el nacimiento del Tercer Reich, la misma judería nos declaró tácitamente la guerra. Ahora bien, la influencia de los judíos no ha hecho más que crecer en los Estados Unidos en el transcurso de este último cuarto de siglo. La entrada de los Estados Unidos en la guerra, siendo fatal, a nosotros nos tocó una suerte estupenda; inapreciable, el que del mismo golpe se alineara de nuestro lado un aliado del valor del Japón. También fue una suerte del mismo orden para los judíos. En ella encontraron ocasión, tan

largamente esperada en su fuero interno, de implicar directamente a los Estados Unidos en su guerra; y lograrlo fue, en realidad, un golpe maestro por parte suya, obteniendo la unanimidad de los norteamericanos. Éstos, tras sus desilusiones de 1919, manifestaban muy pocos deseos de intervenir de nuevo en una guerra europea. Como desquite de ello, se encontraban como nunca obsesionados por la idea del peligro amarillo. Cuando algo se atribuye a los judíos, se les atribuye también a los ricos, y entonces se les puede atribuir los designios más maquiavélicos. En vista de lo ocurrido, estoy certísimo de que han visto muy lejos, y que previeron la posibilidad de que una potencia de raza blanca fuese la que destruyera a ese Imperio del Sol Naciente, convertido ya en una potencia mundial, y desde antes y siempre refractario a su contaminación.

Para nosotros, el Japón será siempre un aliado y un amigo. Esta guerra nos habrá enseñado a estimarlo y a respetarlo cada vez más. Debería incitarnos a estrechar los lazos que nos unen con él. Mucho es de lamentarse que los japoneses no hubiesen entrado en guerra en contra de Rusia, y el mismo día que nosotros. Si ése hubiera sido el caso, los ejércitos de Stalin no sitiarían a Breslau en este momento, ni acamparían en Budapest. Hubiésemos liquidado al bolchevismo antes del invierno de 1941, y Roosevelt habría titubeado, con seguridad, para enfrentarse con adversarios de nuestra talla. Del mismo modo, podemos lamentarnos de que los japoneses no hubieran tomado a Singapur ya para 1940, inmediatamente después de la derrota de Francia. Los

Estados Unidos, en vísperas de una elección presidencial, se habrían hallado en la imposibilidad de intervenir. También ese aspecto constituyó una encrucijada de la guerra, y de las decisivas.

A pesar de todo, los japoneses y nosotros permanecemos absolutamente solidarios. Venceremos juntos, o desapareceremos juntos. En el caso de que nosotros desapareciéramos primero, ¡no alcanzo a ver bien a los rusos que continúen utilizando el mito de la "solidaridad asiática" en favor de los japoneses!

XII

Cuartel General del Führer,
20 de febrero de 1945

Hubiera sido preciso ocupar Gibraltar en 1940 — Debilidad congénita de los países latinos — Los ingleses engañados por Francia — Malas comprensiones con el Duce — La funesta campaña de Grecia

Debimos apoderarnos de Gibraltar en el estío de 1940, inmediatamente después del aniquilamiento de Francia, aprovechándonos a la vez del entusiasmo que habíamos despertado en España y del choque resentido por Inglaterra.

Pero la dificultad, en ese momento, habría sido el impedirle a España que entrase en la guerra a nuestro lado, del mismo modo que, algunas semanas antes, nos fue imposible oponernos a que Italia volase en auxilio de nuestra victoria.

Estos países latinos no nos acarrean buena suerte. Su petulancia está en proporción directa con su debilidad, y eso descompone todo el juego. No logramos detener a los italianos en sus deseos de brillar sobre los campos de batalla. Y a pesar de todo, estábamos muy bien dispuestos a concederles un certificado de heroísmo y los beneficios de la gloria militar, así como todas las ventajas de una guerra ganada; pero, ¡bajo la única y sencilla condición de que no participasen en ella!

Por lo que respecta a los ingleses, a ellos su aliada latina los ha engañado aún más que a nosotros la nuestra. Resulta evidente, en efecto, que Chamberlain no hubiera entrado en la guerra si se hubiese dado cuenta del grado de descomposición en que se encontraba Francia. Porque ésta debería, en el espíritu de los ingleses, soportar todo el peso de la guerra terrestre en el continente. Nada era más fácil para Chamberlain, tras haber derramado algunas lágrimas de cocodrilo sobre la suerte de Polonia, dejar que a ese país lo destazaran en piezas.

Los países latinos acumulan la debilidad material con la presunción más ridícula. Que se trate de la Italia amiga o de la Francia enemiga, sus debilidades comunes a ambas nos habrán sido fatales de igual manera.

Las únicas malas interpretaciones que hayan existido entre el Duce y yo han tenido por origen las precauciones que me vi obligado a veces a tomar. A pesar de la confianza total que tenía en él, necesité dejarlo ignorar mis intenciones cada vez que alguna indiscreción hubiese podido perjudicar nuestros proyectos. Si

yo tenía confianza en Mussolini, él la ponía, y grande, en Ciano, el cual carecía de secretos para las mujeres hermosas que mariposeaban en torno suyo. ¡Estamos obligados a saberlo! En cuanto a nuestros adversarios, pagaban por saber tales cosas, y a causa de todo ello muchos secretos llegaban hasta nuestros oídos.

Contaba, pues, con magníficas razones para no decirle todo al Duce. Muy de lamentarse es que no lo haya comprendido así, y que, por el contrario, me lo hubiera tenido a mal y me pagara en la misma moneda.

Decididamente, ¡los latinos nos resultan unos cargantes! Mientras que me dirigía a Montoire para dar mi autorización a una política ridícula de colaboración con Francia; después, a Hendaya, para padecer el beso de un amigo traidor y falso, un tercer latino (y éste siendo mi amigo) se aprovechaba del hecho de que yo estuviera ocupado en otra parte para poner en movimiento su funesta campaña en contra de Grecia.

XIII

Cuartel General del Führer,
21 de febrero de 1945

La necesidad de la paz para consolidar al Tercer Reich — El hombre abstracto y las doctrinas utopistas — El nacional-socialismo es una doctrina realista, valedera únicamente para Alemania — La guerra, si hubiese estallado en 1938, habría sido una guerra localizada — Lo que hubiera pasado — Doble golpe para los occidentales

Nosotros teníamos necesidad de la paz para edificar nuestra obra. Yo siempre he querido la paz. Se nos ha aculado a la guerra, imponiéndonosla por la voluntad de nuestros adversarios. Y, virtualmente, la amenaza de guerra existía desde el mes de enero de 1933, después de la toma de posesión del poder.

Por una parte están los judíos, y todos aquellos que, de modo espontáneo, les siguen los pasos. Por otra, los que adoptan en política una perspectiva realista de las cosas. Eso representa en el mundo, durante todo el

curso de la historia, a dos familias de espíritus absolutamente inconciliables.

Hay, de un lado, todos aquellos que desean la felicidad de un hombre abstracto, que persiguen la quimera de una fórmula de alcance universal. Del otro están los realistas. El partido nacional-socialista no se interesa más que por la humanidad alemana, sólo busca la felicidad del hombre alemán.

Los universalistas, los idealistas, los utopistas, apuntan demasiado alto. Al prometer un paraíso inaccesible, engañan a todo el mundo. Sea cual fuere su marbete, si toman el nombre de cristianos, de comunistas, de humanitarios; si son sinceros y estúpidos o manipuladores de hilos y cínicos, en realidad todos no son más que fabricantes de esclavos. Dentro del orden de las cosas posibles, yo siempre he concebido un paraíso a nuestro alcance. Y eso significa un mejoramiento de la suerte que le corresponda al pueblo alemán.

Me he limitado a prometer lo que podía cumplir, y abrigaba la intención de cumplir. Ésa es una de las razones del odio universal que me he concitado. Al no proclamar ningunas promesas imposibles, como todos mis adversarios, faltaba a las reglas del juego. Me mantenía a distancia del sindicato de los conductores de pueblos cuya meta, tácita e inconfesable, es la explotación de la credulidad humana.

La doctrina nacional-socialista, lo he proclamado siempre, no es una doctrina de exportación. Fue concebida para el pueblo alemán. Toda empresa inspirada por el nacional-socialismo incluye necesariamente obje-

tivos limitados y accesibles. No puedo, pues, creer ni en la paz indivisible ni en la guerra indivisible.

Fue en vísperas de Munich cuando me di cuenta, verdaderamente, de que los adversarios del Tercer Reich deseaban a toda costa despedazarnos y desollarnos, y que no existía ninguna posibilidad de transacción con ellos. Cuando el gran burgués capitalista de Chamberlain, armado de su paraguas engañoso, se molestó para venir a discutir en Berghof con este advenedizo de Hitler, ya bien sabía que nos iba a hacer una guerra sin cuartel. Estaba dispuesto a decirme no importa qué, con la esperanza de adormecerme. Su solo y único objeto, al emprender ese viaje, era el de ganar tiempo. En aquel momento, nuestro interés hubiera sido el de atacar nosotros primero y de inmediato. Nos era indispensable declarar la guerra en 1938. Era la última oportunidad para nosotros de obtener que se localizara la guerra.

Pero han dejado ir todas por una. Han cedido, como villanos, a todas nuestras exigencias. En esas condiciones, resultaba verdaderamente difícil tomar la iniciativa de las hostilidades. Se nos escapó en Munich una ocasión única de ganar fácilmente y con toda rapidez una guerra inevitable.

Aun cuando nosotros tampoco estuviésemos listos, sí nos encontrábamos, a pesar de todo, mejor preparados que nuestros adversarios. En septiembre de 1938 fue la época menos desfavorable para atacar. ¡Y qué posibilidad de limitar el conflicto!

Debimos provocar entonces la explicación que se imponía por medio de las armas, y sin tener en cuenta

las disposiciones en que se encontraban nuestros adversarios de cedernos en todo. Al resolver por las armas el problema de los sudetes, liquidábamos a Checoslovaquia, dejándole toda la culpa a Benes. La solución de Munich no podía ser más que provisional, supuesto que es evidente que nosotros no podíamos tolerar en el corazón de Alemania el absceso que constituía la existencia, por pequeña que fuese, de una Checo independiente. Hemos reventado dicho absceso en marzo de 1939, pero en condiciones sicológicas más desfavorables que mediante las armas en 1938. Porque, por primera vez, incurríamos nosotros en culpa a los ojos de la opinión pública mundial. Ya no nos limitábamos a anexar a un grupo de alemanes al Reich, sino que establecíamos un protectorado sobre una población no alemana.

La guerra, desencadenada en 1938, hubiera sido una guerra rápida, para la emancipación de los sudetes, de los eslovacos, de los húngaros y hasta de los polacos dominados por los checos. La Gran Bretaña y Francia, sorprendidas y desbordadas por el ritmo de los acontecimientos, habrían permanecido en pasividad, y ello con mayor razón cuanto que la opinión mundial se hubiera puesto de nuestra parte. Por último, Polonia, principal apoyo de la política francesa en la Europa Oriental, hubiera estado de nuestro lado. La Gran Bretaña y Francia, al declararnos la guerra con ese motivo, hubiesen perdido fachada. Estoy seguro, en todo caso, que no la habrían declarado, lo que, de todos modos, no les hubiera impedido perder la cara. Habiendo hablado las armas, hubiésemos podido arreglar ulteriormente los

otros problemas territoriales pendientes en Europa Oriental y en los Balcanes, sin provocar la intervención por parte de esos dos países, ya para entonces desacreditados a los ojos de sus protegidos. En lo que a nosotros se refiere, ganábamos de ese modo el tiempo necesario para consolidarnos, y retardábamos durante varios años la guerra mundial, por poco que se presentase como fatal.

Es posible pensar que, en el seno de las naciones bien provistas, la esclerosis y la gota de las comodidades se hubiesen sobrepuesto al odio congénito que alimentaban hacia nosotros, y eso con tanta mayor facilidad cuanto que se habrían percatado que, realmente, todas nuestras reivindicaciones iban orientadas hacia el este. Nuestros adversarios se hubieran hasta engañado a sí mismos con la esperanza de vernos agotar en esa clase de esfuerzos. De todas maneras, efectuaban así un doble golpe: se aseguraban la paz en el oeste, por una parte, y, por la otra, se beneficiaban con el debilitamiento de los rusos, cuya potencia en marcha constituía igualmente una preocupación para ellos, aunque en menor grado que la nuestra.

XIV

Cuartel General del Führer,
24 de febrero de 1945

Drama de la guerra con la América — Contribución de los alemanes a la grandeza de los Estados Unidos — El fracaso del New Deal *y la guerra — Posibilidades de coexistencia pacífica entre los Estados Unidos y Alemania — Los norteamericanos se volverán antisemitas — Roosevelt, ídolo falso — Nada de política colonial; una gran política continental*

Esta guerra con la América es un drama. Es ilógica, carece de fundamentos reales.

Las casualidades de la historia son las que han querido, al mismo tiempo que yo tomaba el poder en Alemania, que Roosevelt, el hombre escogido por los judíos, haya asumido el mando en los Estados Unidos. Sin los judíos, y sin su hombre de trasmano y acción, todo hubiera podido ser diferente. Porque todo debería llevar a Alemania y a los Estados Unidos, si no a comprenderse y a simpatizarse, por lo menos a soportarse recíprocamente, sin que tal cosa exija esfuerzos especia-

les de su parte. Los alemanes, en efecto, han contribuido poderosamente a poblar la América del Norte. Nosotros somos quienes hemos llevado la aportación más grande de sangre nórdica a los Estados Unidos. Y es un hecho, asimismo, que Steuben representó un papel determinante en la guerra de Independencia.

La última gran crisis económica amagó a Alemania y a los Estados Unidos simultáneamente, por decirlo así, y con la misma brutalidad. Nos libramos de ella por medios muy semejantes en todo. La operación, aunque bastante difícil, fue un éxito por nuestra parte. Por cuanto a ellos, en donde resultaba extraordinariamente fácil de llevarse a cabo, obtuvo resultados mediocres en manos de Roosevelt y de sus consejeros judíos. El fracaso del *New Deal* entra con mucho en sus frenesíes guerreros. Los Estados Unidos podrían prácticamente vivir en economía autártica, y nuestros sueños propios serían lograrlo. Disponen, ellos, de un territorio inmenso que ofrece salidas simples a todas sus energías. Por lo que respecta a Alemania, esperamos poder asegurarle un día una independencia económica total, en un espacio que se ajuste a la medida de su potencial humano. Un gran pueblo tiene necesidad de un espacio grande.

Alemania no espera nada de los Estados Unidos, y éstos no tienen nada qué temer, en absoluto, de Alemania. Todo concuerda para que coexistamos, cada uno por sí, en perfecta armonía. Lo que nos echa a perder todo, desdichadamente, es la judería mundial, que ha escogido aquel país para instalarse con su bastión más

fuerte. Es eso, y únicamente eso, lo que trastorna nuestras relaciones y nos envenena todo por completo.

No les doy más de veinticinco años a los norteamericanos para que comprendan por sí mismos qué estorbo constituye para ellos esta judería parasitaria, pegada a su piel y que se nutre con su sangre. Esa judería es la que los arrastra a las aventuras que, en el fondo, no les importan, en donde se trata de intereses que no son los suyos. ¿Qué razones tendrían los norteamericanos que no son judíos, para compartir los odios de los judíos y para caminar como remolques suyos? Es fatal que, de aquí a un cuarto de siglo, los norteamericanos se conviertan en violentos antisemitas o, si no, los devorarán a ellos.

Si debemos perder esta guerra, eso significaría que los judíos nos han vencido. Su victoria, entonces, sería total. Me apresuro a añadir que no sería más que momentánea. En ese caso, de seguro que Europa no habrá de ser en donde se emprenda de nuevo la lucha en contra de ellos, sino ciertamente en los Estados Unidos. Se trata de un país joven aún, que no ha adquirido la madurez que la edad confiere, al que le falta el sentido político con exageración. Para los norteamericanos, todo ha sido, hasta hoy, escandalosamente fácil. Las experiencias y las dificultades los harán quizás madurar. ¿Qué eran en el momento en que nació su país? Individuos, llegados de todas partes, que se precipitaban a la conquista de la fortuna y que disponían, para mitigar su hambre, de un continente inmenso por roturar. Sólo muy poco a poco, sobre todo en espacios tan enormes,

se llega a afirmar una conciencia nacional. Ahora bien, esta colección de individuos pertenecientes a todas las razas, todavía no enlazados entre ellos mismos por el cimiento de un espíritu nacional, ¡qué presa destinada para la rapacidad de los judíos!

Los excesos a que se han entregado en nuestra patria, y a los cuales el nacional-socialismo les puso término, no son nada si se les compara a los que se dedicarán y se dedican siempre en mayor escala, a lo ancho de su nuevo terreno para cacerías. Los norteamericanos no tardarán en percatarse de que han adorado en Roosevelt a un ídolo falso, y que, en realidad, este judaizante es un malhechor: del mismo modo desde el punto de vista de los Estados Unidos que desde el de la humanidad entera. Los ha conducido por sendas que no son las suyas, y, particularmente, haciéndolos representar un papel activo en un conflicto que no les concierne para nada. Un mínimo de instinto político les hubiera inspirado la idea de permanecer en su aislamiento espléndido, de no representar en este conflicto más que un papel de árbitros. Con un poco de madurez y un poco más de experiencia, hubiesen comprendido, sin ninguna duda, que su principal interés era parapetarse, frente a una Europa desgarrada, en una neutralidad vigilante. Interviniendo, se han hundido todavía más bajo el peso de sus explotadores judíos. Éstos sí que conocen al mundo y saben perfectamente lo que hacen; pero sólo desde su punto de vista particular de judíos.

El presidente de los Estados Unidos, durante este periodo crucial, si el destino hubiese querido que fuera

otro y no Roosevelt, habría podido ser un hombre capaz de adaptar la economía norteamericana a las necesidades del siglo xx, y de convertirse en el presidente más grande después de Lincoln. La crisis de 1930 no fue más que una crisis de crecimiento, pero a escala mundial. El liberalismo económico demostraba que no era más que una fórmula anticuada. Bastaba, habiendo comprendido la significación de esta crisis y de su alcance, con hallarle los remedios apropiados. He ahí el papel al cual se hubiera limitado un gran presidente de los Estados Unidos, y que le hubiera valido una situación sin par en el tablero de ajedrez del mundo. No cabe la menor duda de que debió interesar a sus compatriotas en los grandes problemas internacionales, abrirles los ojos sobre lo que ocurre en este planeta; pero meterlos en la baraúnda como lo hizo ese criminal de Roosevelt, ¡era una locura! Éste ha abusado cínicamente de su ignorancia, de su ingenuidad, de su credulidad. Les ha hecho ver el mundo a través de la óptica judía, y los ha arrastrado sobre una vía que les será fatal, si no se recuperan a tiempo.

Los asuntos de los norteamericanos no son de los que a nosotros nos importen, y lo que pudiera sucederles me dejaría por completo indiferente, si su comportamiento no tuviese una repercusión directa sobre nuestro destino y sobre el de Europa.

Otra particularidad que hubiera podido acercarnos a los Estados Unidos, es que ni ellos ni nosotros tenemos una política colonial. Los alemanes no han tenido nunca, verdaderamente, la vocación imperialista.

Yo considero las tentativas de fines del siglo XIX como un accidente en nuestra historia. Nuestra derrota de 1918 habrá resultado, por lo menos, en la consecuencia feliz de detenernos en ese camino fatal, en el cual los alemanes se dejaban influir, de manera muy tonta, por el ejemplo de los franceses y de los ingleses, celosos de sus éxitos, de cuyo cortísimo plazo se encontraban ignorantes.

Esa justicia hemos de rendirle al Tercer Reich: que no ha sentido la nostalgia de ese pasado abolido ya. Por el contrario, se volvió resuelta y valerosamente hacia el porvenir, hacia la constitución de grandes conjuntos homogéneos, hacia una gran política continental. Ahora bien, la verdadera tradición de los norteamericanos es semejante del todo: nada de mezclarse en los asuntos de los otros continentes, y prohibirles a los demás que se entrometan en los negocios del Nuevo Mundo.

XV

Cuartel General del Führer,
25 de febrero de 1945

A los alemanes el tiempo los aguija inevitablemente — Los rusos cuentan con todo el tiempo como suyo — Un pueblo con un pasado trágico — Ni la obra de un hombre, ni la de una generación — Los alemanes no han cesado de luchar por su existencia

Es un hecho y una realidad que nosotros echamos a perder todo siempre por la necesidad en que nos encontramos de obrar con rapidez. Ahora bien, obrar con rapidez, en nuestro caso, es obrar con precipitación. Para tener el don de la paciencia, necesitaríamos también el tiempo y el espacio, y no disponemos del uno ni del otro. Los rusos cuentan con la suerte de disfrutar de uno y otro, sin hablar de la predisposición a la pasividad, que es el signo, la marca del temperamento eslavo.

Luego, por encima de todo y gracias a la religión marxista, tienen todo lo que se necesita para hacer que

un pueblo sea paciente. Prometen la felicidad sobre la tierra (lo cual distingue a la religión marxista de la religión cristiana), pero en lo futuro. El judío Mardoqueo Marx, como buen judío, aguardaba al Mesías. Ha transpuesto al Mesías en el materialismo histórico, colocando la felicidad terrestre al término de una evolución casi sin fin. La felicidad está a vuestro alcance, os prometen; pero es preciso que dejéis que se concluya la evolución, sin apresurarla. Con un truquito como ése, ¡se domina a los hombres! Lo que Lenin no tuvo el tiempo de llevar a cabo, a Stalin le toca el turno de ocuparse de ello, ¡y así los siguientes! El marxismo es muy fuerte; mas, ¿qué pensar del cristianismo, otro hijo del judaísmo, que, por su parte, puede permitirse el lujo de conceder la dicha a sus fieles en el otro mundo? ¡Eso es mucho más fuerte, incomparablemente!

Yo, yo soy el prisionero de esa fatalidad que debo terminar durante el tiempo de una vida cortísima. Lo único que tengo a mi servicio es una ideología realista, suspendida de unos hechos tangibles, tributaria de ciertas promesas que deben encarnarse, y que me impide prometer la luna y las estrellas. Allí, en donde los otros disponen de la eternidad, yo apenas cuento con unos cuantos años. Ellos saben que tendrán sucesores que se encargarán de su obra en el punto exacto en donde la hubieren dejado; que ahondarán con el mismo arado en el mismo surco. Por lo que a mí respecta, estoy todavía preguntándome si, entre mis sucesores inmediatos, se encontrará un hombre predestinado para recoger la antorcha que se me habrá escapado de las manos.

La otra fatalidad, para mí, consiste en estar al servicio de un pueblo con un pasado trágico, tan inestable como el pueblo alemán, tan versátil, y que pasa, según las circunstancias, de un extremo al otro con una facilidad desconcertante. El ideal, en mi caso, hubiera sido asegurar, desde un principio, la existencia del pueblo alemán; formar, en seguida, a una juventud profundamente nacional-socialista; después..., dejarles a las generaciones futuras la tarea de la guerra inevitable, por poco que la potencia adquirida para entonces por el pueblo alemán, no hubiese hecho retroceder a nuestros adversarios. De ese modo, Alemania hubiera estado preparada, material y moralmente. Hubiera dispuesto de una administración, de una diplomacia y de un ejército formados desde la infancia según nuestros principios. La obra que yo emprendí para promover al pueblo alemán al sitio que le correspondía y le era debido, no podrá desgraciadamente ser la obra de un solo hombre, ni siquiera de una sola generación. Sea como fuere, le he dado la noción de su grandeza y le he infundido el sentimiento exaltante de la reunión de todos los alemanes en el seno de un gran Reich indestructible. He sembrado la buena semilla. Le he hecho comprender, al pueblo alemán, la significación de la lucha que sostiene por su existencia.

Nada podrá impedir que esta cosecha no se levante en un día próximo. Alemania es, en verdad, un pueblo joven y fuerte. Es un pueblo que tiene todo su porvenir ante él.

XVI

Cuartel General del Führer,
26 de febrero de 1945

Churchill no ha sabido comprender — Lo irreparable podía evitarse — Obligación de atacar a los rusos, con el fin de prevenir su ataque — Los italianos nos impidieron entrar en campaña en tiempo útil — Consecuencias catastróficas de nuestro retardo — Ilusión de un entendimiento posible con Stalin

En suma, mi decisión de arreglarle las cuentas a Rusia se tomó desde el instante en que se me impuso la convicción de que Inglaterra se obcecaría. Churchill no ha sabido apreciar el deportismo de que di pruebas evitando el crear lo irreparable entre los ingleses y nosotros. En efecto, hemos evitado aniquilarlos en Dunkerque. Hubiese sido preciso poderles hacer comprender que la aceptación, por ellos, de la hegemonía alemana sobre el continente, a la cual se habían opuesto ellos siempre y que yo acababa de realizar sin dolor, produciría *para ellos* las consecuencias más favorables.

Fue ya para el fin de julio, precisamente un mes después del anonadamiento de Francia, cuando me percaté de que la paz se nos escapaba una vez más. Algunas semanas más tarde, bien sabía yo que no tendríamos éxito en invadir a la Gran Bretaña, antes de las tempestades del equinoccio, a causa de que no nos habíamos podido asegurar de golpe el dominio del cielo. Por lo tanto, sabía que no lograríamos nunca invadir a la Gran Bretaña.

La actitud de los soviéticos durante el verano de 1940, el hecho de que hubiesen absorbido a los países bálticos y la Besarabia mientras nosotros nos encontrábamos ocupados en el oeste, no me dejaba ninguna ilusión en lo que respecta a sus designios. Aun suponiendo que hubiese conservado alguna, la visita de Molotov, en noviembre, habría bastado para disiparla. Las proposiciones que me presentó Stalin, tras el regreso de su ministro, no podían engañarme. Stalin, ese imperturbable chantajeador, quería simplemente ganar tiempo y consolidar sus bases de partida en Finlandia y en los Balcanes. Trataba de jugar con nosotros como el gato con los ratones.

El drama para mí radicaba en la imposibilidad de atacar antes del 15 de mayo; y, de todos modos, para lograr éxito desde el primer golpe, hubiera sido preciso no emprender la guerra más tarde. Pero Stalin pudo haber desencadenado mucho antes tal guerra. Con ese motivo, durante todo el invierno y, particularmente, desde la primavera de 1941, viví con la obsesión de que los rusos no me fuesen a ganar con la iniciativa. En

efecto, las derrotas italianas en Albania y en la Cirenaica habían provocado un huracán de rebeliones en los Balcanes, lesionando, aunque indirectamente, la fe que entonces tenían en nuestra invencibilidad tanto nuestros enemigos como nuestros amigos.

Ninguna otra causa existe para el cambio de frente de Yugoslavia, lo cual nos obligó a enzarzar en la guerra a los Balcanes. Pues bien, eso era precisamente lo que yo, a no importa qué precio, me había esforzado por evitar. Una vez comprometidos en ese camino, hubiésemos podido sentirnos tentados de seguir más adelante. Queda por dicho que, en la primavera de 1941, sólo una muy pequeña parte de las fuerzas que íbamos a lanzar sobre Rusia nos hubiera permitido liberar rápidamente al Cercano Oriente. Pero el peligro consistía en que, al alejarnos hasta ese punto de nuestras bases, les dábamos a los rusos, indirectamente, la señal de atacarnos. Lo hubiesen hecho en el transcurso del verano, o, cuando muy tarde, en otoño, y en condiciones tan desastrosas para nosotros que nos arrebataban toda esperanza de obtener la victoria.

Los soviéticos tienen la paciencia del elefante cuando se trata de democracias enjudiadas. Saben que, fatalmente, con un plazo más o menos corto y sin recurrir a la guerra, llegarán a dominarlas: a causa de sus contradicciones internas, a causa de las crisis económicas de que no podrían escaparse, a causa de su permeabilidad a la intoxicación marxista. Pero también saben que, cuando se trata del Tercer Reich, no sucede lo mismo. Saben que, en todos los dominios, y más aún en la paz

y no en la guerra, nosotros los sobrepasamos en categoría de clase, ¡en todo!

La paciencia de los soviéticos se explica por la filosofía que practican, la cual les permite evitar los riesgos y esperar el tiempo propicio que necesitan para realizar sus designios: un año, una generación, un siglo si fuese indispensable. El tiempo no les cuesta nada. El marxismo les promete, en efecto, a los esclavos que subyuga, el paraíso terrestre; pero no para hoy, ni para mañana; simplemente para un futuro indeterminado.

A pesar de esta paciencia, que significa el origen de su fuerza, los soviéticos no hubiesen podido, de ninguna manera, asistir impasibles a la liquidación de Inglaterra; porque entonces se arriesgaban a encontrarse solos frente a frente con nosotros, permaneciendo neutrales los Estados Unidos y el Japón. Y ello representaba para ellos la certidumbre de que, a la hora y en el terreno escogido *por nosotros,* les hubiéramos arreglado, con ventaja *para nosotros,* la cuenta antigua que todavía está pendiente *entre nosotros.*

Si hube de tomar la decisión de terminar por las armas con el bolchevismo, y eso precisamente el día del aniversario de la firma del pacto de Moscú, tengo el derecho de pensar que Stalin había tomado una decisión análoga con respecto a nosotros, aun hasta antes de firmar dicho pacto.

Durante todo un año, alimenté la esperanza de que un entendimiento sincero, si no amigable, podía establecerse entre la Rusia de Stalin y el Tercer Reich. Me imaginaba que, después de quince años de poder, el rea-

lista de Stalin se hubiese desembarazado de la brumosa ideología marxista, y que no la conservaría más que como un veneno reservado exclusivamente para el uso externo. El modo brutal con que decapitó al alto mando judío, que le había prestado el servicio de apresurar la descomposición del imperio de los zares, podía darle alas a nuestra esperanza. Yo pensaba que él no deseaba permitirle a esos intelectuales judíos que provocaran del mismo modo la descomposición del imperio totalitario que había sido su obra, ese imperio staliniano que no era en el fondo más que el heredero espiritual del de Pedro el Grande.

Por una parte y por otra, con un espíritu implacable de realismo, ambos hubiésemos podido crear las condiciones de un entendimiento durable: delimitando exactamente las zonas de influencia atribuibles a cada uno, limitando rigurosamente nuestra colaboración al dominio económico y, de tal suerte, que cada uno de nosotros recibiera una ventaja, un beneficio. Un entendimiento, en suma, ¡con los ojos muy bien abiertos y con el dedo en el gatillo!

XVII

Cuartel General del Führer,
26 de febrero de 1945

La última oportunidad de Europa — Napoleón y la conquista de la paz — Los tormentos de Napoleón y los míos — Inglaterra siempre al través de nuestro camino — Los que viven de las divisiones de Europa

Yo he representado la última probabilidad de Europa. Europa no podía hacerse a resultas de una reforma decidida voluntariamente. No podía ser conquistada por los halagos y la persuasión. Había que violarla para poseerla.

Europa no puede construirse más que sobre ruinas. No sobre ruinas materiales, sino sobre la ruina conjunta de los intereses privados, de las coaliciones económicas; sobre la ruina de las ideas estrechas, de los particularismos anticuados y del estúpido espíritu de campanario. Hay que hacer a Europa en interés de todos y sin con-

sideración de personas. Napoleón lo había comprendido perfectamente bien.

Estoy en posibilidad de imaginarme, mejor que nadie, lo que fueron los tormentos de Napoleón, obsesionado por la conquista de la paz y obligado a continuar la guerra sin cesar, con la eterna esperanza de obtenerla por fin. En el estío de 1940, padecí los mismos tormentos. Siempre esa misma Inglaterra que se atraviesa en medio de los intereses del continente. Se ha envejecido y se ha debilitado. Lo único que ha logrado es convertirse en más malvada y más viciosa. Por último, la apoyan, en esta acción negativa y contra natura, los Estados Unidos inspirados, a su vez, y excitados por toda esa judería internacional que ha vivido y que espera continuar viviendo de nuestras disensiones.

XVIII

Cuartel General del Führer,
2 de abril de 1945

Una derrota que sólo puede ser total — Imagen del Reich descuartizado por sus vencedores — Una Alemania de transición — Resurrección de la Alemania eterna — Una regla de conducta para las almas fieles — El primer pueblo del continente — Inglaterra e Italia si... — Una Francia legendaria y fatalmente enemiga — En espera del encumbramiento de los nacionalismos asiáticos y africanos — Los Estados Unidos y Rusia frente a frente — Una Rusia desembarazada del marxismo — Caducidad del coloso norteamericano — El derecho de los pueblos hambreados — Las oportunidades de supervivencia para un pueblo valeroso

Si hemos de ser vencidos en esta guerra, no se puede tratar para nosotros más que de una derrota total. Nuestros adversarios, en efecto, han clarineado sus metas, de modo que sepamos que no hemos de abrigar ningunas ilusiones con respecto a sus intenciones. Que se trate de los judíos, de los bolchevistas rusos o de la manada de chacales que gañen tras ellos, sabemos que no depondrán las armas sino hasta después de habernos destruido, aniquilado, pulverizado junto con la Alemania nacional-socialista. Por lo demás, resulta fatal que un

combate desdichado, en una guerra como ésta, en la que se enfrentan dos ideologías tan contrarias, tenga por conclusión una derrota total. Es una lucha que debe continuarse, por una parte y por la otra, hasta el agotamiento; y sabemos, en lo que a nosotros respecta, que combatiremos hasta la victoria o hasta la última gota de sangre.

Este pensamiento es muy cruel. Me imagino con horror a nuestro Reich descuartizado por sus vencedores; nuestras poblaciones entregadas a los desbordamientos de los salvajes bolcheviques y de los *gangsters* norteamericanos. Esta perspectiva no me quita para nada la fe invencible que tengo en el porvenir del pueblo alemán. Cuanto más suframos, ¡más será esplendente la resurrección de la Alemania eterna! Una vez más nos servirá la particularidad que tiene el alma alemana de entrar en un letargo, cuando su afirmación amenaza la existencia misma de la nación. Pero, yo personalmente, yo no soportaré vivir en esa Alemania de transición que vendrá tras nuestro III Reich vencido. Lo que hemos conocido en 1918, como ignominia y traición, no sería nada en comparación de lo que necesitaremos imaginarnos. ¿Cómo concebir que, después de doce años de nacional-socialismo, tal eventualidad podría producirse? ¿Cómo concebir que el pueblo alemán, privado en lo adelante de la *élite* que lo ha conducido a las cimas del heroísmo, pudiera revolcarse en el fango, durante años y años?

¿Qué palabra a la orden del día en ese caso? ¿Qué regla de conducta para los que conserven su alma in-

quebrantablemente fiel? Replegado en sí mismo, adolorido, sin vivir más que en vela, el pueblo alemán debería esforzarse por respetar espontáneamente las leyes raciales que nosotros le hemos dado. En un mundo que se encontrará cada vez más pervertido por el veneno judío, un pueblo, inmunizado contra ese veneno, debiera terminar por salir avante. Desde ese punto de vista, el hecho de haber eliminado a los judíos de Alemania y de la Europa Central permanecerá como un título de reconocimiento durable por lo que toca al nacional-socialismo. La segunda preocupación debe consistir en el mantenimiento de la unión indisoluble entre todos los alemanes. Cuando todos estamos reunidos es cuando nuestras cualidades florecen: cuando cesamos de ser prusianos, bávaros, austriacos o renanos para no ser más que alemanes. Los prusianos, tomando la iniciativa de reunir a los alemanes en el Reich de Bismark, han permitido a nuestro pueblo que se afirmara, en el espacio de algunos decenios, como el primero de los pueblos del continente. Yo mismo, al unirlos a todos en el III Reich nacional-socialista, hice de ellos los constructores de Europa. Suceda lo que hubiere de suceder, los alemanes no deben olvidar nunca que lo esencial para ellos será eliminar siempre cualesquier elementos de discordia entre ellos, y buscar con una perseverancia infatigable lo que tienda a unificarlos.

Por lo que se refiere al extranjero, es imposible establecer reglas rígidas, porque los términos del problema cambian constantemente. Hace veinte años escribía yo que en Europa no hay más que dos aliados posibles

para Alemania: Inglaterra e Italia. La manera en que el mundo ha evolucionado en el transcurso de este periodo, no ha permitido encarnar en los hechos la política que, lógicamente, hubiese debido nacer de esta comprobación. Si los ingleses conservaban aún la potencia imperial, ya no tenían las cualidades morales necesarias para conservar su imperio. Aparentemente, dominaban al mundo. En realidad, ellos mismos estaban dominados por la judería. Italia, por su parte, había reanudado las ambiciones de Roma. Poseía las ambiciones, pero sin las otras características: un alma templada con fortaleza y la potencia material. Su solo triunfo en el juego consistía en ser dirigida por un romano verdadero. ¡Qué drama para ese hombre! ¡Y qué drama para ese país! Para los pueblos, del mismo modo que para los hombres, es trágico tener ambiciones privadas del soporte material indispensable, privadas hasta por lo menos de la posibilidad de crear dicho apoyo.

Queda Francia. Escribí hace veinte años lo que pensaba de ella. Francia permanece como enemiga mortal del pueblo alemán. Su delicuescencia y sus crisis de nervios han podido, a veces, llevarnos a convertir en mínima la importancia de sus gestos. Aunque siguiera volviéndose cada vez más débil, lo cual está dentro del orden de las probabilidades, tal cosa no debe cambiar en nada nuestra desconfianza. La potencia militar de Francia no es ya más que apenas un recuerdo, y es muy cierto que, desde ese punto de vista, no nos inquietará nunca jamás. Esta guerra, sea cual fuere su resultado, tendrá por lo menos el mérito de hacer pasar a Francia

al rango de potencia de quinto orden. Sin embargo, si continúa siendo peligrosa para nosotros, será por su potencial ilimitado de corrupción y por su arte de practicar el chantaje. Así, pues, ¡desconfianza y vigilancia! ¡Que los alemanes se cuiden mucho de jamás dejarse adormecer por esa sirena!

Si no podemos, en lo relativo al extranjero, regirnos por principios rígidos, porque siempre hay lugar de adaptarnos a las circunstancias, cierto es en todo caso que Alemania reclutará continuamente a sus amigos más seguros entre los pueblos fundamentalmente resistentes al contagio judío. Estoy persuadido de que los japoneses, los chinos y los pueblos regidos por el Islam, estarán siempre más cerca de nosotros que Francia, por ejemplo, a pesar del parentesco de la sangre que corre en nuestras venas. La desdicha quiere que Francia haya degenerado en el transcurso de los siglos y que sus *élites* fueran subvertidas por el espíritu judío. Eso ha tomado tales proporciones que resulta irreparable. Francia está condenada a hacer una política judía.

En caso de la derrota del Reich, y en espera del encumbramiento de los nacionalismos asiáticos, africanos y, quizás, sudamericanos, no quedarán en el mundo más que dos potencias capaces de enfrentarse con validez: los Estados Unidos y la Rusia soviética. Las leyes de la historia y de la geografía condenan a estas dos potencias a medirse una con otra, bien sea sobre un plano militar, o bien simplemente sobre el plano económico e ideológico. Esas mismas leyes los condenan a ser los adversarios de Europa. Una y otra de estas dos potencias

tendrán necesariamente el deseo, a plazo más o menos corto, de asegurarse el apoyo del único gran pueblo europeo que subsistirá después de la guerra: el pueblo alemán. Lo proclamo con toda la fuerza de que soy capaz: es indispensable que, a ningún precio, los alemanes acepten representar el papel de un peón en el juego de los norteamericanos o de los rusos.

Es difícil dictaminar en este momento qué puede ser lo más pernicioso para nosotros, en un plano ideológico, entre el americanismo judaizante y el bolchevismo. Los rusos, en efecto, por la fuerza de los acontecimientos, pueden desprenderse por completo del marxismo judío, para no encarnar más que el eterno paneslavismo, en su expresión más feroz y más salvaje. En cuanto a los norteamericanos, si no logran sacudirse rápidamente el yugo de los judíos neoyorkinos (que tienen la inteligencia del mono chango que asierra la rama del árbol sobre la cual está encaramado), pues bien, no tardarán en hundirse, aun antes de haber llegado a la edad de la razón. El hecho de que en ellos se junten tanta potencia material con tanta caducidad de espíritu, evoca la imagen de un niño que padece gigantismo. Podemos preguntarnos si, en su caso, se trata de una civilización enana, destinada a deshacerse con tanta rápidez como la que le tomó formarse.

Si la América del Norte no tiene éxito en construirse una doctrina un poco menos pueril que la que por ahora le sirve de *passepartout*, a base de grandes principios huecos y de la ciencia que le dicen cristiana, podemos preguntarnos si seguirá siendo por mucho

tiempo un continente en los que los blancos predominen. Así se habría demostrado que ese coloso de pies de barro apenas era capaz, después de un ascenso como flecha, de trabajar en su autodestrucción. ¡Qué magnífico pretexto para los pueblos de raza amarilla ese derrumbamiento súbito! Desde el punto de vista del derecho y de la historia, tendrían exactamente los mismos argumentos (o la misma ausencia de argumentos) que tenían los europeos del siglo XVI, para invadir a este continente. Sus muchedumbres prolíficas y mal alimentadas les conferirían el único derecho que reconocen los historiadores, el derecho que tienen los hambrientos de calmar su hambre: ¡con la condición de que ese derecho esté apoyado por la fuerza!

De lo que deducimos que, en este mundo cruel en el que nos han hundido dos grandes guerras, es muy evidente que los únicos pueblos blancos que tengan probabilidades de sobrevivir y de prosperar serán los que saben sufrir y que guardan el valor de luchar, aun sin esperanzas, hasta la muerte. A estas cualidades, sólo podrán pretender los pueblos que hubieren sido capaces de extirpar por sí mismos el veneno mortal judío.

COMENTARIOS

Por

ANDRÉ FRANCOIS-PONCET

de la Academia Francesa
Embajador de Francia en Berlín y en Roma;
Alto-Comisario de Francia en Alemania

Nos es permitido suponer que si Bormann, el compañero más fiel y más asiduo, el admirador más ferviente y más desprovisto de espíritu crítico de Adolfo Hitler en los últimos años y en los últimos tiempos de su vida, ha creído su deber anotar con un cuidado particular las conversaciones sostenidas en la intimidad y el enclaustramiento del "sótano" por su amo, se debe a que éste, consciente, no del carácter inminente e inevitable de la catástrofe que lo esperaba, sino, a pesar de todo, de la gravedad dramática de la situación a que se encontraba reducido, sentía la necesidad de reflexionar en

sus actos pasados, de preguntarse si había cometido algún error o tenía toda la razón para comportarse como lo había hecho, de buscar las causas de sus reveses y de sus sinsabores, y que, de ese modo, sus confidencias, sus esparcimientos revestían para la historia en general, pero más aún para Alemania y las generaciones alemanas futuras, un interés de primer orden, y constituían un verdadero "testamento político", como lo indica el señor Trévor-Roper. Cuando se permitía aquella libertad de expansión ante su lugarteniente, el Führer sabía que no hablaba solamente para este último, sino, a través de él, para sus compatriotas y para la posteridad.

En los juicios que en estas páginas se han citado con respecto a Winston Churchill, estalla la profunda decepción que la actitud británica le produjo a Hitler. Como siempre, esta decepción tomó en él la forma de un odio personal, dirigido en contra del hombre que había osado enfrentársele. No hemos olvidado la manera en que trataba públicamente a Benes, la víspera de la Conferencia de Munich. La ferocidad de los acentos que utiliza al referirse al Primer Ministro inglés vuelve verosímil la intención que se le suponía, si se convertía en vencedor, de encerrar a su enemigo en una gran jaula y de hacerlo desfilar por la gran vía militar, la *Heerstrasse* que, desde el oeste, conducía a la puerta de Brandeburgo en Berlín.

Hitler se ha burlado, a menudo, de las pretensiones británicas al gobierno del mundo. "No tenemos ninguna necesidad", exclamó en más de una ocasión, "¡de las lecciones de la institutriz inglesa!". A pesar de todo,

la Gran Bretaña le inspiraba consideración y respeto. Una vez me dijo a mí mismo, y en otras varias ocasiones, que era, a sus ojos, un factor de orden, y que era preciso no destruirla, porque su desaparición sembraría la anarquía en el universo. No cabe la menor duda de que gustaba de burlarse de Neville Chamberlain, y se complacía en imitar, caricaturizándolo, al viejo hombre de estado, tal como se le presentó en Berchtesgaden, con su rostro de tinte barroso, un poco rojizo, los dientes salidos, sus manos de reumático crispadas en derredor de un paraguas. Pero, en el fondo de sí mismo, experimentaba una especie de temor reverente cara a cara con la potencia y la obstinación británicas. Entenderse bien con Inglaterra, no desgastarse en una lucha prolongada en contra de ella, como Napoleón, tal era su objetivo, su meta. Había comprendido que ella era el móvil de la guerra; que debería entenderse con ella o aniquilarla; pero que en tanto que no hubiese logrado ni lo uno ni lo otro, permanecería peligrosamente adherida en el frente de occidente, y carecería en absoluto de la libertad de movimientos necesaria para acabar con la Rusia de los soviéticos.

En esta perspectiva es preciso que se sitúe —lo haya autorizado o ignorado— el vuelo loco de Rudolf Hess, su confidente y a menudo intérprete de sus pensamientos, hacia las Islas Británicas, en donde pensaba encontrarse con interlocutores razonables, accesibles a la sugestión de un acuerdo. Se percataba bien que era en Winston Churchill en donde radicaba el obstáculo insu-

perable, la causa del fracaso de sus cálculos. Y de todo ello resultaba la terrible execración que le dedicaba.

Después de la derrota de Francia, había esperado que Inglaterra no persistiría en la guerra, y depondría las armas, supuesto que se veía privada de su soldado continental. Y ésa es una de las razones por la cual no impuso al vencido unas condiciones tan aniquilantes como hubiera podido. No deseaba, según su propia expresión, "crear lo irreparable en el oeste"; lo cual prueba que, desde entonces y sea lo que fuere su afirmación posterior, ya soñaba con atacar a la Rusia de los soviéticos y a arrastrar a los ingleses y a los franceses en una cruzada en contra de ella. Porque sus grandes designios, definidos ya en su *Mein Kampf*, eran reventar el absceso comunista, conquistar territorios en el este, para escurrir en ellos los excedentes de la población alemana, y empujar a Rusia, a la que no consideraba como país europeo, más allá de los Urales.

Cuando resultó evidente que Inglaterra, a impulsos de Winston Churchill, no se retiraría de la lucha y continuaría la guerra, el armisticio celebrado con Francia perdió, a los ojos de Hitler, todo interés. Lamentó haberlo firmado. Sus cláusulas lo molestaban y lo impacientaban. Por otra parte y con bastante rapidez, las consideró como no concertadas y las violó con toda deliberación. Y de esa manera colocó al Mariscal Pétain y al gobierno de Vichy en una situación imposible. El Mariscal sabía que si protestaba pública y ruidosamente contra tales violaciones, se arriesgaba a que lo depusieran y lo reemplazaran por un Statthalter, sin poder

ya, como era su deber, seguir sirviendo de escudo a los franceses en contra de los ocupantes. Por otra parte, si no protestaba o se contentaba con protestar sin publicidad y, por decirlo de algún modo, a puerta cerrada, los franceses mismos lo acusarían de servilismo y de traición. Dilema dramático, en el cual permaneció encerrado el viejo Mariscal.

Hitler jamás tuvo ambiciones coloniales. Pensaba, como Bismark, que las colonias eran más bien, para las potencias occidentales, una causa de debilitamientos. Schacht, cuando comprendió que el Führer no tardaría en arrojarse en una aventura belicosa, había intentado interesarlo, para desviar sus malos humores y seducirle la imaginación, en la explotación de un vasto dominio africano que Inglaterra, Bélgica y Francia le hubieran puesto a su disposición. Hitler acogió con una gran desconfianza ese proyecto, el cual, además, nunca logró tomar cuerpo debido a que se lo impedía la negativa británica.

Entonces fue cuando, adivinando que lo inevitable se cumpliría, no deseando por otra parte cubrir por más tiempo la inflación y la fabricación de moneda falsa, a las que sería preciso recurrir en una forma cada vez más grande, Hjalmar Schacht, de quien se sospechaba asimismo por sus comentarios y epigramas acerados, juzgó oportuno retirarse de aquella aventura tan riesgosa. Y a ello se debió que no se le condenara en Nuremberg.

Que los puntos de vista sobre Inglaterra no hayan llegado a realizarse resulta, para Hitler, una consecuencia del hecho de que Churchill estaba bajo las órdenes

de los judíos y de Roosevelt, "el judaizante". Se queda uno confundido ante la pobreza, la asombrosa idiotez de tal explicación. Cuesta trabajo imaginarse que un espíritu, no desprovisto de penetración ni de vigor, haya podido creerla válida y no percatarse de que no era la influencia de los judíos, sino precisamente el carácter monstruoso de su antisemitismo lo que levantaba en su contra a todo el mundo civilizado. Esta obsesión del judío, que nos encontramos a cada momento en las conversaciones recogidas por Bormann, es uno de los rasgos de la demencia de Adolfo Hitler. Se remonta hasta muy lejos. Data de la época en que, pobre paria en busca de cualquier pitanza, participaba en Viena en las campañas antisemitas del alcalde Lueger. La manía de la persecución, con la locura de grandezas, representa otra muestra de tal sicosis suya. En efecto, Hitler adopta un tema que el pangermanismo de después del 70 ha difundido ampliamente. Según él, Alemania es una víctima. Las grandes potencias tradicionales se han opuesto constantemente a que constituyese, mediante la reunión de todos los alemanes, hijos suyos, un vasto imperio central. Le han negado lo que tenía derecho a obtener: un lugar al sol, el espacio necesario a su respiración. A través de los siglos, la han oprimido, dividido, mantenido en estado de debilidad y de inferioridad. ¿Por cuáles motivos? Por maldad, por celos y envidia de sus cualidades, por temor a su fuerza. Era, pues, legítimo luchar contra esta voluntad de cerco y de ahogo. Hitler no ha hecho más que despertar las energías de su pueblo, para que estuviese en capacidad de reclamar lo que,

en buena justicia, se le debía. Invirtiendo los papeles hasta el final, declara que el extranjero había jurado su pérdida, desde que el nacional-socialismo asumió el poder. No es él quien ha provocado la guerra. La guerra le fue impuesta. Lo han forzado a ella.

¿Sería posible que, al proferir semejantes palabras, haya obrado de buena fe? ¿Sería posible que su memoria no haya conservado ninguna huella de la paciencia que le demostraron los Aliados, de los sacrificios a que consintieron para evitar la guerra, de las humillaciones que, con Neville Chamberlain, aceptaron por su anhelo de paz? Se siente uno a veces tentado de pensar que no era juguete de sus propios argumentos, y que lo único que le preocupaba era descargar en los otros sus responsabilidades, ante los ojos de los alemanes que vendrían tras él y lo juzgarían. Pero ha dado ejemplos tan notorios de ceguera sobre sí mismo y sobre los demás, de una falta tan total de objetividad y, en cierto modo, de tal exorbitancia del yo, que no debemos eliminar la hipótesis de su sinceridad. Por otra parte, su interpretación de las cosas era compartida por un gran número de sus compatriotas. El error de los Aliados fue, sin duda, creer que ciertas concesiones podrían apaciguarlo y contenerlo. No poseía ningún sentido de la medida. Detestaba todas las medidas. Encontrábase aguijoneado y era insaciable. Por el solo hecho de obtener algo, lo que obtenía perdía todo valor para él. Lo único que veía en ello era una razón para exigir más.

A dos meses de distancia de su fin, todavía le expresa a Bormann la esperanza de que un acontecimien-

to inesperado, un milagro se produzca para desviar el curso del destino y para que le lleve la salvación. Durante un tiempo muy largo tuvo fe en el arma misteriosa, que muy probablemente fuera la bomba atómica y que le debería procurar una victoria relampagueante. El médico que, durante la ocupación, cuidaba de los franceses internados en el castillo de Itter, cerca de Innsbruck, y de los cuales yo formaba parte, diciéndose además especialmente bien informado, anunciaba como certeza absoluta la próxima intervención de un aparato que obligaría a Inglaterra a caer de rodillas en veinticuatro horas. Después, Hitler ha querido persuadirse de que la coalición que tenía enfrente de él se disolvería. Entonces es cuando se aferra al antecedente de Federico II, a quien la muerte de la Zarina salvó, *in extremis,* en el momento mismo en que, ante la inminencia de la derrota, iba a suicidarse. La figura del gran Federico ha perseguido siempre, en efecto, su imaginación. Le profesaba la admiración más rendida. Lo consideraba como a uno de sus modelos. Pensaba que correría la misma suerte, porque se juzgaba del mismo temple. Si no, entonces no le quedaría más salida que el suicidio. Trévor-Roper nos recuerda que, el 12 de abril, Hitler creyó haber obtenido su milagro. El Presidente Roosevelt acababa de morir repentinamente. ¿No era ésa la señal de que la fortuna iba a cambiar de campo? Al Führer lo inundó el regocijo. Este ateo, que invocaba con tanta insistencia a la Providencia, no dudó de que Dios estuviese con él. Y Goebbels, estremecido también por el mismo entusiasmo, un entusiasmo que lle-

gaba hasta el delirio, puso en juego, por última vez, para convencer al pueblo alemán extenuado, todos los registros de su propaganda. Quince días más tarde, todo se desmoronaba.

Las reflexiones de Adolfo Hitler sobre España lo traicionan al grado de que no estaba seguro de no haber perdido la oportunidad e incurrido en grave falta, por no haber arrastrado a ese país en la guerra. Es muy probable que haya retrocedido, como lo indica, ante la perspectiva de tener que añadir muchos kilómetros de costas a los que ya le era preciso organizar para la defensa. Temió también que la presencia de tropas alemanas en la península encendiera otra vez la guerra civil. Pero es cierto igualmente que el general Franco entra con mucho en la decisión que tomó de dejar a España fuera del conflicto. Sea lo que fuere lo que pretenda Hitler, Franco no deseaba mezclarse en él directamente. Su diplomacia, muy hábil, ha consistido en aceptar, en principio, seguir al Führer; pero en la práctica, poniendo para su aceptación condiciones tan numerosas y tan difíciles de llenar, que los titubeos del dictador alemán no podían menos que aumentarse y determinarlo a no insistir.

Con la victoria obtenida en contra de Francia llega a su fin, por otra parte, el periodo en el que Hitler obra bajo el imperio de la intuición, de una intuición que le traza con claridad la conducta por seguir. En adelante, reflexiona, pesa el pro y el contra y, muy a menudo, se equivoca. Hubiera podido lanzar hacia adelante los carros de asalto amontonados en la frontera de los Pi-

rineos; apoderarse casi sin disparar tiros de Gibraltar y, desde allí, invadir África. El curso de la guerra hubiera seguido una modificación profunda, a resultas de ello. Pero he ahí que, cada vez más inclinado a compararse, no solamente con Federico II sino con Napoleón, y a atribuirse, por razón del papel personal desempeñado por él en la campaña de Francia, un genio análogo al del gran emperador de los franceses, se dedicó también a estudiar la historia y mostró gran aplicación para aprovecharse de sus enseñanzas. El recuerdo de las dificultades que la guerrilla española le había provocado a su ilustre antecesor le impidió incurrir en los mismos riesgos. Los tales riesgos se habían convertido en más imaginarios que reales. Hitler hubiese podido, con toda facilidad, afrontarlos. Pero Franco tuvo la habilidad de hacer ciertas alusiones a ellos, en términos que perturbaron mucho a su interlocutor. En este episodio, el Caudillo les prestó un buen servicio a los Aliados, mucho más de lo que se hayan podido ellos dar cuenta. Hubiera sido bastante equitativo tomárselo en consideración. Cuando nos acordamos del socorro que Hitler y Mussolini le prestaron a Franco durante la guerra civil, y que contribuyó a que se inclinara el platillo de la balanza en favor de este último, no es sin sorpresa irónica que oímos las quejas de Hitler acerca de que lo engañaron, y protestar su simpatía por los rojos y lamentar el haberlos combatido en beneficio de los reaccionarios y de los curas.

El estribillo acerca de la decadencia de los países latinos pertenece, asimismo, a los temas de la propa-

ganda pangermanista. Los galos siempre han sido representados por ésta como seres afeminados, desleales, cobardes e incapaces. Para Hitler y los nazis, el hombre del norte es el único valioso. La rudeza del clima en el que vive y del trabajo que debe ejecutar para asegurar su existencia, lo endurecen y preparan en lo moral como en lo físico. La primera vez que tuve una conversación con Hermann Goering, éste me había desenvuelto en su totalidad, durante una hora, las razones de la superioridad del nórdico, es decir, del germano, y expuesto la teoría, inventada después de todo, según la cual la calidad de la sangre es la que hace la calidad del hombre. El tema de la degeneración de los latinos se repetirá con frecuencia en el transcurso de las declaraciones del Führer a Bormann.

Todas las amplificaciones de Hitler sobre la raza judía, con las que nos volvemos a encontrar aquí, se refieren a una convicción, a unos sentimientos anclados profundamente en su espíritu, y que, aunque representan uno de los aspectos de su delirio, ha significado uno de los móviles principales de su política. El judío, para él, es el autor de todos los males, el gran corruptor, el envenenador de la humanidad. Exterminarlos radicalmente, purgar la tierra de ellos como de una gusanera, Hitler lo ha querido y lo ha juzgado posible. Si hubiese sido el vencedor, habría ido hasta el fin de esta voluntad de carnicería, cuyo carácter feroz se ha ido aumentando en sí mismo constantemente, a medida que caminaba hacia adelante en su carrera y que se tropezaba con obstáculos. Con un tono mitad serio y mitad en broma, me

declaró un día, cuando aún no se hallaba más que a principios de su reinado, que se deberían transportar y concentrar en Madagascar a todos los judíos del mundo y confinarlos en esa isla, con la prohibición de salir de ella. Más tarde, semejante tratamiento le hubiese parecido demasiado anodino y demasiado indulgente. Ya no pensaba más que en la destrucción en masa, en el "genocidio", que había principiado a realizar. En los primeros tiempos del III Reich, cuando se molestaba a determinados comerciantes judíos, cuando se invadían sus tiendas y se saqueaban ejecutándose un verdadero *pogrom,* se acusaba a Goebbels con todo gusto y buena voluntad, allá en Berlín. Se le consideraba como al responsable. Repetíase que Hitler ignoraba ciertamente tales excesos, cometidos en su nombre, y que él no dejaría de reprobarlos, impidiendo su repetición, si llegaba a enterarse de ellos. Pero muy pronto fue indispensable convencerse de lo contrario. No solamente *él* no los ignoraba y no los condenaba, sino que los estimulaba y hasta los ordenaba. Goebbels lo único que hacía era conformarse con sus deseos y seguir sus instrucciones. Sabía muy bien que cuando el Führer resentía algún disgusto o algún fracaso, y que era presa de una de aquellas crisis delirantes que aterrorizaban a su círculo íntimo, su necesidad de venganza, su cólera, recaían sobre los judíos; la persecución de los judíos era lo único que calmaba su frenesí.

El odio al judío, por otra parte, es muy antiguo y está muy enraizado en la masa, en Alemania. Al expresarlo y al traducirlo en actos, Hitler no perjudicaba en

absoluto su propia popularidad. Por el contrario, la beneficiaba.

Sin embargo, en virtud de las teorías racistas, según las cuales las mejores razas humanas son las que han resentido menos mezclas, hubiera debido colocar a los israelitas en un sitio de su estima muy elevado; porque constituyen un pueblo relativamente menos mezclado que los otros, y, muy especialmente, que los germanos. La objeción no se le ha ocultado. Y por esa razón tergiversó un poco la doctrina y pretende que los judíos forman, sobre todo, una "raza mental". Se encuentra libre, desde entonces y por ese motivo, para incoarles un proceso de tendencia, para incriminar sus menores intenciones y para acusarlos de todos los pecados. Efectivamente, asimila con los judíos a todo lo que detesta. El comunismo soviético es, según él, un fenómeno esencialmente judío; el socialismo, el liberalismo, también. En arte, en literatura, las tendencias modernas reflejan la influencia judía. Desterrar de los museos las telas de los impresionistas, después de haberlas despanzurrado a puntapiés, como lo hizo en Munich, equivale a eliminarles el contagio judío, purificarlas.

:-: :-: :-:

Hitler considera que ha hecho la guerra demasiado pronto y demasiado tarde. Demasiado tarde, porque les concedió a sus adversarios tiempo para prepararse a resistir sus ataques. Demasiado pronto porque no contó con las dilaciones que le eran indispensables para que

pudiera rodearse de una generación de diplomáticos y de funcionarios educada en la escuela del nacional-socialismo, penetrada de su ideal y de su fe, apta para la ejecución de sus planes. No hubiese sido conveniente en la Conferencia de Munich, sino más bien abrir las hostilidades en los últimos días de septiembre de 1938. ¡Qué confesión tan imprudente! Porque demuestra que la guerra no le fue impuesta, como luego pretende sostener, sino que de él dependía únicamente el desencadenarla. Si no hizo que estallara en 1938 fue, en realidad, porque el Estado Mayor de la Reichswehr se lo desaconsejó de modo formal, porque Mussolini lo disuadió de ello con insistencia, y porque el público alemán le ofrecía un espectáculo de inquietud y de consternación. Hitler nos asegura que en 1938, la Rusia de los soviéticos no se hubiera movido; que los polacos hubiesen marchado con él; que los ingleses y los franceses no habrían levantado ni un dedo; todo ello de modo que, en cierta forma, sólo con sus fanfarronadas, hubiera ganado la guerra. No hay nada menos cierto. Los ingleses y los franceses no habrían podido eximirse, de buen grado o a regañadientes, de movilizarse. Los rusos todavía juran hoy en día que hubiesen volado en auxilio de los checos, aun cuando en aquel momento hayan hecho hincapié, para dispensarse de intervenir, en que Rumania y Polonia se negaban a permitirles el paso a las tropas soviéticas por sus territorios. El mismo Estado Mayor Alemán pretende que había tomado las disposiciones conducentes para arrestar al Führer e internarlo

en un asilo. Así, pues, y sea como fuere, la partida habría estado muy disputada.

Por otra parte, es exacto —en aquella época yo recibí informes de buena fuente a ese respecto— que inmediatamente después de haber firmado el convenio de Munich, Hitler se arrepintió de no haber llegado hasta el final de sus exigencias, y ya no pensó más que en eximirse del cumplimiento de las cláusulas a las cuales acababa de comprometerse, aunque el resultado de sus actos fuesen la guerra. Los franceses y los ingleses le habían causado la impresión de que estaban resignados a todas las capitulaciones. Hubiera podido tragarse de un solo golpe a toda Checoslovaquia. Pero en eso se engañaba; porque los Aliados no habían aceptado la anexión de los sudetes al Reich, más que con el compromiso solemne de respetar la integridad del resto del territorio checoslovaco. Estaba bien claro que no podrían tolerar que se violara esta obligación, y que el Führer perseverase en su política de golpes de fuerza.

Acusa a sus diplomáticos, así como a sus generales, de haber sido hombres de régimen antiguo, que se enfrentaban con los problemas de la guerra y de la paz con concepciones pasadas de moda, y les reprocha el haberlo inducido a tratar a Francia con ridículas consideraciones. Y eso le proporciona la ocasión pintiparada para lanzar una diatriba injuriosa en contra de ese país, tan virulenta, además, como la andanada a que se había entregado en contra de Inglaterra y la siguiente, a la que se entregaría poco después en contra de Italia. Nos dice que Francia lo ha engañado y burlado

indignamente, sin tomar en consideración que con eso mismo le rinde un testimonio preciosísimo. Francia se inclinó ante el invasor; simuló querer colaborar con él; pero nunca pensó seriamente en ello. Esa prostituta estaba demasiado podrida para apreciar la magnanimidad del vencedor. El error cometido se lo imputa a Abetz. Y entonces nos preguntamos, ¿por qué Hitler adoptó las sugestiones de aquél? La realidad es que no siempre había juzgado a Francia como la juzgaba en febrero de 1945, bajo la influencia del despecho, del odio, de la cólera. También él creyó que bastarían con unos cuantos buenos modales, como lo preconizaba Abetz, el cual se había comprometido, con el concurso de sus amigos franceses, a convertir a Francia al nazismo; que bastaría con ordenar, por ejemplo, a sus tropas que no desfilasen bajo el Arco del Triunfo, con reintegrar a los inválidos el féretro del rey de Roma, para ganarse el corazón de los vencidos. Pero, ¡qué eran esas nimiedades junto a las brutalidades y los excesos de las autoridades de ocupación! Ya *Mein Kampf* contenía, es verdad, un pasaje hostil y hasta rencoroso con respecto a Francia. Hitler se lo recuerda a Bormann. Yo había intentado convencer al Führer de que lo suprimiese o atenuase, en las ediciones ulteriores de su obra. Nunca jamás consintió. Lo cual no impide que la simpatía alternase, en él, con la antipatía. A menudo me hablaba de Francia en términos llenos de estima y de alabanzas. "¡El título de gloria que ambiciono", me lo declaró no una, sino varias veces, "sería el de ser el hombre que hubiera reconciliado a Francia con Alemania!". Sus

sentimientos eran contradictorios, lo que me obligaba a escribir, en aquella época, que Hitler nos amaba los lunes, los miércoles y los viernes, y deseaba aniquilarnos los martes, los jueves y los sábados.

¿Qué busca darnos a entender, cuando dice que la Alemania victoriosa debió haber liberado a la clase obrera francesa y atropellar a la burguesía fósil? Sin duda que esas palabras significan que habría sido necesario transportar a Francia la revolución nacional-socialista y establecer en ella las instituciones del Tercer Reich. En un sentido opuesto al de las de Abetz, las ilusiones del Führer no eran menores. Más clara es la culpabilidad que les achaca a sus diplomáticos por no haber sublevado en contra de Francia a las poblaciones de su dominio colonial, y, al contrario, por haber consolidado sus posiciones en el África del Norte y en el Cercano Oriente, a pretexto de enemistarla con los ingleses. El Führer los increpa con violencia a ese respecto. Esos individuos debieron haber sabido que si Francia e Inglaterra se pelean entre sí con acritud, siempre se encuentran bien unidas en la hora del peligro. Hitler, en el fondo, ve con exactitud; pero, una perspicacia retroactiva, ¿será en verdad perspicacia?

:-: :-: :-:

Las declaraciones con las que Hitler explica el porqué atacó a la Rusia de los soviéticos, y por qué no la atacó sino hasta fines de junio de 1941, se cuentan entre las más interesantes de las anotaciones que Bormann ha

creído conveniente consignar. Parece como si el Führer las hubiese cuidado con singular minucia. Escrúpulo muy comprensible. No se le escapaba que, en efecto, siendo la expedición en contra de Rusia la causa directa de la catástrofe en cuyo fondo el Tercer Reich, finalmente, se iba a hundir, sobre este capítulo sus decisiones serían las más criticadas y con mayor severidad, y que su memoria tendría que soportar reproches tanto más sangrientos, cuanto que él mismo había proclamado que no cometería el error de Guillermo II, y no llevaría a cabo la guerra sobre dos frentes, y que tampoco caería, como Napoleón, en la trampa del invierno ruso. Por lo tanto, pronuncia una verdadera defensa frente a Bormann, pero para uso de la posteridad. Sin embargo, las razones que invoca para disculparse son de valor desigual. Sus metas, nos dice, eran evitar que la guerra no se prolongase demasiado y terminarla mucho antes de que los Estados Unidos intervinieran en ella. Para ello, era necesario obtener que Inglaterra se retirase de la lucha. Ese país no se había decidido a hacerlo después de la eliminación de Francia. Alemania no se encontraba en posibilidad de invadirlo, ni tampoco llegaría a estarlo. Mientras la Gran Bretaña pudiera esperar ver a la U.R.S.S. declarándole la guerra a Alemania en el continente, no buscaría concertar la paz. En consecuencia, resultaba indispensable quitarle toda esperanza de ello, aniquilando al ejército rojo. A mayor abundamiento, la conquista de Rusia le conseguiría al Reich las materias primas que le empezaban a hacer falta.

Pero del mismo modo podemos pensar que si Hitler no hubiera atacado a Rusia, ésta habría permanecido fuera del conflicto y que, ante su indecisión, Inglaterra se hubiese resignado a solicitar la paz, descorazonada y falta de esperanzas.

"¡No!", nos replica el Führer. "Rusia hubiera atacado tarde o temprano a Alemania". Convenía, pues, preverlo, y conducir la guerra sobre su territorio. A lo cual podríamos contestar que no está demostrado que Stalin hubiese tomado la decisión de declararle la guerra al Reich. Le tenía un miedo horrible a Alemania y a su fuerza militar. Fue a iniciativa suya que se celebró el tratado germano-ruso de agosto de 1939. De dicho tratado, cumplía con toda fidelidad las estipulaciones, muy cuidadoso, muy atento, contrariamente a los argumentos del Führer, de llevar a cabo todas las prestaciones que en él se concertaban. En realidad, el ataque alemán lo sorprendió por completo. Sobre el frente del oeste, las tropas rusas no estaban en formación de ofensiva. Ofrecían el espectáculo del desorden y del descuido. Por ello mismo las fueron derrotando rápida y fácilmente.

La referencia a la visita que Molotov hizo a Berlín, en noviembre de 1940, tiene mayor peso. El ministro soviético llevaba la misión de informarle a Hitler de las reivindicaciones que Moscú formularía cuando sonara la hora del tratado de paz. La U.R.S.S. reclamaba que Finlandia, por una parte, los países de la Europa central, por otra, Rumania, Bulgaria y Turquía quedaran situadas en su zona de influencia; es decir, dentro de

su radio de acción. Este programa, realizado en gran parte después de entonces, asustó a Hitler por el apetito que revelaba. El estatuto de Europa exigía, declara, que las pretensiones soviéticas fuesen quebrantadas para siempre. Así, pues, según él, se arrojó en contra de Rusia en interés de Europa solamente.

Lo asombroso en todo esto radica en que la principal razón, la razón a la vez la más sencilla y la más profunda de la actitud de Hitler, no se menciona en absoluto. Desde sus orígenes, el nacional-socialismo se había presentado como el enemigo irreductible del comunismo. Había sido creado para combatirlo y para destruirlo. Toda su propaganda no era más que una excitativa prolongada al odio en contra de los rojos. En sus discursos políticos, Hitler lanzaba en contra de los bolcheviques y sus dirigentes terribles invectivas, anatemas desorbitados. En otros tiempos, cada uno de esos desbordamientos oratorios hubiesen constituido un *casus belli*. Que los representantes diplomáticos de la U.R.S.S. los escuchasen sin inmutarse, me colmaba de estupefacción. Por lo tanto, la noticia del convenio germano-ruso, del mes de agosto de 1939, había causado en las filas del partido una emoción muy viva, sembrado el embarazo y la perturbación. ¿Qué significaba esa palinodia? ¿Adónde deseaba llegar el Führer? Tratábase, sin duda, de una maniobra, de una treta, cuya agudeza final se descubriría muy pronto. El prestigio de Hitler, la confianza que los nazis habían depositado en él lo obligaban, a menos de renegar de su pasado, de sus amigos, de su doctrina de la expansión hacia el este,

conquistándolo, a efectuar contra la barbarie soviética el asalto que predicó más de cien veces. Pero, ¿por qué desencadenarlo únicamente el 22 de junio de 1941? La culpa la tiene Italia, declara Hitler, y con ese motivo se lanza en una requisitoria larguísima y deprimente en contra de su aliado sin ningún valor militar y lleno de pretensiones ridículas, que no ha sido más que una bala de cañón atada a sus pies; que lo ha obligado a socorrerlo en sus empresas inútiles y desastrosas; que no le ha permitido aparecer como liberador de los árabes del África del Norte y del Cercano Oriente, suscitando, en contra de Francia y de Inglaterra, una rebelión del Islam. Sin Italia, que hubiese obrado mejor quedándose tranquila, la guerra en contra de Rusia hubiera podido comenzar el 15 de mayo. Alemania obtendría la victoria antes del invierno, y todo le sonreía. Todavía hubiese faltado, añadiremos nosotros, que el Führer condujese esa guerra con más cordura y no molestara la estrategia de sus generales con sus intervenciones personales. En cuanto a la requisitoria con que anonada a Italia, ésta se encontraría en su derecho para devolverle la pelota y presentarle quejas tan bien fundadas y no menos acres. Inmediatamente después del convenio de Munich, quedó entendido entre Hitler y Mussolini que se respetaría la paz y que se adormecería la vigilancia de los Aliados hasta 1942. Italia organizaría en su capital una exposición universal que tranquilizaría los espíritus y atraería a Roma a muchos turistas y divisas monetarias. Aprovecharíase de este respiro para termi-

nar de perfeccionar su ejército. Después de lo cual, los dos cómplices desatarían la guerra. Ahora bien, Hitler no observó ese convenio. Había vuelto a poner sobre el tapete la cuestión de Checoslovaquia, destrozando el pacto de Munich, brutalizando a Polonia en condiciones evidentemente inadmisibles para ella y sus protectores y provocando de ese modo y voluntariamente una conflagración general, sin advertirle de ello a Mussolini, su aliado del pacto de acero, su amigo del corazón, su cómplice, sin prevenirlo ni consultarlo, sin solicitarle su aprobación. El Duce se quedó por ello profundamente desilusionado y herido, y sus lugartenientes, su círculo íntimo, más todavía que él. Desde entonces, el clima de las relaciones italo-alemanas se fue deteriorando poco a poco, cada vez más. La campaña contra Grecia, que Hitler considera como funesta, y la hace responsable de su propio fracaso en Rusia, no fue emprendida unilateralmente por Mussolini, sin prevenir al Führer y sin asegurarse, de antemano, de su apoyo, más que a título de represalias y, por decirlo así, como respuesta del pastor a la pastora.

La actitud alemana libraba de sus promesas al hombre que había proclamado: "¡Cuando tengo un amigo, voy con él hasta el fin!". Mussolini se encontraba libre para refugiarse, momentáneamente, en la no beligerancia, como lo hizo, en 1939, bajo la presión de los jefes de su ejército, de los medios ambientes del Quirinal y del Vaticano y de la opinión pública de su país. No por eso dejaron los alemanes de asombrarse desagradablemente. Se esperaba que Italia se conformase, si no con

la letra, por lo menos con el espíritu del convenio que lo comprometía con el Reich. No ocultaban el desdén que les inspiraba una reserva atribuida por ellos a cálculos bajos y egoístas y a cobardía. Tal fue el tema de una conversación dramática entre Ribbentrop y Ciano. Este último, para explicar a su interlocutor los motivos de la abstención italiana, invocó la autoridad del Rey, hostil a la entrada de Italia en la guerra. "¡Y qué!", exclamó Ribbentrop, "¿Le dan acaso ustedes demasiada importancia a la opinión de ese enano ridículo, no más alto que tres manzanas?". Con eso, Ciano interrumpió la conversación declarando, colérico, que no podía tolerar que se hablase en términos semejantes de su soberano. Por ese gesto, Victor-Emmanuel lo recompensó confiriéndole, a pesar de su juventud, el collar de la Anunciada. Pero el enfriamiento entre los dos ministros de Negocios Extranjeros del Eje fue definitivo. No se reconciliaron nunca jamás. Yo me beneficié con ello, por mi parte; porque le había predicho a Ciano lo que sucedería; le repetí muy a menudo: "El que come de Hitler, ¡se muere!"; se acordó de mis palabras y, en la misma medida en que se separaba de Alemania, se aproximaba a nosotros. Para excusarse de haber faltado gravemente a los deberes de su alianza con Italia, Hitler pretende que no informó a Mussolini de sus intenciones y de sus decisiones, precisamente a causa de Ciano, a quien su suegro le contaba todo, y el cual, a su vez, lo pasaba todo a las bellas jóvenes de su cortejo, por cuyo intermedio llegaban los informes hasta los oídos

del enemigo. Tal excusa no vale mucho. Mussolini hubiera sido perfectamente capaz, si Hitler se lo pedía, de guardar un secreto por lo que respecta a su yerno. El Führer asegura que siempre trató a los italianos como a iguales. ¡Eso no es verdad! Él y los suyos siempre trataron a los italianos como a inferiores, sin preocuparse de si los ofendían en sus sentimientos nacionales, sujetos a tantas suspicacias y tan susceptibles de ser heridos. Hitler considera que debió mostrarles una amistad más brutal. En realidad, ¡lo fue y demasiado! Cuando Italia creyó oportuno soltarle a Francia lo que el mismo Führer llama "la coz del asno", el desdén de los alemanes, aumentado por los reveses militares de sus aliados, se transformó en un desprecio sin disimulos. Si en verdad, y no podemos dudarlo, que sea la "bala de cañón italiana", atada como grillo a sus pies, lo que le haya impedido a Hitler ganar la guerra, debemos sin embargo reconocer que la responsabilidad de la mala inteligencia entre él y el Duce le incumbe, y que las culpas iniciales quedan a cargo suyo. Con todo, Mussolini se escapa, en lo personal, a la condena que inflige en total sobre Italia. Hitler no puede olvidar que el Duce ha sido el objeto de su admiración más antigua y más ferviente, su inspirador, su modelo. En la Conferencia de Munich, lo devoraba con los ojos. Buscaba su asentimiento, antes de expresar una opinión. Eso fue lo que me había hecho creer que el Duce sería el único hombre que se encontrase todavía en posibilidad de detener a Hitler en el resbaladero de la guerra. Pero me equivocaba. La hora había pasado ya. Sin renegar para nada

de su amistad hacia el Duce, el Führer no escuchaba ya los consejos más que de sí mismo.

:-: :-: :-:

Japón es, poco más o menos, el único país de quien Hitler dice algún bien en sus confidencias a Bormann. Y, sin embargo, lamenta que los japoneses no hayan atacado a Rusia al mismo tiempo que él, lo que hubiese obligado a Stalin a distraer del frente europeo a una parte de sus ejércitos, aliviando de ese modo a Alemania y permitiéndole a ésta acabar con la U.R.S.S. antes del invierno. A este propósito, y de paso, advirtamos que Hitler tiene por demostrado que el torpedeo del *Lusitania* fue maquinado por Wilson, con el fin de eliminar la oposición de los aislacionistas hostiles a la participación de los Estados Unidos en la guerra. No añade, de modo expreso, que el desastre de Pearl Harbor haya sido preparado por Roosevelt; pero no se encuentra lejos de pensarlo y de darlo a entender. Él no juzgaba inconcebibles maniobras de un maquiavelismo tan diabólico, porque él mismo sí era capaz de concebirlas y, de hecho, ha ejecutado algunas igualmente criminales. Por su ideología, su nacionalismo exaltado, su devoción al culto de las virtudes viriles y del heroísmo guerrero, sentíase muy cerca de los japoneses y de su religión. Entre Tokio y Berlín, las relaciones siempre habían sido muy estrechas y continuadas, aunque muy discretas asimismo. Los Agregados Militares de los dos países representaban en ellas un papel dominante. Hi-

tler le estaba muy agradecido al Japón por una simpatía que no se traducía por ninguna petición ni tampoco solicitaba ayuda de ninguna clase.

:-: :-: :-:

Las reflexiones a que Hitler se entrega sobre los Estados Unidos demuestran que poseía, de ese país, un conocimiento superficial en absoluto. Los Estados Unidos, según él, no tenían razón alguna para convertirse en enemigos de Alemania. ¿No habían sido alemanes los que contribuyeran más eficazmente a su población, a su prosperidad industrial, a su dinamismo? Alemania no les pedía nada. Por su parte, tampoco ellos aguardaban nada de Alemania. Los dos países eran capaces de vivir, uno y otro, como autarquías. Ni uno ni otro llevaban en brazos a ningún imperio colonial. La guerra entre ambos carecía de sentido.

La explicación que el Führer da del fenómeno es de una indigencia abrumadora. La camarilla de judíos es la que ha puesto la mano sobre Roosevelt y, después de haberlo "enjudiado", ha ejercido sobre él una influencia nefasta y lo ha arrastrado, a él y a su pueblo, a una aventura absurda. En ningún momento le pasa por la mente que la América haya podido obrar por razones morales y desinteresadas, porque la doctrina hitleriana, las costumbres hitlerianas, la tiranía del Tercer Reich, sus exacciones, sus persecuciones, sus campos de concentración, sus atentados, sus golpes de fuerza para saciar sus apetitos de conquista y subyugar a sus

vecinos, levantaban una ola de indignación y le parecía que amenazaban gravemente la libertad del mundo y la civilización humanística y cristiana de que ella misma se vanagloriaba.

Hitler, por lo demás, nunca se había preocupado por la fuerza militar norteamericana. No la consideraba como temible. A sus ojos, la guerra de 1914-18 había demostrado su inexistencia. De todas maneras, el Japón bastaría para paralizarla. Igualmente se había persuadido de que, después de la eliminación de Toukatchewski, el ejército ruso, decapitado, no tendría ya ni jefes, ni estado mayor capaces de conducir una guerra. De este error doble y fatal de apreciación, parece que carecía por completo de conciencia.

Sobre el porvenir de América, sus vaticinios nos presentan un carácter pueril. O bien, sentencia, en veinticinco años los Estados Unidos se estremecerán con un verdadero oleaje de antisemitismo, o bien los judíos los devorarán. En una visión algo más penetrante, pronosticará el 2 de abril que, si el Reich resulta vencido, los Estados Unidos y Rusia soviética se enfrentarán sobre un plan militar, o solamente sobre uno económico e ideológico. En cualquiera de todos estos casos, Europa, privada de Alemania, costearía los gastos de este duelo colosal.

:-: :-: :-:

Hitler se queja de que le faltaron el tiempo y el espacio. Su fatalidad, nos dice, consiste en que se veía obligado a obrar muy de prisa, mientras que sus adver-

hubiese fracaso? Exactamente en ese sentido podía declararle a Bormann: "¡Yo soy la última probabilidad de Europa!". Se le escapaba por completo que la perspectiva de vivir bajo un régimen análogo al suyo y de padecer su ley no resultaba más tentadora para Europa que la de inclinarse bajo el yugo moscovita. Para Occidente, el peligro más inmediato era el peligro hitleriano. Lo primero que convenía hacer era preservarse de él. En cuanto al otro, ya se preocuparían más tarde. El que se pudiera poner en la balanza al III Reich y a la U.R.S.S., y preferir ésta y no aquél, sólo se podía explicar, según él, por el odio hacia Alemania, los celos que inspiraban su superioridad, la voluntad de no permitirle que a ningún precio se desarrollara a todo su tamaño y por las intrigas de los judíos.

Por otra parte, Hitler no admite ni un solo instante que Europa pueda realizarse a sí misma de otro modo que no sea por la violencia, ser poseída de manera distinta y no por la violación. Él es de aquellos que consideran como axioma indiscutible que "la fuerza es la comadrona de las sociedades". El nacional-socialismo no tiene fe más que en la fuerza. Sólo concibe burlas para los valores cristianos, para el evangelio de la bondad y de la caridad. Sus nociones fundamentales las ha derivado de un nietzscheísmo grosero y bastante mal digerido.

Hitler invoca con gran complacencia la Historia y sus enseñanzas. Pero la Historia enseña justamente que después del imperio romano, todas las tentativas que se han hecho para unir a Europa por la violencia y la conquista, y subyugarla a la autoridad de uno solo,

fracasaron finalmente. El Führer se quedaría muy sorprendido si viera que hoy Europa se organiza de manera amigable, por medio de los acuerdos y por la persuasión.

La alusión que hace a Napoleón es significativa. Demuestra que no nos entregamos a una suposición gratuita cuando decimos que Hitler se comparaba con el Emperador, y se atribuía un genio de la misma especie. El éxito fulminante de la campaña de Francia lo había convencido de que también él era un gran general. Y precisamente pensando en Napoleón, se abstuvo de entrar en España; pensando en él, y para obrar mejor que él, había resuelto atacar a Rusia y derrotarla antes del invierno. Todavía es la imagen de Napoleón la que se levanta ante él, en los últimos días que le quedan por vivir, y la que lo incita a considerarse como una víctima, también él, de Inglaterra, enemiga obstinada y pérfida del continente europeo.

:-: :-: :-:

En esta fecha del 2 de abril de 1945, parece como si Hitler hubiese comprendido que no se adueñaría de la victoria "al bote pronto", según su propia expresión, y que toda esperanza de salvación le estaba prohibida en adelante. Sus reflexiones se resienten de ello. Son confusas, tenebrosas, incoherentes a menudo. Sobre ellas soplan los vientos del desastre y de la muerte. Sabiendo que Bormann lo escucha y transcribe, desearía que escuchara y transcribiera palabras que constituyan un

mensaje supremo para los alemanes que le sobrevivirán. Pero sus pensamientos flotan y no se expresa con claridad. Su salud, por otra parte, lo traiciona. Se encuentra exhausto. ¡Ya es un fantasma!

Después de la derrota, cuando ésta se consuma, prevé que Alemania será desmembrada, destrozada, despedazada, entregada a los desbordamientos salvajes de los bolcheviques y de los *gangsters* norteamericanos. Tal es la versión que esparcía sistemáticamente Goebbels, con todos los recursos de su propaganda, tanto porque le atribuía a los Aliados, como su amo, la intención de vengarse de los alemanes de la misma manera que los alemanes se hubiesen vengado de ellos, cuanto porque buscaba sostener el espíritu de resistencia y darle al ejército y al pueblo una razón para que prosiguiera, contra toda razón, una lucha sin salida.

Efectivamente, cuando los Aliados dividieron a Alemania en cuatro zonas de ocupación, la mayoría de los alemanes creyeron, en un principio, que cada uno de los vencedores se iba a anexar un pedazo de su país. Experimentaron cierto asombro cuando se percataron de que los Aliados no soñaban en borrar a su país del mapa de Europa.

Aniquilada, despedazada, oprimida, Alemania deberá, según el mensaje de Hitler, de hundir su alma en un letargo, en vigilia, esperando, aguardando. La llama que encendió el nacional-socialismo no se apagará. Los sufrimientos que Alemania ha padecido, el heroísmo de que dio pruebas, son una simiente que fructificará temprano o tarde. ¡Que sepa tan sólo permanecer unida y

conservar la conciencia de la misión que Hitler le ha revelado!

Pero en medio de sus recomendaciones, que podemos considerar como normales, reaparece de pronto la obsesión. Alemania ha sido ya purgada por Hitler del veneno judío. Es el servicio más grande que le haya prestado. Deberá, por lo tanto, conservar y preservar las leyes raciales. Ésa es la clave de su renacimiento y de su encumbramiento. Pero, ¿cómo podría salvaguardar su legislación antijudía, supuesto que por hipótesis carecía de toda existencia política independiente? Hitler no se da cuenta de la contradicción.

Les lanza a Italia, a los Estados Unidos y a Inglaterra una nueva andanada de flechas. Con respecto a Francia, a la que denuncia como a la enemiga mortal del pueblo alemán, predica la desconfianza y el odio. Predice que los Estados Unidos serán sumergidos por los negros, y, sin embargo, que se enzarzarán en un conflicto decisivo con la Rusia de los soviéticos, lo cual no le dejará a Europa más que una alternativa entre el bolcheviquismo y el norteamericanismo enjudiado. Por último, anuncia en un relámpago casi profético, que el porvenir le pertenecerá al Asia, y que Alemania deberá reclutar a sus amigos de entre los chinos, los japoneses y los musulmanes.

:-: :-: :-:

Después del 2 de abril, Bormann ya no ha tomado notas sobre las conversaciones de Hitler. Las que había recogido y, debido a su devoción integral, con toda cer-

tidumbre admirado, le parecieron suficientes. Por otra parte, era necesario hacerlas llegar al exterior y ponerlas en seguridad. La sombra de la muerte flotaba ya por encima del sótano.

Tal como fue redactado y se nos ha hecho conocer hasta hoy, el último mensaje, el "Memorial" de Hitler no engrandecerá probablemente el recuerdo del hombre que ha tenido, durante algún tiempo, entre sus manos, el destino de su país y el de Occidente. Sus declaraciones, de las que se halla ausente toda serenidad, atestiguan que le faltaba por completo el buen sentido. Sin duda que en ellas se encuentran fórmulas sorprendentes, breves accesos de lucidez. Pero, al lado de ellos, ¡qué indigencia, qué "simplismo" en la infatuación, habría que decir, qué puerilidad en los juicios que se emiten sobre los problemas del mundo, sobre los pueblos, sobre las personas y sobre el curso de los acontecimientos! ¡Y qué inconsciencia! Hitler se muestra incapaz de la menor objetividad, de la menor rectificación de sí mismo. Se le escapa por entero cómo sus discursos, sus gestos, su régimen deberían ser apreciados por la opinión internacional. Lo que piensa es verdadero por definición; lo que desea es legítimo; lo que hace es natural y necesario. Se encuentra encerrado en un fanatismo limitado, como en el sótano de la Cancillería. La responsabilidad de los errores, de las faltas que señala, no le incumben a él. La falsedad de los españoles, la duplicidad de los franceses, la cobardía de los italianos, la idiotez de los norteamericanos y de los ingleses, es lo que ha provocado su caída, su pérdida. Por alguna parte de estas

notas, dice que el drama para el individuo, o para un pueblo, consiste en tener ambiciones fuera de toda proporción con los medios materiales de que dispone para realizarlas; y no se toma el trabajo de advertir que esta observación, que le fue sugerida por Mussolini y por Italia, se aplica muy bien y más aún a él mismo y a la Alemania que lo ha seguido. La falta de medida, el frenesí, la inhumanidad, una cultura elemental, un inmenso orgullo, una enorme seguridad en sí mismo; todo eso lo condenaban al fracaso. La naturaleza misma no tolera por mucho tiempo lo que es excesivo.

Los llamados de Hitler a las generaciones futuras no despertarán ningún eco en ellas. Tenemos plena confianza en que la juventud alemana se desviará del camino que el Führer pretendía trazarle, y se dedicará, por el contrario, a construir, sobre la base del consentimiento mutuo y del entendimiento occidental, una Europa lo bastante fuerte para asegurar con eficacia la defensa de la civilización blanca y del mundo de la libertad.

Fin

INDICE

Presentación
por Francois Genoud 7

Prefacio
por H. R. Trevor-Roper 13

El Testamento Político de Hitler 51

Comentarios
por André Francois-Poncet 137

ESTA EDICIÓN DE 2,000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 12 DE ENERO DE 1961 EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL DIANA, S. A. TLACOQUEMÉCATL 73 MÉXICO, D. F.

EL COMANDANTE DE AUSCHWITZ

Presentamos a nuestros lectores un documento extraordinario y único: Hoess fue Comandante de Auschwitz, el inmenso campo de exterminación de Polonia en que los nazis asesinaron a unos tres millones de judíos, desde que se creó dicho campo —de cuya formación fue Hoess responsable— en 1940, hasta fines de 1943, fecha en que se habían casi consumado las exterminaciones en masa. Antes de desempeñar este puesto había prestado servicios en otros campos de concentración, y después se incorporó al Inspectorado de Berlín. Por tanto, conoció mejor que nadie, salvo dos o tres hombres más, el mayor crimen que cometiera la Alemania nazi. De ello fue testigo directo en su calidad de administrador. Los ingleses lo hicieron prisionero y lo entregaron a los polacos, quienes lo juzgaron, sentenciaron a muerte y trasladaron a Auschwitz donde fue ahorcado. Le ordenaron que escribiese su autobiografía en el periodo que medió entre su proceso y su ejecución. Es la que van a leer nuestros lectores.

No cabe la menor duda de que este libro es indiscutible y totalmente auténtico. Además, como repite numerosas veces Hoess, le produjo satisfacción escribirlo y le agradó la tarea. Después de haber comprobado escrupulosamente sus afirmaciones, se ha visto que le costó mucho decir la verdad. Aun en su celda de condenado a muerte se comportó como un oficial irreprochable y concienzudo al redactar el relato minucioso, detallado y genuino de su vida.

EDITORIAL DIANA, S. A.

EL JUICIO DE NUREMBERG, DESDE EL PUNTO DE VISTA ALEMÁN. — *E. BENTON WILBOURN y GEORG GRIMM.*

A BATALLA DEL RÍO DE LA PLATA.. — *DUDLEY POPE.*

ARALELO 73 NORTE (DERROTA NAVAL DE HITLER). — *DUDLEY POPE.*

O VOLÉ PARA EL FÜHRER. — *HEINZ KNOKE.*

OS ÚLTIMOS DÍAS DE HITLER. — *E. TREVOR ROPER.*

EPISODIO DEL BISMARCK. — *RUSSELL GRENFELL.*

COMANDANTE DE AUSCHWITZ. — *RUDOLF HOESS.*

CERÍA EN LOS MARES. — *ANDREW GEER.*

LUCHA. — *ADOLFO HITLER.*